ELISEO GRULLON.

Del Mediterráneo al Caribe

CON ESCALAS

EN ESPAÑA Y EN CUBA.

Prólogo de Don Fed. Henríquez y Carvajal, con retrato del mismo.

Santo Domingo. - Imp. La Cuna de América.

1905

ELISEO GRULLON.

Del Mediterráneo al Caribe

CON ESCALAS

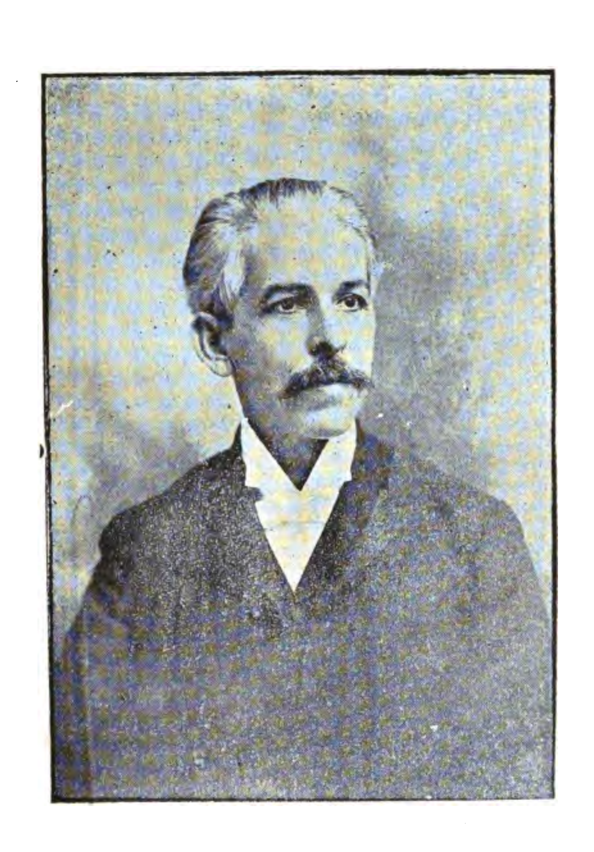
EN ESPAÑA Y EN CUBA.

Santo Dcmingo. - Imp. La Cuna de América.

1905

El autor.

PRÓLOGO.



Ni las flores del aplauso, ni los reclamos al uso,—formas efímeras del Proteo de las mentiras convencionales—agregarían un solo ápice al valor de actualidad y al mérito literario del presente libro. Reclamos y lisonjas holgarían, sin duda, en la modesta portada de esta obra exuberante de verdad y de vida.

Este es un libro, interesante como pocos, en el cual se realiza cumplidamente la concordancia *útile dulci* de la conceptuosa locución latina. Bastaríale, de seguro, á quien quisiese cerciorarse de ello, con ojear las primeras páginas del volumen, ó con abrirlo por uno cualquiera de sus nutridos capítulos, para experimentar enseguida la doble sensación ética y estética que produce la atenta lectura, y aún la lectura al azar, ya del precioso dato que suministra ese ó esotro medio étnico ó geográfico, ya de la observación atinada que el mismo dato sugiere; ora de uno de los distintos cuadros del natural que el extenso panorama ofrece, ora de algún conmovedor

episodio ó de algún expresivo gesto humano, cogido al vuelo.

Yo de mí sé decir que, una vez abierto el sujestivo volumen é iniciada la lectura de sus páginas, como si mi espíritu tuviese alas y se hubiese ido en pos de la fugitiva estela que dejó en las marinas ondas la nave trasatlántica, ni dí treguas al afan de recorrerlas todas, ni tampoco al placer de apacentar en todas ellas el espíritu ansioso de verdad y de belleza.

*

¡Cuán hermoso y digno de estudio es el escenario, de luz y sombras, que se desarrolla á la vista del lector, como antes á la del viajero autor del libro, desde el mar de las antiguas colonias fenicias hasta el mar de las últimas colonias españolas!

Al principio del viaje aparecen, formando la armoniosa escala de Levante, las activas poblaciones del litoral mediterráneo de la ibérica península y de las costas vecinas al estrecho: Barcelona, la del regionalismo tesonero, liberal é industriosa, centro de cultura y emporio de comercio marítimo; Valencia, ciudad á medias muslímica, almáciga de artistas geniales y huerta de cereales y de frutas; Alicante, la del dulce turrón y el clima dulce; Cartagena, primogénita de Cartago, la del vértigo cantonalista, alerta acaso desde sus árabes torres atalayas; Motril y Málaga, de soleado ambiente, propicio á la inebriante uva regnícola y á la exótica dulce caña de azúcar, que dejan adivinar, si nó entrever, cabe el Darro y el Genil, á Granada la opulenta y la morisca; y luego: Cádiz, la Gades fenicia, la pulcra, con sus himnos y salinas; Jerez, con sus henchidas viñas y sus vinos añejos; Sevilla, reina del Guadalquivir, con sus ritmos y donaires y con toda la sal de Andalucía; Huelva, que evoca el piadoso Convento de la Rábida, y Palos de Moguer, que vió surgir en sus aguas ignotas y zarpar con rumbo al Océano tenebroso la audaz flotilla del Descubrimiento.

Después se suceden, formando la escala de Poniente, interrumpida en la costa lusitana por las rías del Tajo, del Duero y del Miño, otras poblaciones, menos activas, del litoral atlántico: Villagarcía, Vigo, La Coruña y El Ferrol, de abundante pesca y escaso comercio, en las cuales la somnolencia y la inercia del inmovilismo, ley de raza, contrasta con la riqueza de ensenadas y puertos poco frecuentados y con la belleza peregrina del paisaje.

*

Gibraltar! El peñón formidable corta, de un tajo, la armoniosa escala de Levante. Es una mutilación territorial, harto sensible, que España sufre todavía. La erecta mole, artillada y pulcra, suerte de árgos de cien ojos, está ahí, la infatigada vista siempre al mar, como avizor vigía ó centinela alerta del coloso insular de las mil articulaciones en continentes é islas.

No es, sinembargo, el voluminoso y expedito tren de guerra; no son los previsores arreos marciales, que brillan como ascuas al beso del sol de Africa, lo que atrae preferentemente la atención ilustrada del viajero y mueve su pluma á hacer un paralelo entre los dos pueblos vecinos, ó, mejor aún, entre dos razas civilizadoras. Lo que se ve, lo que salta á la vista y se palpa, con ó sin la voluntad del transeúnte, si recorre la zona británica y se detiene en la línea fronteriza que la separa de Algeciras, es la ejemplar disciplina administrativa, la excelente organización de los servicios y el servicio higiénico modelo, exponentes de una cabal concordancia de regímenes, social y político, al lado de otros exponentes de bienestar y de progreso, de vida, que ofrece allí el pueblo anglo-sajon—lo mismo que en cualquier otro país adscrito al vasto imperio de Inglaterra—en doloroso contraste con los exponentes de lamentable incuria, de miseria fisiológica y de miseria económica, que, con otros procesos morbosos de la patología social española, cons-

tituyen la aún no agotada herencia de un pueblo cuyos fueron los dominios en que el sol no se ponía.

Ese doloroso contraste, que entre Gibraltar y Algeciras es como una síntesis de alto relieve, se reproduce á mayor distancia en los casi desiertos aunque accesibles puertos de la escala de Poniente. En ellos se acentúa el fenómeno vulgar, repulsivo, de la mendicidad callejera, elevada a industria del pauperismo por las facilidades que otorga el régimen individualista del ejercicio de la caridad en los pueblos latinos. Mientras la una mano sepa lo que da la otra, contrariando el precepto cristiano, subsistirá la afrenta de la plaga de mendigos que cierra el paso é inspira asco al turista ó al viajero activo venido de fuera. El deber de beneficencia, que es de moral estricta, debe ser ejercido por instituciones filantrópicas, no directamente y de mano á mano. Así lo entienden, por lo general, y así lo practican los anglosajones. Es—¿á qué negarlo?—otro exponente de superioridad en el plano de los pueblos civilizados.

En esos puertos se produce también el fenómeno de la emigración, desordenada y egoista, imposible de ser contenida en un medio falto de iniciativas y de energías sociales; sobre modo difícil de ser encauzada como sana corriente de renovación de vida ibero-americana, pero que urje metodizar y garantir, no con hueros discursos parlamentarios, si no con actos de la única política reparadora y útil, la económica y jurídica, la que Costa como Pí, el integérrimo, profesa y trata de hacer efectiva en la nueva España.

Atinadísimas son las observaciones que hizo y certeros los juicios que formula, a ese respecto, el discreto autor del ameno libro. No son las suyas, en modo alguno, frases de mera crítica formal, de crítica al galop; antes bien se enderezan a mostrar los puntos adoloridos ó los órganos lesionados del cuerpo social de la briosa nación de las hidalguías y las conquistas, robusto en tiempos de sus legendarias épicas hazañas, y ahora desmedra-

do y enfermo por los abusos de la andante caballería y por las aberraciones del pletórico centralismo, erijido éste en sistema de explotación y de fuerza allende y aquende el Atlántico: en la imperial Metrópoli de los Austrias y Borbones y en las vastas colonias que fueron, al decir del ilustre Salmerón, otros tantos «ignominiosos latifundios».

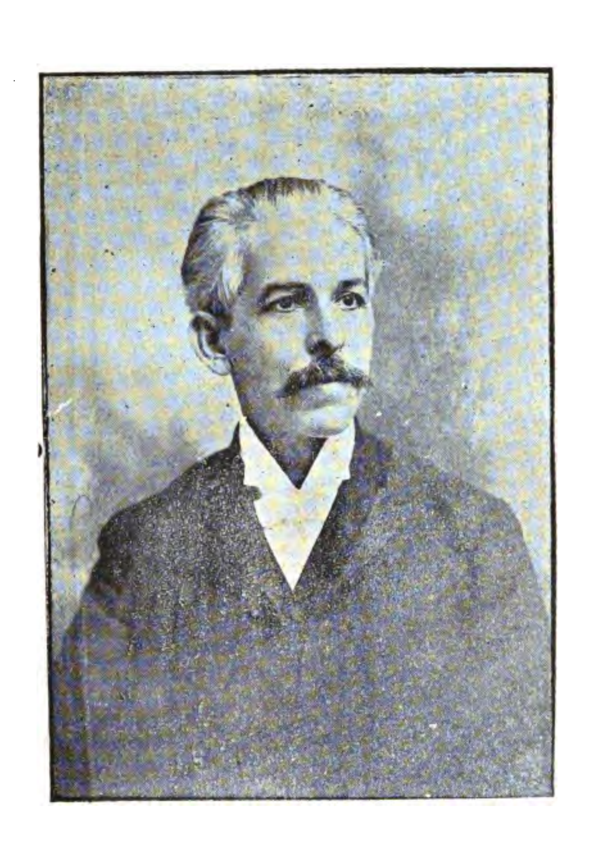
Insisto en ese tópico. Ese tópico es de actualidad y á él se refieren las más puntualizadas observaciones hechas por el señor Grullón—bien hallado huésped que había sido de Barcelona y de Valencia—mientras recorría la nave viajera el litoral panorámico de la antigua Hesperia. Revelan tales observaciones y el concepto deductivo que ellas informan, claro es, una aptísima vocación para el examen crítico, imparcial y sincero, de los diversos datos de índole permanente con los cuales se demuestra la superioridad adquirida por la raza sajona, ó por la familia anglosajona, con relación á la raza latina ó, cuando menos, á la familia ibero-americana. Familiar del hogar latino, dolido de los males que aquejan por igual á la casa solariega de la familia española y á no pocas de sus ramas américo-hispanas, sin prejuicio de escuela ni preocupaciones de insano orgullo, habla de esas cosas ingratas el escritor dominicano, no para herir al pueblo de las gallardías, si no para coadyuvar á sacudirlo del sueño de inmovilismo en que yace sobre sus costosísimos laureles. Nobleza obliga.

*

No obstante el velo de lluvia que entoldaba mar y cielo, sólo á trechos radiantes de azul y oro, la larga travesía del Océano proporcionó al observador viajero ocasiones propicias para asistir á más de un idilio á flor de agua, y para sorprender el grito de alguna alma en más de un gesto de pavor ó de sorpresa. Sucedíanse á veces singladuras de opresiva monotonía; aunque ya al término del viaje se hicieran sobre la misma ruta histórica de

El autor.

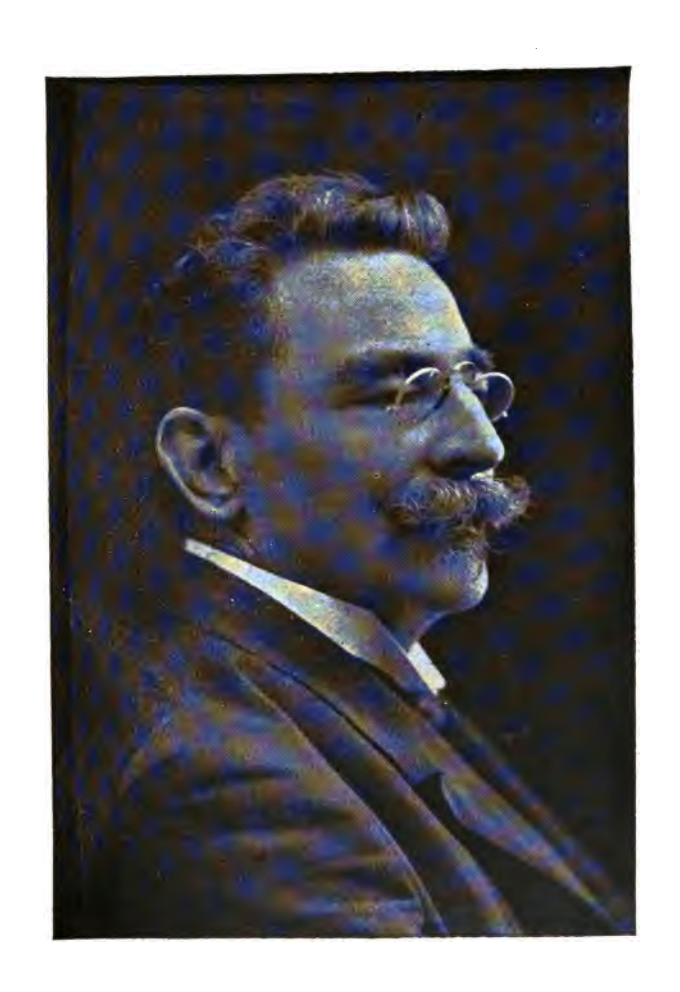
PRÓLOGO.



DEL MEDITERRANEO AL CARIBE

CON ESCALAS

EN ESPAÑA Y EN CUBA.



CAPITULO 1º.

ESCALAS DE LEVANTE.

Barcelona: el guarismo de su población. Adelanto material y progreso intelectual. Los mendigos, pesadilla de Alcaldes y Ayuntamientos. El Ensanche y el ornato de la ciudad. El regionalismo y los partidos militantes. Influencias transpirenáicas. Rasgos etnográficos. Movimiento del puerto. El propagandista del fomento de la marina mercante en España, D. Joaquin Arumi. Colonia dominicana en Barcelona.

Valencia: ciudad semi-muslímica, madre de pintores y escultores. El patriarca del renacimiento literario valenciano, D. Teodoro Llorente. Comercio de frutas con Inglaterra. La cosecha de arroz y los embarques de naranjas, cebollas, melones, granadas y tomates. El capitán Pelegrín. Corrientes migratorias á la Argentina, Uruguay, Brasil y Cuba Viaje á la Coruña en pos de emigrantes: su alojamiento en el barco. Cambio de tiempo.

Alicante: el puerto, la población y su clima. Aspecto del muelle. Faluchos pescadores: las barcas del bou. Rasgos etnográficos. Falsificación de azafrán y turrones. Litoral de Cartajena: torres-atalayas de los árabes. Costa despoblada. Asalto de un buque inglés. Un cobrador de contribuciones prudente. Autonomía administrativa al revés. Los Frailes, Cabo gata, La vela blanca. Meseta de Roldán. Bahía de Almería: la uva de mesa. Motril, puerto de Granada. Aparición de la caña de azúcar. Cortijos en la costa. El temporal en Aguila: viajeros sorprendidos. Topografía especial del terreno. Marina de Gandía, Dénia, cabo y monte Ifach ó de Calpe. Sierra Mariola, Alcoy y Onteniente: pensamiento altruista. El Sabinal: puesta de sol. Costa de Africa. Denominaciones y costumbres de origen arábigo.

Málaga: fantástica entrada nocturna. El puerto y la catedral. La misa de doce: pareja aristocrática. Manifestaciones de idolatría y fetichismo.

La gitana y su churumbelo. Atavismo musulmán. Digresión sociolójica: clérigos y políticos. Paseo á la Caleta: la palma real americana. Cementerio británico. La tierra de la alegría: boda inesperada. Patronimicos ibero-americanos. Un conductor olvidadizo. Vélez-Málaga. Caciquismo burocrático: sus perniciosos resultados. Una décima que viene al canto. Sierra Mija y la uva pasa.

Gibraltar: egoismo británico. Vapores alemanes entre Génova y New York para emigrantes italianos. Algeciras, Puente Mayorga y Sierra Carbonera. Pontones-depósitos de carbón y de aparatos frigoríficos para la carne. El ticket ó llave de entrada. Los mercados y la calle central. Cuarteles con escuela y biblioteca. Alameda y alturas del peñón. La carretera. El puerto militar: galerías y baterías sueltas que hacen la plaza inexpugnable. Funicular del vigía á 1.294 pies de altura. El monte Calpe ó de Tárik convertido en Gibraltar por obra de la etimología. Castillo moro y sitios que ha presenciado. Pobladores de Gibraltar y su organización política y judicial. El istmo y la Línea. Asalto de pobres. Contraste y confluencia de dos civilizaciones; sus rasgos característicos. Orígen de la discrepancia. La escuadra griega. Maniobras navales, deporte nacional. Recuerdos de Trafalgar: Churruca y Nélson. Matadero, tren de lavado y cementerio. Depósito de agua. La playa del Este y las gaviotas. Elementos étnicos del peñón. Constitución geológica del mismo.

Tarifa, Trafalgar, Conil: el conejo y la etimología de España. Cádiz y sus salinas. El manicomio. Jerez de la frontera. Comercio de tránsito. Trasbordo de la carga de Sevilla. Faro de Chipiana en el Guadalquivir, Ría de Huelva y Palos de Moguer. Los supuestos restos de Colón en la capital de Andalucía: exigencias de la hidalguía española. El Guadiana, límite de los Algarves. Bahía de Lagos.

CON tiempo lluvioso salimos de Barcelona el día 12 de octubre último, á las ocho de la noche, á bordo del «Puerto Rico,» vapor de los Sres. Folch & Ca de 1600 toneladas de registro.

Estamos ya en otoño y nos hallamos á los 42 grados de latitud: hace frío.

Es Barcelona la ciudad más importante y más rica de España por la extensión de su comercio y el número de sus habitantes. Según el cómputo oficial, alcanza unas 550.000 almas; pero con la anexión de los pueblos inmediatos de Gracia, la Bonanova, San Gervasio, Sarría, San Martín, Barcelone-

ta, etc., es opinión válida que llega á 700 ú 800.000 habitantes,—dato difícil de comprobar, porque en España se oculta como delito el guarismo de la población, por ser proporcionales á ésta los derechos de consumo.—

Envanécese Barcelona, con justo título, de su cultura científica, literaria y estética, así como de la actividad y aptitudes de sus hijos para el comercio.

Sus adelantos industriales en tejidos, en artes tipográficas y de ornato son notables por todo extremo y unidos al progreso intelectual suscitado por sus pensadores y poetas, han culminado en el renacimiento filológico de que blasonan los catalanes y cuyos representantes más caracterizados son los Verdaguer, Maragall, Guimerá, Rusiñol y Gener.

Ha dado pábulo esta *renaixensa* á la tendencia regionalista,—cuya significación paréceme de carácter más literario que político, si es que no ha de estar reñida con el sentido común y el patriotismo.—

El Parque, las Ramblas, el Ensanche,—cruzado de anchas avenidas sembradas de doble hilera lateral de árboles y que ocupa un área tres veces mayor que el casco antiguo de la población, cuyo extenso panorama domina el famoso *Tibidabo*,—constituyen nota característica é imparten á Barcelona un sello especial que podrían envidiarle la mayor parte de las ciudades europeas, cuyas calles no ofrecen tal variedad en el ornato, orgullo de los arquitectos catalanes: los edificios de la Universidad y la Santa Familia, algunos colegios y varias casas particulares como la de la calle del Conde del Asalto, son buena muestra de ello.

Lunar que afea tanta belleza es la plaga de mendigos que os asaltan al salir á la calle y os persiguen con la confidencia sincera ó fingida de sus cuitas, figurando en ellos toda la gama elegiaca y macabra, desde el profesor macilento que ha perdido la colocación por haberse enfermado, ó el padre de familia que no alcanza con qué mitigar el hambre de sus hijos, hasta la infinita variedad de los *fenómenos* exhibiendo deformidades horrorosas que hacen erizar los pelos en la cabeza: sin contar las orquestas ambulantes de ciegos y de familias filarmónicas—inclusos los perrillos,—que estorban el paso por las aceras.

En este, como en todos los grandes centros de España, es el problema de la mendicidad, al par que el de la higiene, el escollo con que tropieza la acción administrativa local, la que hasta ahora ha sido impotente para disciplinar y hacer ingresar en los establecimientos de beneficencia á los mendigos sueltos que pululan en las poblaciones.

Por otro lado, la generosidad proverbial de la gran ciudad atrae anualmente á su seno un aluvión de pobres é inválidos que explotan la caridad del vecindario complicando innecesariamente el problema de la beneficencia pública, sin que sean parte á evitarlo las continuas amonestaciones de la prensa local; pues resulta que los Alcaldes, arredrados ante el temor á las represalias por parte de los interesados, no se atreven á restringir el derecho de mendigar, que resulta ser aquí una de las formas de la vagancia.

Vista desde su aspecto político la vida del principado presenta, fuera del elemento oficial,

dos grandes tendencias, procedentes ambas de la tradición, ya foral, ya religiosa: el carlismo integrista y el regionalismo federal, á los que hace contrapeso el partido republicano militante bajo la dirección del diputado á córtes don Alejandro Leroux.—Este, que intenta disciplinar á los suyos á ejemplo de los socialistas franceses, para luego realizar sus teorías desde el gobierno, pudo decir no ha mucho con cierto donaire á Salmerón, al recibirle recientemente en Barcelona: «¡Bienvenido seáis á la ciudad más republicana de España: aquí *sa casa es vostra!*»

Dícese que la ciudad de las Ramblas sirve de albergue á 50.000 anarquistas de Europa y América, cuya presencia parecen denunciar las bombas de dinamita que han explotado últimamente en varios puntos de su recinto.

Empero, á pesar de su carácter de cosmopolitismo, los rasgos que privan en la fisonomía propia de la ciudad condal son franceses, abundando en las Ramblas los galiparlistas—así como en Bilbao los ingleses,—y no hay para qué añadir que en los *alcázares* y *eldorados* alcanzan gran prestigio las coupletistas del arte neo-decadentista de allende el Pirineo.—

Creo que también hay españoles en Barcelona; mas, como no meten ruido, pasan desapercibidos para el forastero, quien sólo ve la superficie de las cosas.

Etnicamente, los catalanes constituyen una raza distinta de los demás grupos de la península: sus ojos vivos y brillantes, su nariz puntiaguda, su estatura elevada descansando sobre ancho pedestal, son distintivo del pueblo laborioso y enérgico, due-

ño un día por sus naves de las aguas del Mediterráneo.

Gráficamente los ha definido una ocurrente amiga nuestra al decir que Barcelona es una jaula muy hermosa, «pero con pájaros muy feos.»

Al rededor nuestro contamos en el puerto más de 25 vapores de gran tamaño, entre ellos el buque hospital ruso Orel, y muchas barcas de 4 palos que dan testimonio de la riqueza y actividad industrial de este pueblo.

A bordo encuéntrome con don Joaquin Arúmi, de la casa consignataria, propagandista incansable del fomento de la marina mercante española, y á quien conocía por los juicios de la prensa acerca de su labor. Por vía de Valencia dirígese á Madrid con objeto de dar allí una conferencia sobre el consabido tema—á todas luces simpático—si se tiene en cuenta que en España los buques nacionales tienen mayores gastos de bandera que los extranjeros, resultando de ello la vida lánguida, muy parecida á la muerte, de una industria que debiera ser floreciente.

Departiendo acerca de estas cosas pregúntole porqué no tocan en Puerto Plata estos vapores de Folch que por iniciativa suya hacen escala en Santo Domingo.

Atribúyelo él á falta de estímulo por parte de los que antes han representado la República en esta comarca.

—Antes sí,—contestéle—; porque el Dr. Santamaría, nuestro Cónsul actual, es hombre que conoce su deber y tiene conciencia de su responsabilidad.

Existe actualmente en Barcelona una pequeña

colonia dominicana, formada por las familias de don Abraham Santamaría, don J. B. Vicini Burgos, vice-cónsul, don José Brache, don Paco Córdova, y el veterano general Figuereo.

Día 13.—Declárase el tiempo de agua: sólo á las doce llegamos á Valencia, la ciudad cristiana y muslímica á un tiempo,—la de la torre atalaya del Miguelete, el beato Juan de Rivera y San Vicente Ferrer;—la de las *fayas*, y las *rocas*; la de las huertas de dalias y claveles; la del sinnúmero de predios que evocan el recuerdo de la dominación sarracena con sus barracas rodeadas de cañas bravas, higueras y datileras al pié de la noria, cuyos canjilones de barro hace girar el mulo ó la caballería para el riego de la huerta.

Mentalmente saludo á la ciudad del Turia ó Guadalaviar, madre de pintores y escultores, patria de Sorolla, los Benlliure, Pinazo, Agrasot y Querol;—tierra que revive para mí sucesos alumbrados por el fúnebre reflejo de dos tumbas y que me recuerda, con el simpático autor de *Armónica*,—el modesto Eduardo L. Chavarri,—al patriarca del renacimiento literario valenciano, al respetado director de «Las Provincias,» traductor afortunado de Heine y autor de las *Cartas de un soldado;* al que Mistral apellida hermano: el poeta é historiador D. Teodoro Llorente.

En los intervalos de las lloviznas recibe el vapor carga de vino y arroz; al lado nuestro cargan cajas de cebollas varios vapores ingleses para casas de Lóndres y Liverpool.

Terminaron ya los embarques de naranjas: éstos no continuarán hasta la próxima cosecha, den-

tro de un mes,—cuando todavía verdosas y ácidas exportaranse á Inglaterra para regalo y adorno de las mesas de noche buena y principios de año.

Unos cincuenta millones de pesetas representa este solo comercio, avaluado en cinco millones de cajas calculadas en $ 2; la cosecha de arroz no le va muy en zaga; las cebollas, melones, granadas y tomates completan el cuadro de la producción frutera de esta huerta, la más extensa y rica de España y que todavía conserva los canales y acequias establecidos por los romanos y los árabes, secreto de su fertilidad.

El tráfico que promueve este comercio de frutos asigna á Valencia el tercer puesto entre los puertos de España por el número de vapores que cruzan diariamente por sus aguas, siendo los dos primeros Barcelona y Bilbao, y el cuarto Huelva, en donde cargan los vapores el azogue de Almadén y el cobre de río Tinto.

Es su población de 213.000 habitantes, y probablemente más, pues ya sabemos que aquí se oculta sistemáticamente el cupo de habitantes al par de la riqueza territorial.

En una conversación con el capitán Lovera,—(á su antecesor el señor Pelegrín le ha sido amputada una pierna á consecuencia de un abceso),—me anuncia aquél que habremos de hacer escala en las costas de Galicia para trasportar emigrantes á Cuba.

Está el vapor francés Poitou tomando algunos para la república Argentina: con tal motivo tratamos de la emigración que anualmente sale para las Antillas y la América del Sur. De Barcelona emigran más hacia el Brasil y las repúblicas del Plata; el

valenciano, bien hallado con la vida de *la huerta*, no sale, ó sale poco, de casa; los de Galicia y Asturias dirígense á Cuba en septiembre ú octubre, regresando muchos en abril ó marzo, pasada la zafra,—como suelen hacer los *Cocolos* de las islas inglesas de barlovento en nuestro Macorís.

—En este viaje iremos á la Coruña á tomar unos novecientos emigrantes.

—¿Tantos así? Y dónde se colocarán?

—Aquí debajo: oh! nosotros hemos repatriado de Cuba una vez ochocientos militares y en otro viaje mil docientos. En el primero perdimos unos cuarenta, que se echaron al agua, y ya en puerto murieron cuatro, que no pudimos desembarcar, por no haber querido darnos entrada el comandante de marina, *por puro capricho;* en el segundo no perdimos ninguno. ¡Cabe mucha gente en estos entrepuentes!

Día 14.—Hase despejado el cielo; la brisa es suave, el aire transparente: estamos en el delicioso Alicante.

A poco de haber amanecido entramos en un puerto interior formado por dos rompe-olas, á los que se está agregando una tercera calzada de mil metros, en el seno de una bahía formada por el arco tendido desde el cabo de la Huerta al de Santa Pola. La población es de unos 60.000 habitantes y formaba con las provincias de Valencia y Castellón de la Plana el antiguo reino de Valencia, que ilustrara el cetro de Don Jaime; su idioma es el catalán valenciano, suavizado por la proximidad á las provincias castellanas.

Es Alicante la tierra del sabroso turrón y del *pimentón* famoso, cuya preparación ha originado

tantos conflictos en la política española —que todo lo resuelve con rebeldías, por las vías de hecho,— y el que también se cosecha en Murcia, más al sur.

Aquí tomamos carga de frutas en conservas y vino. Vese el muelle cubierto de pipas, sacos de pimiento en polvo, cáñamo, obras de espartería y cascos de mineral, el que con grandes sacrificios traen de los yacimientos más próximos, por falta de adecuadas vías de comunicación.

En este clima benigno vienen á invernar los turistas de Madrid y los tuberculosos ingleses, atraídos por la belleza de los sitios y salubridad de los sanatorios cercanos, —como el de Busot, que goza de merecida fama.— Desde la rada contémplase un castillo antiguo asentado sobre la montaña de piedra caliza amarillenta que domina la ciudad y parece oprimirla con su masa.

Bajo á tierra un momento y atravieso un hermoso paseo de palmas-dátiles en la playa.

En el muelle descansan multitud de faluchos ó pequeñas embarcaciones de vela latina triangular que vuelven de la diaria faena y me recuerdan las *barcas del bou* de Mayorca. Salen éstas —pasado el tiempo de la veda— de tarde ó muy temprano en la mañana, cual bandadas de blancas mariposas, siempre por parejas, llevando los dos extremos de la red con que corren al través del mar, cual si fuese éste una plaza de toros; y de ahí el que se llame esta pesca *del bou*, es decir del buey ó del toro.

Son productos de la misma salmonetes, congrios, lenguados, jíbias ó pulpos y escorpinas, —que descargan los marinos en capazos ó cestos de palma tejida.

Entre las mujeres que ayudan á los pescadores

en la faena observo los mismos rasgos de la clase trabajadora valenciana: estatura baja, pelo negro abundante, y andar con los pies paralelos, á usanza árabe, además de cierto prognatismo de la boca que deja descubierta la encía superior —de dientes pequeños— al hablar ó reirse.

Con sorpresa supe que el azafrán de que tanto uso hace la cocina española no es producto alicantino, sino de Castilla la Vieja en la Mancha, y que es objeto de un gran comercio en Novelda, —en donde se le falsifica con *el alazor*,— como también se falsifica el turrón legítimo de Jijona, el cual sólo puede fabricarse con la miel del romero y una peladilla especial que se cosecha en Alcoy.— Y perdónese la digresión gastronómica.

Día 15.—El tiempo sigue apacible y el mar sereno: amanecemos teniendo al frente el litoral de Cartajena, á mitad de la distancia entre Valencia y Málaga, que es de 257 millas.—Costa recia, abrupta, pelada; sólo percíbense en ella, de trecho en trecho colocadas, esas torres redondas ó cuadradas, atalayas de piedra que se comunicaban con otras del interior y servían de telégrafo á los árabes en toda la península.

Con los gemelos distinguimos un puerto abierto y sin playa; llámanle San Pedro. Alrededor nuestro pequeños botes pescadores dan testimonio de la presencia del hombre en esta región despoblada, — recordándonos el hecho inverosímil ocurrido no ha mucho al favor de la soledad en estos mismos parajes.—

Refiérome al asalto de un buque inglés y pillaje de su cargamento llevado á cabo por los mismos pescadores, quienes mataron á unos

cuantos de los tripulantes, habiendo huído los demás.

Asegúrase que está pendiente la reclamación de Inglaterra acerca del hecho: aun así, lo dudo. Que tal suceda en nuestras desiertas costas de Higüey, al oriente de Santo Domingo, no se justifica pero se explica en cierto modo por las condiciones peculiares del lugar y de sus pobladores; mas aquí, en el corazón de Europa, suceso tal, incompatible con las leyes de simple policía, ni se comprende ni se justifica.

Bien es verdad que en estas sierras bravías hay lugares tan huérfanos de la acción judicial y administrativa que pudieran considerarse como de hecho independientes ó *anárquicos*, en el concepto etimológico de la palabra.

En Castell de Castells, por ejemplo, el cobrador de contribuciones, interesado en salvar la propia integridad personal, no se atreve á entrar sino cuando los vecinos lo consienten, no pagando éstos más contribución que la que ellos mismos se adjudican y realizando así un donoso ejemplo de autonomía administrativa.

Sigue la costa de Sta. Pola y la isla de Tabarca hasta dos picos gemelos, los Frailes, y el cabo de Gata, en donde hay una farola; y más allá la salina, de donde suelen cargar sal para el Brasil, la que allí usan como abono. Antes de la farola está *la vela blanca*, una faja de piedra ó mineral que brilla al sol como nieve y fué cañoneada en los días de Trafalgar por los ingleses, quienes tomáronla por un bergantín enemigo.

Meseta de Roldan.— Despertó un día mal humo-

rado este gigante de la leyenda levantina en Villajoyosa, (el alba vestal del Mediterráneo en cuyas aguas deleitábase pescando Castelar. . .) y dió tan tremenda cuchillada en la roca que ésta voló y cayó en el mar, formando la isleta de Benidorm; de allí vino á almorzar en esta meseta, á 150 millas de distancia, pues sin duda hallábase provisto de las botas de siete leguas del *Pulgarcito.*

En el cabo de Gata principia la bahía de Almería que se extiende hasta el cabo farola Sabinal. Exporta este puerto grandes cantidades de uva blanca de mesa para Inglaterra: la arreglan en barrilitos rellenos con aserrin del corcho que producen los arcornoques de la sierra.

Vienen luego Adra, cabo Sagratif y Motril, puerto de Granada –que dista en línea recta unas doce millas al interior,— y detrás del cual descuella un monte elevado, última estribación de la Sierra Nevada. En el estrecho valle de la costa alcanzamos á ver algo verde que suaviza la aspereza del paisaje: ¡la caña de azúcar, nuestra gramínea nacional, que hace su aparición en la orilla y á la que saludamos como á antigua amiga tras largos años de ausencia!

En la serranía de la costa otra vez abrupta, pero menos árida que la de Cartagena, distínguense poblados y cacerios que parecen presos en la vertiente donde se mantienen en equilibrio; ya no son torres ni masías, como en Cataluña y Valencia, sino *cortijos*, como en toda Andalucía.

El temporal de agua con que salimos de Barcelona y Valencia hízose sentir siniestramente en la costa entre Alicante y Cartajena. En esta región de montañas peladas y rocallosas que sólo produ-

cen esparto no hay grandes corrientes de aguas permanentes fuera del Jura y el Segura; mas al sobrevenir temporales, toda quebrada se convierte en torrente por el declive excesivo de los planos y la falta de porosidad en la tierra, —como acaeció últimamente en *Aguila*.—

El tren correo de Madrid á Alicante quedó detenido por una tromba de agua á la entrada de uno de los túneles que se encuentran en dicho ramal. El maquinista intentó retroceder, pero las aguas invadieron los coches imposibilitando toda maniobra. Los viajeros ante el inminente peligro de morir ahogados, trataron de abandonar el tren: al efectuarlo, varios de ellos fueron arrastrados por la corriente hacia el valle, en donde se hallaron sus cadáveres en la mañana siguiente.

Quedó detenido el tren sin poder avanzar ni retroceder, por el desprendimiento de tierras y piedras en la vía, hasta que otro tren de auxilio pudo conducir los viajeros á Aguila. El torrente despeñado de la montaña ahogó algunos individuos más de la provincia de Almería que cosechaban olivas en sus campos.

Tales accidentes son frecuentes en España, favorecidos por la configuración especial del terreno cuya meseta central, desprovista de agua y arboleda y por ende favorable á la formación de torrentes, torna en gehena la que debiera ser mansión paradisíaca con sus campiñas en que florecen uvas, higos, almendros, olivos y naranjos.

Pasado el cabo de Gata, navegamos francamente con rumbo al Oeste.

Desde Barcelona venimos bajando casi en línea recta, siguiendo la curva del golfo de Valencia y

pasando frente á Tarragona, Tortosa,—en la desembocadura del Ebro; —Sagunto, la del heroismo legendario, Castellón y Valencia.

De aquí seguimos rumbo Sur desde el cabo de la Nao en frente de las Baleares hasta el cabo Palos, en cuyo seno están Alicante y Murcia.

Al Norte de aquél dejamos á Gandía, célebre por su comercio de pasas, y Dénia, antiguo templo de Diana, y un poco más abajo la punta y monte Ifach ó de Calpe, en donde recientes disquisiciones de arqueólogos valencianos sitúan las columnas de Hércules, límites del mundo antiguo.

No muy lejos de esta *marina* corre la sierra Mariola, la de las yerbas aromáticas, conocida de todos los herborizadores de Europa, y á cuyos lados vense la coqueta é industriosa villa de Alcoy y Onteniente, perennemente arrullada por los salutíferos manantiales que justifican su nombre antiguo de Fonteniente, —canalizados por los romanos ó los árabes, y cuyas aguas recibe al pié del barranco el transparente *Clariano.*—

Allí recuerdo haber visto casas solariegas con sus escudos vaciados en las fachadas, —como algunas antiguas de Santo Domingo,— y haber leido en humilde establecimiento de beneficencia una inscripción con este hermoso pensamiento:

¿De qué sirve la opulencia,
sin el placer soberano
de abrir la pródiga mano
para aliviar la indigencia
de nuestro doliente hermano?

La tercera singladura nos lleva del cabo Palos al de Gata, pasando frente á Cartajena é inclinando

ligeramente al Oeste, —cuyo rumbo seguimos en línea recta desde el Sabinal hasta Málaga.

Es de tarde; mientras nos hallamos sobre cubierta, asistimos embelesados al siempre nuevo y espléndido espectáculo de la puesta del sol, —aún en estas latitudes.

En dos ó tres pinceladas esboza su cuadro el divino pintor; y luego, con unos toques de luz, suavizando contornos, esfumando matices y condensando oros y púrpuras, queda la obra terminada: ¡qué grande artista es el sol!

En aquel momento, ante la quietud del vasto escenario en que se borran los matices y sólo persisten las grandes líneas, el silencio se impone, el pensamiento oscila entre la realidad y el ensueño, las palabras escasean y el sentimiento dominante es un religioso respeto mezclado de admiración por la eterna y poderosa hermosura de las cosas.

Desde Almería corre la costa paralela á la de Africa entre Melilla y Orán.

Geológica y casi pudiera decirse geográficamente, desde la altura de Valencia y las Baleares nos hallamos en tierra africana: esos nombres de Guadalaviar, Alhaucin, Mulhahacen, Guadalhorce, Guadalete, Guadalquivir y Guadiana, ¿no están diciendo á las claras de su orígen arábigo, —que denuncian por otro lado los usos y costumbres de sus pobladores?

En Valencia, Murcia y Alicante acostumbra la población rural sentarse en el suelo con las piernas dobladas, á estilo sarraceno, y en algunos lugares usa todavía el calzón amplio de pliegues llamado zaragüelles. El hombre es dueño y señor de la casa: la mujer, lejos de compartir la soberanía del ho-

gar, ni aún se sienta con él á la mesa; antes bien sírvele como esclava, sin que puedan eximirla de ello ni siquiera los quebrantos propios de su sexo; —hábitos de que bien podrían hallarse aún vestigios en nuestra América.—

De orígen africano es también la costumbre tan generalizada en España de convertir la noche en día y el día en noche.—En una tierra caldeada por las reverberaciones del desierto compréndese que el beduino prolongue las vigilias hasta las altas horas de la noche, á fin de hallar ambiente respirable; pero en una comarca europea, científica ó industrialmente organizada, no puede admitirse que el hombre se mantenga sin motivo fuera del lecho hasta las primeras horas de la mañana—aún en las noches de invierno,— si no es por ese resabio de hacer las cosas al revés, característico de la falta de orden y disciplina social.

Domingo 16.—Málaga! Anoche á las diez dimos fondo en este puerto.

Mientras comíamos, anocheció, cerrándose súbitamente el cinematógrafo y desapareciendo la visión de la costa.—Al tornar sobre cubierta halláмosnos, sin transición alguna, frente á un círculo de fantásticas luces, focos eléctricos que dibujan en las tranquilas aguas del puerto sus cabrilleos como caudas de cometas. En derredor nuestro, la obscuridad. ¿Somos presa de alguna alucinación, ó nos hallamos en los encantados dominios de alguna hada misteriosa?

En la duda resolvemos acostarnos, no sin recelos de despertar convertidos en enanos, príncipes ó carneros.

Por fortuna oigo entre sueños el ladrido de un

perro, el canto de un gallo, y se desvanece el hechizo á la voz de estos amigos del hombre que me recuerdan las tibias noches de mi tierra en los fatigosos viajes por sus sendas primitivas.

Amanece al fin, y he aquí cómo se despeja la incógnita: estamos al costado de hermoso muelle corrido de piedra blanca, dentro de un puerto artificial precedido de un ante-puerto, rodeados de vapores ingleses, suecos, alemanes, franceses y austriacos.

La herradura hase convertido en dos hileras superpuestas de casas que van del barrio de Malagueta, á nuestra derecha, al de la Pescadería, que corre paralela al muelle de la izquierda, dominándolo todo el penacho de humo negro de las fábricas que trabajan el material de Linares cuya mancha, esfumada por la brisa, resalta en esta pura atmósfera meridional.

En el centro está situada la población propiamente dicha, que es de 125.000 habitantes; y al frente del buque, á distancia que parece pudiera tocarse con la mano, por efecto de la perspectiva, surge la masa imponente de un edificio de color blancuzco, la catedral.

Ofrece esta iglesia de orden compuesto, construida en 1770, la particularidad de tener trunca una de las torres de su fachada,-como la del campanario de nuestra catedral dominicana.

Su pavimento es de losas de mármol blanco y rosado de Sierra Nevada, y rosados asimismo los dos púlpitos y la silla del obispo en el centro del coro.

Labrado éste de caoba, encina y nogal, contiene dos órganos laterales de tres mil pitos cada

uno, cuyos tres cuerpos llegan al arco de las naves; pero los medallones de ángeles, flores y palmeras labrados en las bóvedas, danle un aspecto demasiado suntuoso que forma contraste con la severidad de líneas del conjunto: no la cambiaría yo, ciertamente, por nuestra antigua catedral primada......

Los pasajeros del «Puerto Rico» que hemos bajado juntos, asistimos todos á la misa de doce. Entre la concurrencia de los trasnochados fieles llega una pareja aristocrática que se coloca á mi lado; esto me permite observar en *ella* la misma estructura de boca antes descrita,—que creo abunda también en todo el mediodía de Europa—el labio superior corto dejando la encía descubierta. ¿Será regresión atávica de la raza?

En uno de los altares laterales pude observar cuán dados son en esta tierra andaluza á la objetivación excesiva del culto: dos santos, haciendo el uno contorsiones con una serpiente enroscada en el brazo y provisto el otro de ridícula barba postiza me inspiran más repulsa que devoción, sintiéndome escandalizado ante aquel cuadro rayano de la idolatría y el fetichismo.

Olvidaba que nos hallamos en la tierra de María *Zantízima*, en donde la imaginación popular, despojando á la Virgen del sagrado símbolo de la maternidad, la ha convertido en mujer, envuelta en manto de terciopelo y seda y adornada con joyas profanas.

Momentos después, al cruzar una esquina, saliónos al paso una gitana de pelo suelto, pidiéndonos algo para su *churumbelo*...

Al salir del templo por una puerta lateral tropezamos con un depósito de basuras é inmundicias

que denuncian á grito herido el atavismo musulmán de este pueblo propenso á convertir en estercolero todo espacio propicio fuera de casa.

Diré de una vez todo mi pensamiento á este respecto.

El pueblo español que en conjunto es un pueblo de grandes virtudes cuando de su dignidad é independencia se trata y que individualmente produce los tipos más simpáticos é interesantes en el orden social, ofrece una gran deficiencia en su vida colectiva: á pesar de la ilustración superior de sus intelectuales, la masa inferior, que de sí es sencilla y afable, carece tan por completo de educación y de cultura que en muchas manifestaciones de su vivir aparece como entidad hosca y primitiva—y hasta cruel,—como próxima á la naturaleza.

En su aspecto civil y religioso sobresalen como derivación de su historia estos dos tipos originados por los azares de su vida tormentosa, que confunde sin cesar lo divino con lo humano,—los políticos y los clérigos,—quienes (salvo honrosas excepciones,) dedícanse á dichas carreras más por necesidad y conveniencia que por patriotismo y convicción, haciendo así antipáticas dos cosas á todas luces respetables—la religión y la patria,—que sufren las consecuencias del escepticismo reinante.

Para conocer á Málaga, impónese el paseo á la Caleta y el Palo, prolongaciones de la bahía hacia el Este, comunicados con aquella por un tranvía animal.

Detenémosnos en la avenida del Limonar, arrabal de casitas rodeadas de jardines al estilo inglés que recuerda el de Menéndez Pelayo en San-

tander: aquí vienen á invernar muchos hijos de Albión y con el tiempo vivirán todos los malagueños pudientes que obedezcan al precepto higiénico, cada día más generalizado, de huir de las grandes aglomeraciones urbanas entre el oxígeno de los árboles.

En uno de esos jardines descubrimos (¡con qué alegría!) dos ejemplares de la palma real americana con sus racimos de palmiche en flor;—la misma que echaba de menos el gran Heredia á orillas del Niágara:

«Mas ¿ qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afán ? ¿Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
I al soplo de las brisas del Oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

No muy distante, alegre parquecito sembrado de variada arboleda sirve de morada postrimera, nada fúnebre, á la gente víctima del spleen que aquí afluye.

Málaga es la ciudad de la luz y de la eterna expansión, la tierra de la uva morada que infunde la alegría en las venas con el rico néctar de su jugo; la de las vívas y chispeantes peteneras.

En nuestro caminar á la ventura preguntámosle á una limpia criadita que nos sale al paso:

—Oiga ¿tiene salida este callejón á la alameda del Limonar?

—Sí, Señó; po un lado da ar Limoná, y po otro ar arroyo.

—¿Pero qué arroyo es ese que no trae agua?

—¡Porque no ha llovío, Señorito, y se pasa por ér!

Respuesta ésta que, así narrada, resulta desabrida y seca, pero que cobraba extraordinario relieve de vida y alegría por la risa picaresca y el gesto desenfadado y expresivo que la acompañaban.

Refieren al regresar á bordo varios de nuestros compañeros cómo han asistido á un matrimonio popular.

No les permitió el paso la muchedumbre que seguía-ovacionándola-al coche cubierto de flores en que vestida de blanco iba la novia con su madre,-por lo que hubieron de incorporarse al séquito.

Venía el novio por su lado en otro coche con sus padrinos.

Al llegar éstos á la iglesia el alboroto subió de punto: «¡El novio! el novio! el novio!»..... no cesando la algazara sino mucho después que hubieron entrado en el templo los ovacionados bajo una lluvia de flores, lo que á su vez aprovecharon los prisioneros para evadirse.

Al pasar en los carros del tranvía por la playa, los primeros anuncios profesionales que descifro son los siguientes:

«José García, comerciante,» y «Pedro Díaz, tabernero,»—por lo que sentí tentación de apuntar en mi cartera:

«En España, al igual que en América, todos los comerciantes y taberneros llámanse José García y Pedro Díaz, respectivamente.»

En el carro del tranvía ha de devolverme el conductor 20 centavos y me entrega solamente *tres perras chicas*, diciéndome enfáticamente: «Aquí

tiene Ud. sus 20 centavos.» Entonces sí que no vacilo en apuntar: «En Málaga, todos los conductores de tranvías son unos pícaros.... ó unos distraídos.»

En la misma curva de la bahía queda Vélez-Málaga con 25.000 habitantes, centro de los ingenios de caña y refinerías de azúcar situados en el litoral.

Lunes 17.—No pudo salir ayer el vapor, no tanto por la ley del descanso dominical cuanto por la mala partida que nos jugara un señor empleado de la aduana, quien ofreció al consignatario despachar el vapor ayer y marchóse luego al campo, habiendo perdido el vapor día y medio por este motivo, pues los sacos de garbanzos y las cajas de aceite que lleva para Cuba los ha cargado en pocas horas.

He aquí uno de los efectos del caciquismo, esa tiranía burocrática—equivalente de lo que conocemos en América bajo el nombre de caudillaje—y que desespera á los buenos españoles y les hace prorrumpir en manifestaciones de pesimismo apelando á veces hasta á una intervención extranjera «para que ésto se pueda refórmar.»

Más de una vez, por inverosímil que parezca, he oido discurrir en tal sentido indistintamente á personas ilustradas y á indoctas, y tal es casi siempre la conclusión de las conversaciones políticas que á ese respecto he oído entre los imparciales.

Es general en España la protesta contra los vicios de la Administración: todos se quejan, pero nadie se enmienda.

Suminístrame una prueba de ello la casualidad con las siguientes décimas que leo en un periódico local:

«Eres, Málaga la bella,
Competidora de Niza:
Con tu clima rivaliza,
Por ser el que más descuella;
Vales tanto como ella,
Pero tu inmenso valor
Lo deprime el poco amor
De tu inepto Municipio,
Quien á tí desde un principio
Te negó todo favor.

Aunque no tienes Corniza,
Ni casino sobre el mar,
Ni avenida de la Gare,
Puedes competir con Niza.
Tus encantos preconiza
El claro sol que te alumbra:
¡ Mas vives en la penumbra,
Bajo el odioso egoismo
Del espúreo caciquismo
Que á tanto imbécil encumbra !

Conozco las dos ciudades
Rivales por su belleza:
Niza alberga la grandeza,
Málaga, necesidades....»

Et sic usque ad finem, con lo cual queda demostrado, aunque de ello no hubiera menester, que aquí como en muchas partes, se suele cocer habas.

Día 18.—Anoche al oscurecer salimos de la risueña Málaga.

Al rebasar la bahía íbamos dándole vuelta á Sierra Mija, rodeada de pueblos pequeños, productores de la famosa uva pasa que tanta fama ha alcanzado en el mundo.—Para Macorís y Santo Domingo llevamos alguna.

Deslízase con suave ritmo el vapor sobre las aguas tranquilas, surcándolas á media máquina, pues sólo hay 67 millas de aquí á Gibraltar, en donde hemos de tocar para proveernos de carbón. Perdido el hilo de la topografía de la costa, en que está situada Marbella, de expresivo nombre, hallámosnos al amanecer dentro de un puerto que se extiende desde punta Europa,—Inglaterra—á punta Carnero—España.

¡Qué injusticia! ¡Estamos en España y fuera de ella! Estamos en Gibraltar....

Mi primer impulso ante la usurpación dos veces secular es el de una protesta que oye impasible el coloso echado detrás de la ciudad como una esfinge.

Sí, yo admiro el sentido práctico y liberal de las instituciones inglesas; su habeas corpus, la rectitud de sus hombres de Estado, la generosidad con que prodigaron los millones en beneficio de la misma España para extinguir la iniquidad de la trata; pero condeno y repruebo la política ferozmente egoista que mantiene á Irlanda atada al poste de la servidumbre política, que se apodera de Gibraltar, Malta, Chipre y Egipto, porque se hallan en la ruta de su comercio; cierra las puertas del Mediterráneo á las naves rusas, para poder dominar en él como en lago inglés; hace la guerra á China, para tener el derecho de envenenarla con el opio de la India; invade el Transvaal, porque encierra minas de diamantes; azuza al japonés lanzándole contra el moscovita, para violar impunemente el territorio del Thibet sagrado.... ¡como si existiera un fuero especial para Inglaterra!... Nó ¡yo no puedo sancionar tales transgresiones de la ley moral!

Antes de dar fondo pasamos entre dos vapores del Lloyd alemán, Princesa Elena y Reina Luisa, enormes colosos de diez ó doce mil toneladas, provistos de aparatos Marconi, y que transportan emigrantes de Génova á New York,—prueba inequívoca de que también existe en Italia la crisis agraria.

Al rededor nuestro cruzan diez ó doce vapores más entre el estrecho y la costa de Africa, que dista unas catorce millas solamente. El blanco caserío de Algeciras brilla al sol á orilla de la hermosa bahía que viste de esmeralda, justificando su nombre árabe de *isla verde*. Más allá, pero siempre en la bahía, Puente Mayorga, la antigua *Carteia*, con su fábrica de corchos cuya materia prima provee el hermoso bosque de alcornoques que se divisa detrás, y en cuyos jarales suelen cazar la zorra los sportsmen del vecino peñón; luego San Roque, en una ligera eminencia, al pié de la sierra Carbonera que casi baña en el mar y que no ha podido fortificar España' por considerarlo poco amistoso su buena *vecina*; en fin la Línea, la zona neutral, y el puerto, que termina en punta Europa.

Para tomar carbón atracamos á uno de los numerosos pontones surtos en el puerto, entre los cuales hay uno con aparato *frigorífico* (no se olvide que Gibraltar ha sostenido 13 ó 14 sitios) para la carne de Australia y de Galicia que consume la guarnición; y apenas llega el vaporcito de la casa consignataria, saltamos en él con rumbo á tierra.

Pasamos delante de la escuadra fondeada en el puerto militar y tomamos pie en el muelle de la bahía de Algeciras: estamos en los dominios de Su Graciosa Majestad Eduardo VII.

Al trasponer el recinto moro de la triple muralla, un policía nos entrega á cada uno un cartoncito ó ticket en que se nos autoriza, como á todo extranjero que penetra en la plaza fuerte, á permanecer en la ciudad «hasta el cañonazo de las seis y media.» Este es el llavín de entrada.

En el espacio de un recinto á otro están los dos mercados, el general, de carne, legumbres, frutas y carbón,—que vienen, éstos de la Línea y aquella de Tánger y á veces de Galicia—y el de huevos y aves que es exclusivamente moruno y procede de Tánger. Al medio día ciérrase la verja de hierro del mercado general con todos sus artículos á la vista, siendo responsable de ellos el guardián, sin que nunca ocurra un caso de hurto, el que es aquí severamente castigado.

Internámosnos en la arteria comercial de Waterport Street, calle ancha, de buenas aceras y asfaltada, en donde están situados los principales comercios, iglesias y oficinas públicas.

La nota dominante es el orden, la limpieza y aseo que brillan aquí como en el mercado, imprimiéndole carácter á la población.

Ya en ella, lo primero que llama nuestra atención son los cuarteles divididos en dos secciones, una para los casados y sus familias, otra para los solteros: en estos edificios —detalle característico— hay sala de lectura ó *biblioteca*, y ESCUELA.

Los soldados visten ya traje de invierno—blusa encarnada y pantalón oscuro—; en el verano traje caki, que también usan los nipones.

Los oficiales viven todos en la parte alta del peñón, en donde están situados el hospital militar, los asilos, el edificio de recreo y reuniones, el cole-

gio de Na. Sa. de Loreto, dirigido por hermanas *católicas* inglesas y francesas (¡qué lección de tolerancia para nosotros, los latinos!) y en donde se educan muchos hijos de familias andaluzas; la máquina para condensar agua de mar y en fin, la cervecería para la tropa, á la que esta gente esencialmente práctica prohibe el uso de bebidas alcohólicas.

El paseo de la carretera que rodea la parte inferior de la montaña, la única accesible al público, termina en un parque ó alameda (aunque en ella no haya álamos), adornada á trechos con monumentos conmemorativos de los gobernadores que hanse distinguido en la defensa del peñón, en cuyos pedestales aparece siempre, como por efecto de la casualidad, algún cañón, al par que en todos los recodos de la costa.

Allí un aparato Marconi, aéreo pulpo, recoge con sus antenas misteriosas las invisibles ondas de las transmisiones de la armada; allí, en fin, las escuelas, para los hijos de los oficiales que ocupan la altura.

Desde la eminencia contemplamos la salida de los dos vaporcitos de Ceuta y Tánger que levantan randas de espuma y parecen regatear en las aguas del estrecho.

Desde allí dominamos el puerto militar con las obras que se construyen para ampliar los talleres de reparación, laberinto inextricable en que los torpederos alternan con las grúas y con las cajas de municiones, surgiendo de entre las baterías unos cañones de cien toneladas verdaderamente sugestivos.

Por hallarnos en un período de maniobras no se nos permite visitar las galerías internas que

dan la vuelta á la montaña y en que están emplazados los cañones de la defensa;—obra pasmosa de ingeniería militar, al decir de los peritos.

Nadie puede figurarse cómo aprovechan estas gentes el menor resquicio de la mole para colocar un árbol, sembrar una planta, cubrir de verdor la aridez de aquella roca cuya base mide en su totalidad unos 3350 metros.

La carretera serpentea con sus cunetas de piedra menuda por la falda de la roca, ora saltando por encima de peñascos acantilados, ora enlazando con puentes de hierro y obras de mampostería los reductos avanzados, hasta coronar la altura, en donde se asienta la estación del vigía á 1294 pies de elevación.

Comunícase aquél con el puerto por medio de un funicular en cuya cesta sube y baja para ahorrar tiempo,—pues que en tierra de anglo-sajones éste es dinero.

Fué en el año 711, al decir de la historia, cuando el moro Musa, gobernador del califato de Damasco, envió de Tánger una expedición al mando de su teniente Tarik, quien desembarcó en Algeciras, fundó probablemente Tarifa, batió los godos de don Rodrigo en Medina-Sidonia y construyó la primera fortaleza en el peñón.

De ahí el nombre de Gibel-al-Tarik, en árabe monte de Tárik, de que se ha formado el moderno Gibr-al-tar, dado á lo que era el monte Calpe de los romanos,—una de las dos columnas del mundo antiguo,—siendo la otra el monte Abila, situado en frente de aquél en Africa.

Corresponden á aquella época las fortificaciones que aún se ven á mitad de la falda del monte,

dominadas por el castillo moro que se conserva tras cerca de doce siglos,—uno de los monumentos más antiguos de la península.

Dedícalo una inscripción árabe «al que dura siempre, al dios de la paz», cuyo voto ha resultado ser una ironía del destino, pues pocas parcelas de tíerra habrá en el planeta que hayan sido tan disputadas por razas y civilizaciones distintas como estos tres kilómetros y medio de roca jurásica.

Diez sitios sostuvo desde entonces Gibraltar hasta la toma del estrecho por los ingleses en 1704, —ocupada sucesivamente por los reyes de Granada y de Castilla, el sultán de Fez y los duques de Medina-Sidonia; y después de aquella fecha, tres sitios más, de españoles y franceses unidos, quienes han sido impotentes para arrancar su presa al leopardo inglés.

Y ha sido tan varia la suerte de las armas corrida por España y tan inesperadas las vicisitudes de su política, que en 1810 hallaron amparo en las murallas de la usurpada fortaleza las mismas fuerzas españolas, guerreando esta vez en contra de sus antiguos aliados los franceses.

La población de Gibraltar es de unos 21.000 habitantes: 7000 ingleses de la guarnición militar y de la flota, otros 7000 trabajadores españoles de la Línea, y otros tantos moradores con mezcla de maltés y de genovés—*Zeneises*, como ellos se llaman, de Zena, Génova.—

Háblase aquí más español que inglés, y la moneda española corre al par que la inglesa.

Sólo las autoridades superiores vienen de las Islas británicas. Los asuntos judiciales los resuelve el juez de paz, que es el jefe de la policía, y los

juzga en apelación una corte de seis jurados, mitad civiles, mitad militares, que resuelven en última instancia.

Es gobernador actual de la plaza el general sir George White, el bizarro defensor de Ladysmith.

Al bajar de la vertiente dirigímosnos hacia la Línea.

Sigue ésta á una playa neutral de unos mil metros de ancho, llana y despoblada, separada del resto de la comarca por una verja de hierro de mar á mar; pues el peñón forma una península cuyo lado Sur ocupa una guardia británica en frente de otra guardia española, que es el límite en donde principia el pueblo de la Línea.

Contienen las viviendas de éste tierra adentro una población de más de 45.000 almas que viven del tráfico con Gibraltar, sin faltar el indispensable contrabandista con sus perros adiestrados para el salto de la reja.

Del lado que mira á ésta el dominio inglés está marcado por una cerca viva vegetal; mas, como Gibraltar es puerto franco en que sólo se paga un derecho de depósito que no es crecido sino para los alcoholes y el tabaco, no hay temor de introducción clandestina.

Antes de echar pie á tierra para penetrar en los dominios españoles, ya estábamos rodeados de un enjambre de pobres y ciegos que imploraban nuestra caridad exhibiendo los atributos de su miseria: penosa impresión para el que procede de lugar en donde la mendicidad no se tolera–porque al pobre obligásele á acogerse á la beneficencia pública–y que se acentúa ante el espectáculo de la basura y las moscas y los gritos descompuestos del vende-

dor de frutas con que se tropieza al trasponer el puesto de la guardia civil en la reja.

Acude á escape en aquel instante, dando gritos de alborozo, montado á la bartola en asno ricamente enjaezado y levantando nubes de polvo, un mozalvete en mangas de camisa que vuelve para su casa,—lo que hace exclamar á uno de nuestros compañeros, muy buen español por cierto: «Aquí teneis á España!»

Cierto es que el español, cuando pasa la línea en solicitud de trabajo, es del lado allá manso y respetuoso de la ley; pero al trasponer el límite fronterizo, muda de naturaleza, tornándose indisciplinado y pendenciero.

Es más; si llega á tener cuestión con alguno, aplaza su rencor, cita para la Línea al que ha motivado su enojo y allí salen á relucir las navajas,—las que no podrían sacar del otro lado sin dar con su humanidad en la cárcel.

¿No es ello una prueba de lo que influyen en el hombre el medio físico y el ambiente moral que le rodea?

En cada propiedad del límite inglés léese en los dos idiomas el aviso de que no se permite circular en la zona neutral después del cañonazo de la tarde ni antes del de la mañana. Las criadas mismas que prestan servicio en la ciudad tienen que sacar licencia para tal fin, renovándola cada tres meses.

Penoso me es confesarlo, mas he de decirlo á fuer de cronista sincero; la impresión que resulta del paseo como lección objetiva de civilización, es de admiración por el orden y compostura que en todo resplandecen por un lado, en contraste con la falta de higiene y aseo que del otro lado se advierte.

Tal abandono del lado español, frente á la ocupación extranjera, no acierto á explicármelo sino como la obra del despecho—hasta cierto punto justificado—por efecto de la impotencia ante el hecho consumado; mas ello no es óbice para que deje de sentirse profundamente humillado quien tenga sangre latina en las venas al establecer analogías y comparar las dos civilizaciones que aquí convergen.

¿Será la causa de su discrepancia el que la una inspírase ante todo en los dictados de la razón, tratando de armonizarla con la dignidad humana y las leyes tutelares de la naturaleza, mientras que la otra subordínalo todo á las preocupaciones de un misticismo sentimental que considera indigno de seres racionales el ocuparse preferentemente en asuntos que sólo atañen á la vida material y á la higiene?

No pretendo resolver por propia autoridad este postulado; mas he de señalarlo de paso á los que gustan de estudiar los problemas sociales *in anima vili*, que es la materia prima de que constan.

Antes de volver al vapor gobernamos hacia el puerto militar, en donde acaba de fondear la escuadra griega, de bandera blanca y lila: allí hemos de dejar uno de nuestros compañeros, invitado á bordo, al que reciben con música en el acorazado *Yapa*.

Esta circunstancia nos da oportunidad para presenciar las evoluciones vertiginosas de la flotilla de torpederos que salen mar afuera para tratar de sorprender esta noche la plaza.

Dudo que lo consigan, porque la defensa vela con sus potentes focos desde las alturas y—al di-

visarlos,—romperá los fuegos, por supuesto con cartuchos sin bala.

Mas ello no obsta para que todos, marinos y militares, se entreguen con frenesí á esta clase de ejercicios que son una de las formas del sport favorito nacional y responden á un doble objetivo, político é higiénico.

. Desde ayer abrióse efectivamente el período de las maniobras, que durará hasta fines de mes y la plaza está sobre aviso, porque el almirante de la escuadra de ataque, que viene de Inglaterra, ha ofrecido entrar sin ser visto: simulacros tales sólo pueden permitírselos naciones ricas.

Hállase el puerto militar resguardado por tajamares que se van ensanchando constantemente hasta abarcar el puerto comercial íntegro, para lo cual se preparan detrás del peñón, en la ensenadita de la Caleta, unos cantos de cemento, arena y piedra picada que conduce al pié de las obras un ferrocarril de vía estrecha.

No sé si se conservan en sus aguas muertas los restos del «Santísima Trinidad», la fragata que mandaba el inmortal Churruca en la batalla de Trafalgar—quien, destrozadas las piernas por una bala de cañón, hízose colocar en un barril de sal para seguir dirigiendo el combate.

Sabido es que Nélson, quien también pereció en la refriega, sólo puso este aviso por vía de proclama en el mastil de su buque almirante: «Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber».

Como héroes, ambos son sublimes; y si en algo cabe diferenciar estos dos tipos representativos, sólo procede decir que en el uno resplandece

con más luz el valor material insuperable, como fin, y en el otro el valor moral supeditando á aquél.

Los ingleses, en vez de apocar el heroismo de su adversario, como haríamos acaso nosotros los latinos, rodean su recuerdo del respeto y la admiración que merecen los actos de virtud sobresaliente, acreditando con ello la rectitud y buen juicio de su raza flemática.

En la faja Oeste detrás del peñón, entre éste y la zona neutral, vense dos chimeneas,—el matadero y el tren de lavado mecánico—que brillan ambos por su limpieza; delante, un campamento de verano para maniobras y deportes, y más allá el cementerio, dividido en cuatro secciones, para protestantes, católicos, judíos y moros respectivamente, como si no fuese bastante con vivir separados en la vida.

Encima del caserío de la Caleta una superficie lisa de zinc en el flanco de la montaña sirve para recoger las aguas llovedizas, que van por varios filtros al corazón de la roca y de allí son conducidas por tubería á la parte opuesta para el consumo de la ciudad.

Playa desierta es la prolongación de la costa Este,—combatida por el viento de Levante,—en que sólo se ven descansando hileras de inhábiles gaviotas. De pronto, asustadas por la llegada del viajero indiscreto, alzan el vuelo en súbitos y alocados giros, enseñoreándose del espacio: ¡lo que vale hallarse en su elemento!

En el extremo de la calle principal terminada en la puerta Sur de la muralla moruna, aparece por la parte exterior el escudo de Carlos V con las columnas de Hércules y al lado, el lugar que se

destinó á enterramiento de las víctimas de Trafalgar el 21 de octubre de 1805.

La ola humana que bate el pie de la roca ostenta en su flujo y reflujo ejemplares ó representantes de todas las dominaciones que han prevalecido en el mediodía de España, fenicios, cartagineses, romanos, visigodos y árabes.

Entre la muchedumbre pasan el indio de Bombay de piel tostada y pelo lacio que negocia en sederías y las lleva á bordo; el rifeño de color amarillo, proveedor de carne y aves, con su traje obscuro, su cabeza á medio afeitar, sus piernas al aire y el fez colorado; el moro adinerado con su jaique blanco y sus calzas amarillas, —alternando con ellos el rabino de barba blanca y capa negra, el robusto policía inglés de traje gris y casco blanco, el corredor andaluz de cara afeitada y el turista europeo ó americano cuyo vapor acaba de fondear en el estrecho.

El tráfico con la costa de Africa es continuo y realízase por medio de vapores que dan dos ó tres y más viajes por semana.

Todos aquellos elementos étnicos hállanse anegados en el aluvión latino de españoles —nativos ó forasteros— bien hallados con la soberanía inglesa, porque con ella y por ella gozan del beneficio inapreciable de un buen gobierno.

Físicamente es el monte Calpe una roca calcárea jurásica de unas tres millas de largo y media de ancho próximamente, de 1396 pies ó 465 metros en su altura máxima.

En la tarde del 18 despedímosnos de Gibraltar con una impresión distinta de la que traíamos al

llegar y pensando que, de haber seguido el estrecho en poder de España, acaso no habrían realizado sus pobladores los fines de vida que les dan derecho á considerarse más felices que sus vecinos de Andalucía.

Había ceñido la mole su turbante de niebla, indicio seguro del vientò de Levante, —tal nuestra Isabel de Torres en Puerto Plata, cuando sopla el viento de água,— y desde el mar tornamos á ver el león enorme recostado entre los dos mares como guardián celoso del estrecho para su afortunada dominadora.

Cargado ya el carbón, seguimos viaje hacia Cádiz.

Doblamos la punta Carnero, dejando á nuestra izquierda el monte Abila ó Almina en Africa, una de las dos columnas del mundo antiguo, y pasamos frente á la plaza fortificada de Tarifa, —la ciudad más meridional y más moruna de España,— y Trafalgar, en cuyas aguas desenlazóse hace noventa y nueve años el episodio naval de la epopeya napoleónica con la rota de la escuadra aliada al mando del almirante Villeneuve y de Gravina.

Antes de anochecer percibimos el puerto de Conil, —nombre catalán del conejo, que algunos creen ser indígena de España— sin duda por haberse derivado la voz geográfica del vocablo fenicio *span*, conejo, y por ser en realidad una inmensa conejera toda la península ibérica.

Día 19.—Amanecemos en la rada de Cádiz, la blanca Cádiz, sentada en la playa de inmensa bahía, en la que sopla un viento desapacible que hace difícil la estancia sobre cubierta y nos recuerda el brisote de Monte Cristy.

El panorama de la ciudad ostenta en su centro suntuoso edificio de tres torres de tejas vidriadas —la catedral,— y en los extremos un hospital y el famoso manicomio que encierra tres mil dementes. Al inquirir la causa de tal fenómeno, infórmanme que el vicio del alcoolismo ha sido siempre el gran proveedor del establecimiento.

En el seno que forma la costa baja de la bahía aparecen las blancas pirámides de las salinas y al rededor de aquella, los pueblos de Santa María, Punta Real, la Carraca, San Fernando y San José; hacia el interior, en la vertiente de un cerro, la villa de Medina-Sidónia, y más allá, detrás de la sierra, Jerez de la Frontera, que no se ve, pero cuyo valioso producto, el famoso *Sherry Wine* vienen á cargar los vapores ingleses al muelle interior del Trocadero.

Pocos vapores en el puerto: anclados en él algunos buques de vela, dando fe de la decadencia comercial de la plaza, después de perdidas las colonias.

Los mayores llevan sal á Montevideo y Buenos Aires para salazones de carne; los pequeños, á Terranova y San Pedro de Miguelón para las de pescado, —amén de la que se carga para la costa Norte de España.

Poco hemos de hacer en este hoy puerto de tránsito entre el Mediterráneo y el Atlántico y entre la península, el Africa y las posesiones de Canarias.

Un pequeño vapor procedente de Sevilla con carga de aceitunas y aceite para la Habana y Cienfuegos, aguarda nuestra llegada para atracar al costado del Puerto Rico. En esta forma se hace

todo el tráfico trasatlántico de Sevilla, por no tener el Guadalquivir fondo ni ancho suficiente para vapores de mayor calado.

Al entrar en la bahía entre Rota y el castillo de San Sebastián cruzámosnos con un aviso francés, el «Linois,» que había venido de Tanger á buscar al ministro francés en Marruecos, Mr. Saint René Taillandier, para conducirle á aquel puerto, en donde ventílanse grandes problemas por consecuencia del acuerdo franco-inglés-español y de la anarquía allí imperante desde el levantamiento del Roguí que hace presentir el fin de aquel imperio.

Día 19.—Tomada la carga, salimos de tarde con rumbo á Villagarcía, provincia de Pontevedra.

Cuando acabamos de comer, ya es de noche.

Al asomarnos á la puerta de la cámara, veo un foco de luz intermitente: es la torre del faro de Chipiana en la desembocadura del Guadalquivir, con San Lúcar de Barrameda en sus inmediaciones.

A 60 millas de distancia río arriba, queda Sevilla, —la odalisca de las danzas voluptuosas en las plácidas noches al son de las vibrantes castañetas— que sólo evoca para mí el recuerdo de la serena poesía de Caro á las *ruinas de Itálica:* —pues no he de olvidar que nos hallamos en la romana Bética,— que es también la Iberia de los griegos y la Tartésides de los fenicios.

Las sombras de la noche siguen condensándose y nos roban el panorama de Huelva y su ría en que figuran Palos de Moguer, la Rábida, Otiel, cuyos nombres fulguran en la historia de la invención de la América por estar enlazados con el recuerdo de las supremas peregrinaciones del *descubridor*; pero la imaginación se desquita reviviendo la empre-

sa sobrehumana del atrevido genovés que tuvo por epílogo una tumba transitoria en el monasterio de Santa María de los Cuevas en Sevilla y un mausoleo definitivo en la catedral de Santo Domingo.

A esa misma capital de Andalucía —es del caso recordarlo— hizo trasladar no ha mucho con gran pompa el señor duque de Veragua los supuestos restos de Colón —extraidos de la catedral de Santo Domingo en 1795, después del tratado de Basiléa, para ser conducidos procesionalmente á la Habana,— como efectivamente lo fueron.

Ha venido á su vez á confirmar este acto la creencia en la autenticidad de los restos casualmente hallados en la antigua catedral dominicana el 10 de septiembre de 1877 con inscripciones y señales que no dan lugar á dudas; pues si las planchas anónimas de la trasladada caja, exhumada según el acta del escribano Hidalgo por D. Gabriel de Aristizabal al ser cedida la isla á Francia, hubiesen ostentado una inscripción cualquiera reveladora de la verdad, ¿no es lógico suponer que en seguida la habrían divulgado los sustentadores de la tesis oficial española, para justificar la duda patrocinada por su Academia?

Ese silencio inexplicable é inesperado es indicio de que, ó no existe tal inscripción —lo que parece harto inverosímil— ó no es ella favorable á la hipótesis de los restos del primer Almirante aceptada por el señor Duque, su heredero.

Lo que la crítica imparcial ha puesto ya de manifiesto es que, —en vez de la urna conteniendo los restos del primer Almirante Don Cristóbal,— llevóse á la Habana el Capitán general de la colonia la que contenía los del hijo de aquél, Don Diego,

que se hallaba *inmediato* y fué enterrado al mismo tiempo por la vireina viuda Doña María de Toledo entre el altar mayor y la tribuna del Evangelio, —cuyo sitio hallóse vacío al rebajarse el pavimento de la catedral en 1877.

Seguramente que esas planchas de plomo están provistas de inscripciones como las góticas que contiene la urna ó caja hallada en 1877 y las de letra menos antigua que ostenta la caja de Don Luis Colón, el nieto, que fué hallada del otro lado del presbiterio, el de la Epístola, al colocarse allí un andamio para la reparación del templo.

Mas, favorables ó adversas las consabidas inscripciones, ¿por qué no dar publicidad á lo que es del dominio de la crítica?

Tiempo es ya de que España haga oir la honrada afirmación que en desagravio de la verdad se espera de ella; tiempo es de que, volviendo por los fueros de su hidalguía tradicional, reconozca el error en que ha incurrido, no viendo en la controversia suscitada sino un asunto de mero interés histórico, ageno á las solicitaciones del amor patrio y á los impulsos del mezquino interés político.

El 20 al amanecer ya habíamos rebasado el Guadiana, límite Sur de Portugal, y la bahía de Lagos, —puerto abierto en que suele fondear la escuadra volante inglesa,— doblando el cabo San Vicente, extremo occidental de la costa.

CAPITULO 2º.

ESCALAS DE PONIENTE.

El cabo de San Vicente y las costas de Portugal. El puerto de Setúbal. El Tajo y Lisboa. El palacio de Cintra. Sobresalto á bordo. Oporto y el Duero. Pesca de palangres, almadrabes y nasas. Cambio de tiempo. El río Miño y sus pobladores. Isla de Sálvora y ría de Arosa. La costa de las ensenadas y las gaviotas. Villagarcía; belleza del paisaje. Tentativas británicas. Aislamiento en que vegeta. Tripulantes con faldas. Somnolencia de una raza. La emigración como resultado del estado econòmico y social de España. Porqué emigran el gallego y el astur. Interpelación en la Càmara: la política en España. Efectos de la emigración. Hacia Vigo. La pesca de traiñas y de jeitos y sus conflictos. Gaviotas hambrientas. La influencia británica. La Coruña y sus hijos beneméritos. El besugo de Galicia y el atún de Asturias. Vapores pescadores franceses y los conflictos consiguientes. Trasatlánticos en busca de emigrantes. Cuadro del natural. Los héroes de la paz. Trabajo de los agentes y acaparadores. Intervención ineficaz de las autoridades. Los secretos del fenómeno. Otra vez los pobres. Mendigo sportsman. El puerto militar del Ferrol. Variaciones de la prensa sobre el obligado tema. Medios de contener el éxodo de la población rural.

A partir del cabo de San Vicente enderezamos el rumbo hacia el Norte por el Atlántico, frente á las costas de Portugal, en aguas azules y profundas, surcadas por las líneas de vapores de los

dos mares que vienen todos á reconocer el cabo y por las líneas españolas que enlazan Bilbao y Barcelona con los puertos del Sur de la península y aún con Marsella y Génova.

La costa alta y desnuda de vegetación forma un seno hasta el puerto de Setúbal, por donde se exportan corcho y algarrobas de Extremadura que acarrea el ferrocarril de España. A cierta distancia en el mar alcanzamos á ver un rebaño de cachalotes.

Vienen luego el cabo Espichel y la ría del Tajo, en cuya orilla demora la coqueta Lisboa, de la que sólo vemos en lontananza el semáforo, pues somos del número de los poco afortunados mortales á quienes cabe aplicar el refrán de que *no han visto cosa boa*, porque no han visto á Lisboa.

Sigue la costa elevada ya más poblada y sembrada de caseríos, entre los que descuella y se percibe la artística fachada del palacio de Cintra, residencia de verano de los reyes don Luis y doña Amelia.

Abstráigome en momento para recordar la falta de personalidad política de esta tierra del *muito obligado*, hoy convertida en factoría inglesa, y de lejos envío un saludo á la patria del insigne Eza de Queirós, el concienzudo escritor que pide al arte que cubra la desnudez de la realidad con velo pudoroso, pero siempre transparente.

Día 21.—Despiértanos á las seis el quejido de la sirena con sus notas ora graves ora agudas que producen sobresalto entre los pasajeros: ¿qué ocurre?

Que hay neblina y no se ve á diez metros de

distancia, en esta región tan frecuentada de vapores.

Pónese el nuestro á media máquina, conforme á los reglamentos marítimos.

Por fortuna *la boira*, como la llaman lcs aragoneses, dura poco, —lo que todos celebramos— pues suelen decir los marinos que prefieren un temporal á una neblina.

Quédanos en frente Oporto, en la desembocadura del Duero, cuya costa no se ve.

Al subir al puente, observo que pasamos entre dos balisas ó boyas negras, terminadas en cruz: son aparatos pescadores llamados *palangres* y que consisten en un cordel grueso bastante largo, del cual penden á trechos varios hilitos con anzuelos en sus extremos; estos se ceban con una pasta de sardinas en salazón y al día siguiente se recogen con los peces prisioneros, dentones, congrios, morenas, bogas, etc.

Además de esta pesca y la del bou por parejas, hay la de *almadrabe*, que se usa en los estrechos y por cuyas redes con atajadizos entran los atunes en el cerco, cuando pasan en su migración anual á las escalas de Levante ó en su viaje de retorno.

Grandes fortunas se han hecho con este sistema que exige capital para la adquisición de utensilios y las embarcaciones necesarias.

Hay también la pesca de *nasas*, que consiste en una especie de jaulas de juncos finos y entretejidos que se dejan en el fondo del mar, después de colocar en su interior pasta de sardinas saladas con salvado, á la que se agrega también *esencia*, para aumentar el olor que dicen atrae á los peces.

El mar refleja un cielo gris de cambiantes metálicos. En el turbio horizonte el sol velado pugna por descorrer el cortinaje de nubes que lo interceptan y sólo logra irradiar una luz mortecina que da al mar un aspecto de plomo líquido. Nos acercamos á la región de los nublados y las lloviznas: siéntese otra vez frío.

A las ocho pasamos por delante del río Miño, límite Norte entre Portugal y España, —políticamente hablando,— porque en la realidad territorial es una misma raza la de los pobladores, un mismo hablar, unas mismas necesidades y acaso una misma falta de ideal.

En sus márgenes suelen tomar los buques ingleses cargamentos de una madera de pino blanco no muy grueso usada en Inglaterra para apuntalar las galerías de las minas de carbón de piedra.

A las doce tenemos delante la ría de Vigo y el cabo Silleyra, luego las islas Cies á la derecha y las de Ons á la izquierda, frente á la ría de Pontevedra; á las dos nos hallamos frente al cabo Besugueiro de la isla Sálvora que cierra la ría de Arosa, en cuyo seno está Villagarcía.

En contraste con la costa de Portugal, que no tiene abrigos, posee esta tierra una serie de profundas ensenadas —heridas abiertas en su seno por la incesante cuchillada de la ola,— propicias para fondeaderos y favorables para la industria de la pesca.

Tras de la ría de Vigo, la de Pontevedra; luego la de Arosa, en donde fondeamos; luego la de Muros y Noya, y aun la de Corcubión, antes del cabo Finisterre, pobladas todas de innumerables bandadas de gaviotas cuya presencia se explica por la

abundancia de la sardina, alimento preferido de aquellas aves marinas.

Día 22.—A las ocho no ha logrado todavía el sol disolver el blanco cendal de neblina que en parte nos oculta el puerto y la vastísima rada de Villagarcía.

Tal parece que la galáica ninfa no quiere dejarse sorprender en su matinal desaliño, y aún penden de su cintura girones de niebla que van haciéndose cada vez más ténues, empeñados en salvar el pudor de la doncella.

Y no se tenga por exagerada tal metáfora. La entrada á esta ría desde la isla de Sálvora es regalo para la vista y encanto para el espíritu de los que sabemos sentir: algo así como una bahía de Samaná ó de Manzanillo, sembrada de villas y aldeas, con grandes islas á trechos y enormes pedruzcos de color rojizo dándole variedad al paisaje, en que la diversidad de cultivos suple á la vegetación selvática de los trópicos.

No en valde surgen por temporadas en esta bahía los buques de la escuadra inglesa haciendo evoluciones en sus aguas.

Convendríale ciertamente á Inglaterra poseer una rada en estos parajes á igual distancia de sus escuadras del Atlántico y del Mediterráneo; y al efecto ha intentado comprar la isla de Sálvora que es de propiedad particular.

Mas hasta ahora ha fracasado tal propósito que revela el sentido utilitario de aquellos dueños del mar, á quienes cabría agradecer que no se hayan apoderado de tan codiciado objeto.

—Ellos harían de esto un emporio—díceme con

despechada rudeza un marino viejo de á bordo— «*con sólo echar libras al mar*».

Adviértese á primera vista la falta de vida de esta comarca: ni vapores ni veleros en el puerto; sólo botecitos primitivos, destinados á la pesca de la sardina, única industria que da trabajo al proletario de la orilla con las fábricas de salazones.

No es otra la causa de esta pobreza que el aislamiento y la falta de comunicaciones directas con los centros comerciales y administrativos como Madrid, Coruña y Santiago.

Una carta de aquí á Barcelona ó Alicante gasta cuatro días, tanto como para llegar á Inglaterra; el tren que comunica esta ría con Madrid tiene que pasar por Portugal para enlazar con los ferrocarriles de Andalucía, que tienen la merecida fama de ser los peores de España.

Hacia bordo viene un bote tripulado por tres mujeres que causan sensación, dos de ellas jóvenes con mejillas rosadas como el caracol de nuestras playas: traen castañas, nueces y manzanas para vender, exponente de la pobreza general.

Desde que dimos fondo en el puerto llama nuestra atención la lentitud de movimientos de los botes y lanchas de la orilla. Esa pereza en las maniobras, esa somnolencia general en medio del espléndido paisaje, hácennos pensar en la idiosincracia especial de esta raza gallega, dulce y mansa por efecto de la tristeza atávica que le reconocen Unamuno y otros psicólogos, y cuyo eco paréceme percibir en la sencilla cantinela del timonel que viene en la lancha:

Eu tenía una viola
Que me costaba un vintén:
Ou vintén no e diñeiro
Si a viola toca ben.

Resultado de las condicionas políticas, económicas y sociales de la vida de ese pueblo que no puede alcanzar el sustento con su trabajo,—porque éste no representa el dinero que vale, por efecto de la competencia, ni guarda relación con el valor de las subsistencias,—es el movimiento de la emigración, que empuja á salir de allí á los que no tienen otra perspectiva en su terruño que la del hambre individual y la miseria colectiva.

Emigra el gallego en masa para América no sólo porque en su tierra carece de ideal y le aguijonea el hambre, sino porque allende el mar tiene parientes y amigos que le atraen y le llaman.

Cierto que ya no se dan por una peseta mil sardinas, como en otro tiempo, —cuando éstas *no se conservaban*;—mas la industria de la pesca y salazón de este pescado no es suficiente para darle vida á un pueblo entero cuya falta de comunicaciones fáciles con el resto de España ciérrale, por así decir, las puertas del interior, abriéndole en cambio de par en par las del océano, el que además le fascina con el espejismo de sus leyendas; pudiendo en cierto modo decirse que América está para él más cerca que Madrid, no sólo por la facilidad de los medios de transporte multiplicados por la codicia de las empresas, sino también por la falta de previsión de los gobiernos centrales al querer contrarrestar violentamente la despoblación de las provincias del Norte.

Creen aquellos que suscitando obstáculos al

éxodo de la población rural se paraliza el movimiento: error!

El fenómeno está relacionado con causas muy hondas de carácter político y económico, cual los impuestos abrumadores que gravan el consumo y la propiedad territorial, la plétora de habitantes en un suelo pobre, las quintas y el encarecimiento de las subsistencias, que hacen penosa y aún imposible la vida del labriego de las provincias septentrionales y occidentales de España.

Al mozo que ha llegado á la edad viril ¿cómo impedirle que emigre en busca de fortuna y más amplios horizontes, cumpliendo con la ley natural y el fin biológico?

La trascendencia del asunto ha merecido los honores de una interpelación en el Senado.

Denuncia el señor Montero Ríos que varios emigrantes, sacados del vapor «Juan Forgas» y separados de sus familias que quedaron á bordo, recorren las calles de Tenerife, esquálidos y macilentos, pidiendo limosna. El jefe del partido democrático censura duramente la conducta de las autoridades administrativas que con ese proceder dan lugar á espectáculos tan vergonzosos para el nombre español, tan atentatorios á la libertad, al derecho, á la humanidad, etc. etc., —porque la tribuna española, que es acaso la más elocuente de todas las tribunas, sirve antes para exhibir las cosas malas que para remediarlas.

Contéstale el señor Maura, presidente del Consejo. Dice que, siendo ministro de la Gobernación, decretó medidas encaminadas á suprimir en absoluto las trabas que se oponían á la emigración, y que, como no hay nada que reformar, él hace como

Pilatos,—toda vez que las autoridades no han requerido sino á los que se habían embarcado clandestinamente.

Insiste el interpelante declarando que no hay trasatlántico que toque en determinados puertos que no embarque emigrantes en situación irregular y no incurra con ello en delito de lesa humanidad.

Rectifica Maura deplorando la obra de la ignorancia explotada por la codicia y confirmando el derecho de todo ciudadano á emigrar.

Interviene Labra pidiendo una ley de emigración para contrarrestar los inconvenientes señalados.

Replica el señor Maura confesando que no se atreve á tomar disposición alguna mientras no dé el Instituto de reformas sociales la fórmula que se le pidiera para restringir la emigración sin menoscabo de la libertad.

Y seguirán las cosas como antes, por la dificultad de conciliar tan opuestos extremos y por la diversidad de faces que presenta el problema en lo que á comarcas y clases sociales respecta.

Pero ha dado margen la interpelación á un torneo oratorio—objetivo de los políticos españoles—con sus réplicas, alusiones, rectificaciones y contrarréplicas, de que hacen siempre uso los diputados para repetir lo que antes han dicho; que en España, con solo ser brillante orador, se alcanzan la reputación y el poder.

La elocuencia tribunicia es el *sésame* que abre las puertas del Congreso y conduce á la dirección de la política, resultando de ello el que casi exclusivamente se vea España dominada por idealistas y retóricos que influyen adversamente en la vida de la na-

ción, usurpando el puesto de los hombres prácticos, más cuerdos en el obrar que fecundos en el decir.

En un solo mes, refieren los periódicos, hanse registrado *quince mil* salidas por la Coruña y Vigo de hombres sanos y robustos, quedando muchos campos abandonados por falta de brazos. Familias enteras, al decir de la prensa, llegan de Castilla huyendo del hambre, engañadas por anuncios pomposos, y tienen luego que quedarse en tierra por carecer del dinero necesario.

Y el pueblo se alarma, reclamando medidas restrictivas que pongan un valladar á la corriente, y los diputados discuten, culpando al gobierno; y todos juzgan contrario al interés nacional el fenómeno de la renovación natural de la vida y las fuerzas de la raza.

Día 23.—A las nueve de la mañana hacemos rumbo hacia Vigo, después de tomar unas cuantas cajas de cebollas y de sardinas, recorriendo el camino ya andado—por haberlo así dispuesto la casa consignataria—y pasando nuevamente frente á la ría de Pontevedra, la isla de Sálvora y las Cíes; llegando á la una á Vigo, rada pintoresca como la de Villagarcía y que ostenta la misma vegetación de pinos alternando con campos de cereales.

Esta ría es más poblada y tiene más movimiento; la población rural no es tan pobre como en aquella: todo campesino tiene su *vaquiña* y su par de *cerdiños*.

Fuéme dado conocer en esta bahía la pesca de *traiñas*, acerca de la que tanto había leído en los periódicos de la península.

Son éstas unos botes largos, tripulados por diez ó doce marinos que salen á tender sus redes á poca distancia de la costa, arrastrándolas luego para apresar en ellas la sardina.

Mas, como aquellas tienen las mallas estrechas quedando en ellas presas las sardinas grandes y las crías, ha surgido el conflicto con los *jeiteros*, cuyas redes son anchas de mallas y permiten el paso á la sardina pequeña.

De ahí los continuos choques entre una y otra clase de pescadores en los que ha tenido que intervenir el poder central, porque todo encuentro de opuestos intereses suele degenerar aquí en conflictos de orden público acasionados á riñas sangrientas.

En uno de estos botes hube de observar un hecho por lo insólito interesante.

A medida que los marinos arrojaban al agua los desperdicios de las sardinas apresadas, una nube de hambrientas gaviotas que seguían al bote los devoraban; y cuando no hubo más que arrojarles, siguieron pidiendo con ese grito de *engrane occidado* que les es peculiar, habiendo tenido los tripulantes que ahuyentarlas con los remos para defenderse de su voracidad,—no de otro modo que si hubiese sido un ataque de tiburones en la bahía de New York—

Vigo es una ciudad bastante grande, de más de 30000 habitantes, en cuya parte central se advierten edificios buenos y á los lados fábricas de salazones.

Desde el vapor vemos desenvolverse la cinta de humo blanco de los trenes revelando en su continuo movimiento la actividad industrial de la comarca.

Existen en ésta dehesas con buenos pastos pa-

ra el ganado de carne, del que llevamos hermosa muestra para el consumo de á bordo.

Aquí también suele venir la escuadra inglesa en sus ejercicios anuales, contribuyendo por tal medio á darle vida á la comarca y extendiendo así la influencia británica, á lo que coadyuva la oficina del cable servida por empleados ingleses.

A bordo vuelven varios pasajeros admirados de haber visto mujeres de saya corta y descalzas sirviendo de ayudantes á los albañiles, probablemente sus maridos, que trabajan en las fábricas de la ciudad.

Día 23—A las diez de la mañana llegamos á la Coruña, no sin haber experimentado durante la noche las consecuencias de la variación del tiempo, el cual hase tornado desapacible é incierto.

Mas no hemos de quejarnos, que en el momento preciso del arribo nos obsequian el sol y la brisa con una oreada que nos permite contemplar una costa alta de rocas negras, cubiertas á ratos por el encaje de la ola y, en el fondo de amplia ensenada, la vasta concha poblada de casas.

En sus aguas se pescan el besugo y la merluza, (en Asturias el atun y el bonito,) además de la sardina, en cuya industria ocúpanse los numerosos vaporcitos que surcan la bahía, los cuales no han dejado de promover también su conflicto internacional con los vapores franceses que suelen venir á pescar por estas costas, —no sé si en el límite de las aguas jurisdiccionales ó fuera de ellas.

La capital de Galicia, deseosa como todas las capitales de provincia de reivindicar su autonomía intelectual ante el absorbente centralismo madrileño, festeja en estos momentos á dos de sus hijos

más notables, el poeta Curros Henríquez, autor de los «Aires d'a miña terra» y el periodista liberal Vicenti.

Reside éste habitualmente en Madrid y aquél en la Habana, para donde se embarca en esta semana.

Siéntome gratamente impresionado ante el apego de este pueblo por sus glorias nacionales locales, aunque éstas se hallen del lado allá de los mares —y quizás por eso mismo.—

Precisamente al fondear el Puerto Rico en la bahía traen á bordo los vendedores de periódicos unas entregas de lecturas en cuyos cuadernos leo con júbilo el nombre de un compatriota, Federico Henríquez y Carvajal, cuya fama ha traspuesto los horizontes patrios.

Hallamos en el puerto el trasatlántico francés la Champagne tomando 500 emigrantes para la Habana; el alemán Mainz llega un poco después que nosotros con el mismo fin, y mañana habremos de tomar á nuestra vez unos 900. —Ya tendrán los periódicos de la península con que hacer alharacas de patriotismo, tan pronto hayamos dado la espalda.

Desde la cubierta de nuestro buque vemos pasar una barcada de emigrantes. El espectáculo es por demás sugestivo.

La obscura barcaza, llena de labriegos de León, Burgos, Castilla la Vieja y Galicia, —hombres, mujeres y niños,— avanza silenciosa. El aspecto de algunos es torvo y triste; los más revelan la indiferencia de quienes no van tras un ideal sino á impulsos de la necesidad que les aguijonea. Estos van provistos de mantas, aquellos de líos, otros de sacos; algunos llevan maletas. En el centro de la

lancha, un hacinamiento de cachivaches y equipajes, entre cuyos trebejos descuella una rueda con su piedra de amolar.

No son éstos los heróicos aventureros de las tres carabelas colombinas que saliéron de Palos en la mañana de un día inmortal de fines del siglo XV, ni menos los conquistadores del poeta francés de *los Trofeos* que soñaban en la popa de sus naves con las épicas hazañas del mañana, mientras veían «desconocido cielo

Y surgir de la mar nuevos fanales;»

pero son los héroes benéficos del progreso que corren á emanciparse de la miseria por medio del trabajo dignificador y luego, tras diez, veinte ó más años tornarán al hogar paterno con el fruto de su honrada labor, trayendo nuevas ideas y fuerzas nuevas para la lucha incruenta de la civilización.

Aunque la ley no permite el embarque de menores sin licencia ni de mayores que no hayan cumplido con la ley de quintas, hállanse todos provistos de los documentos necesarios, después de haber pagado los $ 40 que les cuesta el pasaje.

La forma en que se realizan estos embarques es obra de los *acaparadores* que intervienen por cuenta de las empresas con los interesados.

Para librarse de quintas necesitan éstos pagar al Estado $ 400, sean dos mil pesetas: por *quinientas* solamente, les costean aquellos el pasaje, sacan las licencias, hacen todos los gastos y aún realizan beneficios; quien únicamente sale perdidoso es el Estado.

Tres días hace tocó en este puerto el «Alfonso XIII» con objeto de tomar pasaje y carga para la Habana. Traía de Santander y Bilbao 522 pasajeros y tomó aquí 544.

A tiempo de salir el buque, llegó de improviso el Comandante general de arsenales para girar una visita de inspección é imponerse de las condiciones en que se practicaba el embarque.

Tomó todos los datos necesarios; visitó el buque de arriba á abajo y de la estadística que obtuvo resulta que el año pasado salieron de aquí para Cuba 6.700 pasajeros, de los cuales regresaron más de cuatro mil; para la América del Sur embarcáronse el año pasado 4511,—y 4244 en el actual,—de los cuales no se sabe cuántos han regresado, por haber tocado antes en Cádiz y Vigo los vapores que los traían: no hay, pues, motivo para justificar la alarma de los pesimistas.

Día 24.—Anoche salió el alemán, vecino nuestro; ha amanecido en su lugar el «Pacific,» de la mala real inglesa que va al Plata y a Chile.

Al salir sobre cubierta en la mañana húmeda y fría vemos la hilera de botes cargados hasta el tope de gentes que se dirigen á bordo. ¿Quienes son?—Emigrantes que van en busca de bienestar y de fortuna fuera de su tierra.

¿Volverán?—Dios lo sabe.

Mientras tanto, por una ley de dinámica social los que quedan beneficiarán del alejamiento de aquellos, por cuanto habrá mayor espacio en que moverse y menor competencia que vencer.

A nuestro bordo llegan también los emigrantes que hace días esperan el vapor y que hemos venido á buscar.

Impulsado por la curiosidad insisto en mi deseo de explicarme satisfactoriamente cómo á ciencia y paciencia de las autoridades puede evadirse el precepto de la ley de quintas; diríjome al efecto á los mismos inspectores que están de guardia en el buque y he aquí los datos que recojo como resultado de mi pesquisa.

Todos estos mozos hállanse provistos de un expediente en que consta que están exentos del servicio ya como excedentes de cupo, ya como faltos de estatura, ora como hijos de padres sexagenarios, ora como inválidos.—Dichos expedientes recójense á veces después de usados y vuelven á aprovecharse.

La autoridad no ignora esto, pero ante la dificultad de instruir nuevo expediente para demostrar la falsedad de aquél,—lo que aparejaría gastos crecidos y grandes dilaciones en esta tierra del expedientéo,—cierra los ojos y percibe los derechos sin protestar,—porque reconoce sin duda que hay motivos de sobra para emigrar en las exacciones del fisco, y que los más van á mejorar de suerte á una tierra en que el trabajo lleva su recompensa aparejada.

Tal es la explicación del fenómeno que son impotentes á contener todas las restricciones del gobierno central y que, bien considerado, no es sino una de las formas de la lucha por la vida.

Por todo hemos tomado unos novecientos cuarenta emigrados entre los de Villagarcía, Vigo y la Coruña; empero, en obsequio de la verdad he de decir que los de este último puerto no ofrecen el aspecto desastrado y triste de los del primero: parecen más despiertos, como que saben que van á

mejorar; muchos llevan maletas y hasta hay quien vaya provisto de su acordeón.

Coruña es una ciudad de 60.000 habitantes; sus hijos no carecen de iniciativa, pero tienen que luchar con los temporales de la costa, frecuentes en la región del cabo Ortegal, y con la diferencia de nivel en las mareas que no es aquí de 5 ó 6 pies como en el Mediterráneo, sino de 15 ó 20.

Sus muelles no están terminados aún, debido tal vez á aquella circunstancia.

Su Torre de Hércules, obra fenicia que sirve de faro, alcanza 105 metros sobre el nivel del mar y es anterior á la era cristiana.

Los pasajeros que bajaron á tierra vuelven quejándose de la turba de mendigos que les seguía haciéndoles casi imposible el tránsito.

Aquí, como en buena parte de Europa, es la mendicidad una industria de que viven no solamente los pobres, sino muchos que no lo son.

Recuerdo con este motivo que, al pasar por la calle de San Vicente en Valencia y dar una limosna á una mujer que imploraba mi caridad con voz melíflua, un amigo que me acompañaba reconvínome diciendo: « Esa á quien acaba Ud. de dar un socorro es acaso más rica que nosotros. »

—No lo parece. . . .

—Nada más óbvio: desde muy joven ejerce la profesión de mendiga, y le ha soplado tan favorable el viento, que en Alcira posee dos casas que yo mismo le he inscrito como registrador de la propiedad.

No me había repuesto de la sorpresa, cuando me refirió el amigo otro episodio de un caso que acababa de ocurrir en la ciudad.

—Vengo á pedir á Ud. la mano de su hija,—dícele un operario á un mendigo.

—Muy bien: ¿con qué cuenta Ud. para mantenerla?

—Con mi trabajo de zapatero que me deja tres pesetas diarias para mis gastos.

—No me conviene el negocio; hágase Ud. mendigo y se la daré.

—No comprendo....

—Ea! que mi hija pidiendo limosma gana más que usted como zapatero; y siendo ambos mendigos, realizarían mejor negocio que haciendo calzado.

Fué honrado el zapatero y no aceptó.

Mas el caso es adecuado para revelar otro aspecto de la vida social ibérica, la generosidad inconsulta al ejercer la caridad en una forma individual y deficiente que sólo sirve para alimentar la vagancia, pues existen en la ciudad numerosos y bien organizados asilos en los que rehusan ingresar los mendigos, por no sacrificar un ápice de esa indómita personal independencia—que es otro rasgo distintivo de la raza—y que explica acaso por analogía una faz del carácter arisco y turbulento de los pueblos de nuestra América.

Día 24—Al lado nuestro pasa un vapor de ruedas con dirección á otra ensenada al Oeste, hacia la entrada del puerto. Es el «Correo», que hace el servicio dos veces al día entre Coruña y el Ferrol en una hora,—siendo este último un puerto de vida artificial en que sólo se trabaja para la marina de guerra, por estar allí situado el arsenal.

Otro trasatlántico ha amanecido hoy en la rada: el «Claudio López», que va para Filipinas, mas nó con emigrantes.

Llegan nuevos periódicos á bordo, y leo en ellos bajo el rubro «Las vergüenzas de la emigración» las mismas quejas y exageraciones del socorrido tema que vienen hace meses tratando.

Según ellos «cada día aumenta el número de "los infelices que van tras el espejismo de una for-"tuna ilusoria en busca de una muerte cierta y mi-"serable. En las provincias del Norte el recluta-"miento se hace en proporciones crueles, fomenta-"do por las hojas que las agencias hacen correr "por la comarca.

« Los periódicos se quejan á diario de este in-"fame comercio: nadie los oye ni los atiende. Las "autoridades duermen: á su presencia se contrata "á estos modernos esclavos sin que crean ni sepan "que deben y pueden evitarlo. Hasta han caído en "la red algunos pobres señoritos de la clase media, "seducidos por las promesas de estos infames agentes ».

Y á renglón de los párrafos anteriores, reveladores de que en Madrid se vive en el limbo, vienen estas noticias:

«Setecientos emigrantes más, procedentes todos de las provincias de León, Zamora y Salamanca, hanse embarcado en el vapor inglés «Amiral Neully» con destino al Uruguay y la Argentina.

«El Ayudante de marina ha inspeccionado el buque para determinar su capacidad y... no ha podido hacer nada... »

Increible parece que la prensa española no comprenda que, antes que moverse en el vacío reclamando medidas violentas contra el derecho natural, lo práctico es pedir al Gobierno que multiplique las fuentes de trabajo con un bien es-

tudiado sistema de obras públicas, que mejore las condiciones económicas del país por medio de equitativa distribución de las rentas aplicadas á fines útiles, rebajando gradualmente las contribuciones y abaratando las subsistencias, de modo que la vida del pobre sea fácil y no tenga éste que salir de casa, acosado por el hambre.

CAPITULO 3º

La Travesía

Barruntos desfavorables. Mar de proa. Las Azores. El campamento de los emigrados. Régimen y pasatiempos de los mismos. Los pasajeros: familia catalana. Romeo y Julieta. Paolo y Francesca. Escena realista. El menu ó rancho de á bordo. Una casa de orates. La inválida interesante. El niño mudo y sus hermanitos. El dependiente Miguel, futuro socio. Cuitas de un ama de llaves: perfil psicológico. La zaragozana y la guitarra. En aguas de las Bermudas. La lluvia, compañera inseparable. Tierra: el faro de Nueva Providencia. Faro Isaac y canal viejo de Bahamas. Los cocales y el mudo. Costa de Matanzas y de Jaruco. Llegada á la Habana. La banderita del Morro y el cañonero dominicano. Escena patética. Reconocimiento de emigrados. Teoría de los que desembarcan. Horcas caudinas de la inmigración: el baño.

El 24 en la noche salimos por fin de la Coruña, principiando para nosotros la travesía del Atlántico.

Algo de pavoroso hay en el hecho de confiarse mil vidas humanas al azar de los vientos y las olas, sin más garantía que la energía encerrada en una máquina de vapor de diez millas por hora, expues-

ta ella misma á las contingencias propias de todo aparato mecánico.

—¿Tendremos buen tiempo, capitán?—pregunta tímidamente una señora del pasaje.—

—Hablar del tiempo y presumir, dice el proverbio, es exponerse á mentir;—si de mí dependiera, le tendríamos magnífico.

Y la señora dase al parecer por satisfecha.

Mas lo cierto es que el tiempo ha variado; sopla un viento tibio del Sur que levanta una mar gruesa y mantiene el vapor inclinado y dando cabeceos como beodo: la hélice golpea con fuerza el flanco del buque solevantado por la ola y que trepida con trepidar horrible.

El cielo gris entra en la función con sus chubascos. Ningún pasajero duerme durante esta primera noche en que las corrientes encontradas, estorbando el andar del buque, como que intentaran detenerlo en su marcha hacia el abismo.

Después del equinoccio de octubre, suelen soplar los vientos favorables del primer cuadrante; más esta vez los hemos tenido del Sur y del Oeste empujándonos de lado ó de frente con persistencia insólita.

Navegamos con dirección á las Azores, reconociendo á Santa María de las Terceiras,—si he de dar fe á lo que oigo,—pues no me he movido del camarote en toda la primera semana, ¡los días más largos del viaje!

¿Y las noches? ¡Oh! las trágicas noches de á bordo, en que el sueño huye de los párpados y el cuerpo, perdido el centro de gravedad, conviértese en masa inerte que arrastra al espíritu en su caída y sólo tiene vida para sentir el vaivén que lo arro-

ja de un lado á otro y el hundirse y levantarse del buque en su desesperante ritmo de agonía!

A los siete días mejora algo el tiempo, como que hemos entrado en esa región de calmas que suelen reinar entre dos zonas.

Uno tras otro van apareciendo los pasajeros sobre cubierta, como aves después de la tormenta, y yo aprovecho el momento para pasar revista á los emigrantes.

Estos, huyendo del calor asfixiante de los entrepuentes, tienen establecido su campamento sobre las bocas y puentes de escotilla en cuyo mástil y jarcias cuelgan líos, ropas, maletas de todas clases y colores.

Tres veces al día se les distribuye el rancho: por la mañana á las siete, café con galletas; á las doce y en la tarde sopa, cocido de carne ó bacalao, con papas y garbanzos, ó habichuelas; su libra de pan y ración de vino tinto, casi de medio litro por persona.

Se hace el reparto en platos y porrones de lata á cada sección de ocho individuos, que comen de pie ó sentados, sirviéndoles de mesa el suelo.

El vino es fuerte y desata las lenguas.

Tienen algunos repuesto de provisiones, como el matrimonio de labriegos que llevan entre dos almohadas un pernil de cerdo con queso gallego.

En los intervalos de las comidas juegan á la brisca,—de cuyas barajas están todos provistos,— y á la lotería, alternando con estos juegos las *jotas* al son de los acordeones.

En un grupo de muchachas que tocan aquéllas se leen á ratos dos libros de cuentos, «El príncipe

Simplicio» y «Aventuras de un náufrago», cuyos títulos revelan su incipiente cultura intelectual; acostado en un ángulo del piso, uno que tiene trazas de señorito entretiénese con el último tomo de los «Episodios Nacionales».

Algo he de decir de los elementos constitutivos del *pasaje de primera.*

Como todo agregado humano, resulta éste un conjunto de ignorancias, virtudes y pasiones de la porción de humanidad que hace vida común por unos días en la nave separada de toda comunión extraña.

La modesta familia catalana que va á establecerse en un ingenio de la jurisdicción de Santa Clara, siente la impaciencia de la llegada, porque allí la esperan deudos de quienes ha largo tiempo vive separada. Las niñas no están ya tan tristes por haber dejado su pueblo: les han dicho que allí también hallarán quién las quiera.

La menor de las cinco pregunta con admirable ingenuidad: «¿Cuándo vendremos en Habana?» Y la madre, que acaba de enviudar, siéntese á veces perpleja, interrumpiendo sin motivo su labor de crochet, porque alguien le ha dicho (—aún no ha desaparecido de Cuba el tipo de los pesimistas—) que *aquello* no les gustará, que á las comidas americanas no podrán acostumbrarse, etc.

Hasta el rapazuelo ciego que anda por el mundo causando agravios y malandanzas ha hecho á bordo de las suyas, haciendo sentir su influjo entre dos pasajeros de *segunda*: ella—Julieta—joven, guapa, recomendada á una señora que viene á bordo y se marea; él—Romeo—también joven, con hermosa

voz de tenor, galante é inflamable como todo hijo del Mediodía de Francia.

Empero el grupo verdaderamente sugestivo de la travesía es el de Paolo y Francesca, dos emigrantes que entraron á bordo enlazados y no se han separado ni un momento durante el viaje: aquél, mozo de estatura baja, barba poblada y ojos vivos de halcón; aquélla, alta, rosada, de escaso pelo rubio, mirada de paloma y, por supuesto, de dientes cortos y encía superior rebasando el labio.

Tendidos ó sentados sobre una manta en la tapa de escotilla donde duermen sirviéndose mútuamente de almohada, ella le cuida y le mima, abstraída en él como madre amorosa; con sus manos entrelazadas intercéptale la luz para que el sol no hiera sus pupilas y, cuando él lee (¡horror!), ella le expulga la cabeza de insectillos con cariño de esclava: él á ratos fuma, sujetándole ella el cigarrillo, amorosamente reclinada en su hombro...

Han tocado ya la campanilla y he aquí que traen la sopa, una sopa de habas grandes amarillas, matizadas de negro.

Al rededor de la fuente de lata congréganse los del grupo. Francesca, al ver el contenido del plato exclama: «¡Mira, *negres* y *amarillos*, como vómito de borracho!»

—«María,—grita uno de los comensales—eres la más asquerosa de aquí».... y los demás llevan sus cucharas al plato y del plato á la boca, con seriedad imperturbable, dejando caer las gotas en el suelo y en las ropas.

Tras el cocido viene el vino que, como es fuer-

te y los más nunca lo han bebido, prodúceles la alegría consiguiente. Es de oirse la algarabía de los gritos y sonidos inarmónicos: cada cual tararea por su lado; unos bailan las jotas y la *nuqueira* que toca el acordeón, otro canta de una perra que puso huevos y la gallina que ladró, —resultando de todo ello la impresión de una casa de orates.

En un grupo suenan los números de la lotería: *sesentiseis*, los dos gallegos; *quince*, la niña bonita, *noventa*, el abuelo. Más allá, el eterno barbero afeita á uno, enjabona á otro, trasquila á esotro, á tiempo que un mozo demasiado vivo resbala en una cáscara de *bacalao* y toca el suelo sin querer, por lo que ármase gran algazara y los gritos de «¡otro toro!» «¡otro toro!» iniciados por las mozas y coreados con el palmotear de las manos prolónganse largo rato.

Decae al fin la excitación y aún se oyen las tonadas finales en punto de órgano, siempre tristes, que le dan carácter y unidad á ese canto sencillo de gente primitiva.

A ratos aparece sobre cubierta una interesante señora, inválida, que sufre de la médula y no puede valerse de sus piernas; pero de facciones perfectas, blanca, de pelo y ojos negros,—hermoso tipo de española guapa.—No habiendo podido hallar alivio en España, torna con sus cuatro hijos á reunirse con su esposo, un peninsular que le espera en Cuba.

El mayor de los hijos, hermoso niño como de diez años, es mudo, por efecto de una meningitis que le privó del oido y del habla; pero es la persona mejor informada de á bordo; todo lo sabe, y es el pasajero que más *habla*. De sus dos hermanitos

sólo cabe decir que son tan lindos como sucios y tan sucios como lindos.

A un joven dependiente que va destinado al establecimiento de un tío suyo en Santiago de Cuba, dánle bromas unos señores que ya han vivido en aquella Antilla y hecho carrera: «Prepárate, Miguel, le dicen, á levantarte diariamente á las cinco y á barrer la bodega; para lo cual tendrás que colgar el catre detrás del aparador, y comerás mucho arroz con bacalao y mucha sardina con pan; pero si te portas bien, á los diez años serás socio de la casa, como lo hemos logrado algunos de nosotros.»

Vecina nuestra de camarote es una señora de Madrid, que vuelve después de viuda á Cuba, en donde ha pasado los mejores años de su vida y trae como ama de llaves una zaragozana ya marchita, pero bien conservada, de pelo negro y con ribetes de catedrática,—como que ha vivido en convento, aunque muy á pesar suyo.—

Es el caso que, al morir su madre, el padre —por acuerdo de su tío el capellán—hízola entrar con sus hermanas en un convento; agravio que no puede ella perdonarles, porque fué causa de la muerte de aquéllas y del desvío de su novio de ella,—al que hicieron creer que ésta le había olvidado, fugándose con otro.

Protestó ella pacíficamente contra tales procederes; pero como el único resultado que alcanzó fué que se extremase la vigilancia para incomunicarla, hubo de apelar á la fuga para salir del convento; lo que realizó descolgándose de un segundo piso por medio de una escala de nudos hecha con los cubre-camas de las pupilas.

Mas ya el mal no tenía remedio: el infiel ama-

ba á otra, y la dicha huyó por siempre del corazón de la ex-monja Socorro,—la que, á decir verdad, no había llegado á profesar.

El odio que al tío profesa esta desventurada á pesar del carácter sacerdotal de aquél, es típico y hace de ella ejemplar curiosísimo de esa mentalidad de un pueblo ingenuo y bueno, como es este pueblo español, valiente, sincero, abnegado, pero intolerante, fanático, y que todo lo exagera, desde la plegaria hasta la blasfemia.

A ese tío quisiera ella verle arder en las llamas del infierno, y si un dedo del mismo había de escapar al fuego, confiesa ella que lo arrojaría dentro de la hoguera con fruición indecible, pues que aún sería poco.

—Pero ¿cómo, siendo Ud. una mujer cristiana, puede abrigar tales deseos de venganza, Socorro?

—¡Es que ese mónstruo no es cristiano y el mal que me ha hecho no podría nunca purgarlo, aunque sufriera mil muertes!

Su abolengo de zaragozana revelóse á la vista de una guitarra que buscaba con afán un compañero nuestro para entretener los ocios del pasaje: cuando al fin pareció el instrumento, eran de verse las demostraciones de aquélla; saltaba como azogada ó histérica: ¡ya iba á poder cantar jotas!

Y lo más triste del caso es que la guitarra del emigrante no sirvió, por faltarle prima y segunda....

¿Quién había de pensar que á través de la soledad del océano, entre cielo y mar, habría de seguirnos ese *dramático cuotidiano* que, según Maeterlinck, forma la trama silenciosa de la vida?

No necesitaba yo ciertamente de la enseñanza de este viaje para saber que en el mundo la comedia y la tragedia van de mano y que el drama suele estar más cerca de nosotros de lo que nos imaginamos.

El 5 de noviembre alcanzamos á ver una gaviota extraviada por aquellas latitudes; pero el cielo tórnase otra vez lluvioso: no es el de nuestra América ese cielo gris y opaco.

Henos ya en aguas de las Bermudas. El viento contrario sigue oponiéndonos mar de proa; en el silencio de la noche repercute tétricamente el tictac de la máquina que, fatigada del esfuerzo, alterna con el estrépito de la hélice dando golpes en el vacío.

Hasta el día 8 no tenemos una noche tranquila, de quietud completa; si bien el cielo, nublado y sin sol, sigue llovedizo.

Cayó el viento: el mar presenta ahora el aspecto de inmensa retorta en cuyo seno absórbense y rebullen los broncíneos reflejos del cielo.

Aparécense á bordo varias avecillas: buscan refugio contra el temporal de agua ó alivio contra el hambre, pero en realidad son para nosotros auuncio cierto de tierra.

Ciérranse otra vez las nubes y la lluvia cubre el horizonte visible. Corro al puente de popa á recoger nuestras sillas: sentados en ellas Romeo y Julieta, en íntimo coloquio embebidos, soportan filosóficamente las inclemencias del tiempo, porque en sus almas brilla el sol.—Finjo que no los he visto, (—á punto estuve de excusarme por haberles interrumpido—) y bajo á la cámara sin demora y muy corrido del ageno chasco.

A las ocho de la noche, según anuncio del Capitán, vemos el faro de Nueva Providencia en la isla de Abaco de las Bahamas, á los 25 grados de latitud.

Regocijo general entre los pasajeros produce esa luz, indicio de tierra en el obscuro horizonte, —como lo fuera la luz de Guanahaní para Colón, unos grados más abajo, el memorable 12 de Octubre de 1492.

Al día siguiente amanecemos en un paisaje de ensueño: manso lago de color opalino el mar, cielo todavía ceniciento en que el sol impotente brega por abrir su brecha de arreboles.

A lo lejos, un vapor, que sigue la misma ruta que nosotros; á nuestra derecha, un buque de vela, semejando blanco ánade en medio de un estanque.

Aun estamos en el canal, que mide más de 80 millas de largo; en su extremo vemos otra torre, —el faro Isaac,—antes de seguir rumbo entre la Florida y el canal viejo de Bahamas.

En estas tierras bajas y arenosas divísanse dos cayos, al parecer cocales inmensos. De pronto, mientras contemplamos absortos el paisaje, salta el mudito sobre cubierta exclamando «¡cóc, cóc!;» y, señalando con el índice, hace ademán de trepar al árbol, pelar la fruta y apurar el contenido hasta la última gota. ¡Oh! elocuencia de la mímica!

Con objeto de no llegar á la Habana antes del amanecer, modérase el andar de la máquina.

Sopla blanda brisa tropical, mas el cielo parece velado por inmensa sombra y el mar conserva su color plomizo: en la tarde y en la noche, otra

vez lluvia, como si ésta se hubiese propuesto acompañarnos en todo lo largo del viaje.

Los gallegos, presintiendo la llegada, *múdanse* por primera vez; esta noche dormirán vestidos;... ó no dormirán.

El día 10 amanecemos costeando la isla de Cuba hacia el Oeste. A la derecha inmenso arco iris dibuja su curva policroma como para darnos la bienvenida.

A la izquierda, un buque: nadie mira; lo que se desea es llegar.

Se va perfilando la costa de Matanzas: ya surge el Pan, caro á Heredia:

«¡Tierra! claman; ansiosos miramos
Al confin del sereno horizonte.
Y á lo lejos descúbrese un monte....
Lo conozco.... ¡Ojos tristes, llorad!»

Miro hacia el departamento de emigrantes: todo ha cambiado por allí; los trajes nuevos han sustituido á las mugrientas ropas de embarque; los tonos claros de los vestidos femeniles matizan alegremente el fondo obscuro del cuadro. Hasta mis dos ángeles tiznados hanse transformado en niños bien vestidos, limpios, encantadores.

Acercámosnos más y más á la costa de Jaruco: manchas verdes de caña y plátanos aparecen entre chimeneas de hierro.

Ya se distingue la masa del Morro: las catalanas preguntan si es tan alto como Monjuich.

A las doce pasamos delante de la banderita de rayas blancas y azules cuyo triángulo rojo, empapado en sangre, representa también la de los héroes dominicanos derramada en las dos guerras de

independencia de la isla hermana. Y, como para acentuar más esa confraternidad,—¡coincidencia notable!—apenas entrados en la bahía vemos flotar la cruzada enseña tricolor en el tope de una cañonera dominicana «El Independencia,» que ha venido á repararse á la Habana.

A las doce y media damos fondo ante un panorama limpio, verde, brillante, frente á Tiscornia. Sentado en un banco sobre cubierta, abstráigome un momento para saborear la alegría de haber llegado y doy gracias á Dios...

A poco vémosnos rodeados por un enjambre de botes silenciosos que mantiene á distancia la presencia de un policía al pie de la escalera, mientras la Sanidad y la Aduana, que ya están á bordo, llenan las formalidades de ley.

En uno de esos botes viene el padre del mudo; éste lo descubre al punto y vuela á dar aviso á su madre, la señora inválida, para que se prepare: acércase ésta á la borda del buque, ayudada por un caballero que le da el brazo.

Las miradas de los dos esposos se encuentran, los ojos se humedecen;—escena muda é imponente de ademanes que se cruzan en el espacio—en tanto la inválida puede estarse de pie. Al fin torna ella á la cámara, mientras el mudito la acaricia y la besa para consolarla.

Luego es el niño menor quien sigue la comunicación del buque con el bote y de lejos da cuenta á la madre.

—«¡Mamá, papá trae su sombrero de jipijapa... También viene Antonio, el de la peletería de la esquina!»...

Tócale ahora el turno á una sobrina que cuida

al niño reciennacido. Al presentar éste, no puede contenerse y rompe en sollozos. Todos los expectadores callan: ¡qué cosa tan augusta es el llanto!

La tarde toda se invierte en el reconocimiento de los inmigrantes

Instálase sobre cubierta el Inspector con sus ayudantes y uno tras otro van desfilando aquéllos.

A las cuatro preguntas rituales de sus nombres y apellidos, de si han estado otra vez en Cuba y cuánto tiempo, y de cuánto dinero traen, contesta cada cual según el caso.

De uno oí que se llamaba Braulio Alvarez; de otro, Benito Mención, (1)—lo cual, por inverosímil que parezca, sólo prueba... que de aquella fuente procedemos.

A la pregunta relativa al dinero que traen en efectivo responden algunos: *treinta duros;* otros, los más, *cuatro pesos, veinte reales, ocho pesetas;* otros, «*nada;*» y al mismo tiempo se les registrá la cabeza para prevenir enfermedades contagiosas.

A los primeros, considerados como no expuestos á incurrir en el delito de mendicidad, se les da paso libre para desembarcar; á los demás se les envía al edificio que tiene la Junta de inmigración en Tiscornia, mientras algún pariente ó interesado les encuentra colocación y viene á reclamarlos, pagando los gastos de su estadía en el establecimiento.

Este, según entiendo, tiene sendos departamentos para hombres y mujeres y está instalado de acuerdo con las exigencias de la higiene.

Lo primero que allí se hace es compelerlos á

(1) Nombres de dos generales que han figurado en primera línea en la política dominicana.

bañarse y lavar su ropa, dando ello lugar á escenas de alto sabor cómico.

Muchos, para quienes es descconocida aquella práctica, retroceden con horror ante el aparato de las duchas, tirando el jabón y la tohalla de que se les ha provisto; otros lloran, pidiendo que se les sustituya el baño con cualquier otro castigo.

Las mujeres parecen ser menos refractarias á esta práctica, que llamaremos fundamental, de la higiene en los paises cálidos.

El día 11 amanece tarde; pero la brisa tibia y el ambiente suave á pesar del tiempo de agua, pruebas son inequívocas de que nos hallamos por fin en los trópicos.

A las siete no se ha despejado del todo el horizonte: lentamente van surgiendo de la neblina en que se arropan, como de colosal linterna mágica, la ciudad, palacio encantado, la costa verde de la Cabaña, el seno de la bahía y en ésta, los grandes vapores cuyas masas proyectan sombras en el agua—como en el crepúsculo vespertino—si bien del lado opuesto.

A esa hora principia la conducción de inmigrantes al muelle de Tiscornia que nos queda al frente.

Tres viajes da el vaporcito remolcador de la Junta; tres veces objetívase el cuadro de la vistosa teoría de viajeros y se cubre la escala con el rosario de seres vivientes, desembarcando quién con una manta, quién con un lío, quién con maleta, no faltando ni la guitarra de marras—la de las cuerdas ausentes,—ni el inevitable parasol rosado.

CAPITULO IV.

CUBA.

El Encargado de nogocios de la República en Cuba. Entrevista con el general Máximo Gómez. Entrevista frustrada con el presidente Estrada Palma. La modesta profesora de pintura Señorita Adriana Billini. De la Habana á Matanzas. Potreros y cañaverales: palmas y auras. Matanzas y el hogar de los Heredia. Visita á la biblioteca. Notas históricas de la Española: los dominicanos en el foro de Matanzas. De Matanzas á Cienfuegos. Analogías: el palmar cubano y la selva dominicana. Jovellanos: el antiguo ingenio la Ceres en Cimarrones. Cárdenas. Tipos varios. Bandadas de garzas. La silueta de Mayía Rodríguez. Ceibas nostálgicas. Campos de caña y potreros. Colón. Las palmas de Manacas. Ingenio Hatuey. Santo Domingo. El ingenio la Hortensia, hoy Santa Ana: impresiones íntimas. Siembra de algodón. San Marcos, Lajas, Cruces, Cienfuegos. Zona de los grandes ingenios. Riqueza ictiológica de la bahia. .Auras y rabihorcados. La ciénega de Zapata: casos de degeneración. Medidas sanitarias. Traducción de la enmienda Platt al romance común. Sombras en el sol de la nueva República. Bandolerismo y empleomonía. Caso sospechoso. El ñañiguismo y los brujos africanos. Reportaje inmoral. Salida de Cienfuegos. Punta gorda y cabo Arenas. Santiago de Cuba: calles descuidadas. Hogares de emigrados dominicanos: doloroso contraste. Movimiento artístico y literario promovido en Cuba por jóvenes dominicanos. Buenaventura Emilio Puyans, gloria domínico-cubana al igual de Nicolás Heredia. Comercio de España con Cuba como manifestación de patriotismo.

En la tarde bajamos á tierra.

Casa de mi amigo y paisano D. José R. Pérez Román pasamos breves horas de descanso físico y moral que supo hacer más gratas la amabilidad de su excelente compañera.

Hallamos á nuestro representante en Cuba empeñado en instalar la oficina de la encargaduría en condiciones compatibles con el decoro de la República á la vez que con la modestia de su capacidad económica;—taréa muy propia de aquél á quién se podría llamar sin hipérbole el hombre del protocolo, la corrección personificada.

Fué mi primera visita para nuestro ilustre compatriota el general Gómez, con quien hacía largo tiempo no tenía oportunidad de platicar.

Recibióme el encanecido caudillo como acostumbra él recibir á sus paisanos, con los brazos y el corazón abiertos.

—¿Va Ud. para Santo Domingo?... Yo vuelvo de allá: aquello está muy abatido,—un montón de ruinas...

—Ese es el triste gaje de las guerras civiles, General. ¡Qué feliz considero yo á este pueblo cubano por haber resuelto tan fácil y sencillamente el problema de su libertad dentro de la independencia,—comparado con el nuestro, que ha sacrificado la realidad al nombre y que está en camino de perder hasta la propia autonomía económica!

—Alude Ud. al *laudo* arbitral? Pero ¿qué remedio nos queda?

—Ya lo sé; esta obligación es la consecuencia de nuestros errores; y por tanto, no hay más que pagar.

—Y no seguir más á esos guapetones machete-

ros que son la causa de nuestras desdichas; y enseñar al pueblo á respetar el derecho ageno que principia en donde termina el propio... Sí,—agregó tras breve pausa,—hay que acabar con esa política vieja, llevando al país todos los dominicanos que están en el extranjero... (en Santiago de Cuba hay gentes buenas, como este muchacho Carvajal)... para que no haya más que un partido y ver de salvar el país.

Porque éste ha llegado á un extremo tal de infelicidad y de miseria que no puede ir más allá; y tal es el único motivo que tenemos para esperar un cambio favorable:—como me sucedió una vez en Jamáica, después de la guerra del 78.

Hallábamosnos en aquella ocasión sin recursos, ni esperanzas de recibirlos. Yo consolaba á los míos con la perspectiva de un cambio de situación, y al preguntarme mi buena compañera en qué fundaba yo esa esperanza, contestéle: «En que hemos llegado al límite extremo y lo que venga detrás no puede ser peor que lo presente.» Pues bien, á los pocos días, ó al día siguiente, vino la Comisión de Honduras á buscarme para instruir y organizar aquel ejército centro-americano.

—De modo que ¿del exceso del mal surgió el bien? ¡Quiera Dios que así resulte para nosotros, deparándonos una comisión ó poder que nos discipline y organice!...

Nuestro glorioso paisano es siempre el hombre práctico y previsor que en más de una ocasión ha evitado conflictos á la reciente República; por lo que los cubanos considéranle como un árbitro.

Con motivo de la huelga de operarios en la Habana; en ocasión de la obstrucción parlamentaria

de un grupo de diputados, y últimamente al resolverse la paga del ejército, la intervención del general Gómez ha evitado días de luto á Cuba.

Antes de despedirme quise confirmar las noticias de la patria y preguntéle:

—General, ¿qué movimiento es ese que ha estallado en el Sur de la República y de que me han dado noticia en el mismo puerto los señores de la Junta de inmigración?

—Ya eso se arregló, que yo sepa; y si en Puerto Plata están tranquilos, creo que la paz no se alterará.

—Según he sabido por nuestro Cónsul, lo que ha habido en Puerto Plata es una protesta que han formulado los empleados dominicanos al ver que los americanos arriaban la bandera nacional y enarbolaban la suya en la Aduana.

—¡Muy mal hecho, y con razón que protestaran aquéllos!

Tras esta manifestación de *dominicanismo* tomé la venia del General y retiréme, con el propósi to de seguir á visitar al buen cubano amigo nuestro, D. Tomás Estrada Palma, antiguo delegado del partido revolucionario cubano en Nueva York, á quien no veía desde los días trágicos de la guerra por la independencia.

No fuéme dado presentar mis respetos al primer mandatario de la república hermana, por no recibir aquél sino de tarde y hallarse entonces, según su costumbre, despachando con su secretario, —razón por la que me excusé de pasarle tarjeta, reservándome volver esa misma tarde á la presidencia.

Quedó empero aplazada la visita con harto pe-

sar mío, por haber tenido que salir á las tres para Matanzas.

Mucho lamenté también no poder pagar mi acostumbrado tributo de amistad á una dominicana benemérita, la señorita Adriana Billini, que educa en el arte de la pintura y el sentimiento de lo bello á la juventud habanera de su sexo. Habríale llevado mi aplauso entusiasta por su obra de bien y de luz, como estímulo para seguir cosechando lauros en su edificante carrera.

Tomamos, pues, el tren en Regla, hacia el nordeste de la bahía.

Acomodados en espacioso carro que se convierte en cinematógrafo terrestre, (preferible al marítimo, en mi concepto,) vemos pasar en rápido giro desde las ventanillas del coche las estaciones de Minas, Campo Florido, San Miguel, Jaruco, Bainoa, Aguacate, Empalme y la Mocha, con sus potreros y campos de caña y sus horizontes de palmeras alternando con plantíos de maiz y verdes semilleros de cebollas que no pueden menos de despertar envidia en todo hijo de Santo Domingo. ¿Por qué no hemos de tenerlos así en nuestra fértil isla? ¿Por qué, siendo unos mismos la tierra y el cielo, no ha de ostentar nuestra patria iguales cultivos?

Como paisaje, es Cuba un inmenso palmar, sobre el cual se ciernen en la inmovilidad voluptuosa de su vuelo las auras, aves pesadas y ridículas en el suelo, pero soberanamente majestuosas con las alas desplegadas en el aire. (1)

(1) Es extraño que en Santo Domingo no hayan podido aclimatarse tan útiles vultúridos, á pesar de los varios ensayos hechos,—sin duda por no haberse llevado allí pichones ó polluelos, sino sujetos adultos. Igual resultado negativo han dado los intentos hechos con los samuros de Venezuela.

Cuba es acaso la única comarca en que se ofrecen á la vista del viajero esas avenidas triunfales de palmas reales, antiguas guardarrayas que servían de regio vestíbulo á los cafetales.

En cada una de aquellas estaciones van acumulándose toda la tarde enormes bidones de leche para el consumo de la Habana.

Una hermosa ceiba en Bainoa nos recuerda la *prehistórica* del Ozama.

En el Aguacate, al ver el edificio de la estación pintorescamente adornado con hojas de palmera, pregúntole á un negrito qué significación tienen esos ramos.

—¡*Póque* mañana hay baile!—exclama, compadecido de mi ignorancia....

Hemos por fin, después de dos horas de viaje, en la pintoresca, ideal y decaida Matanzas, la ciudad que sueña con su esplendor pasado y no ha logrado aún revivirlo,—porque la Habana, demasiado próxima á su puerto, absorbe, con el movimiento material que pudiera darle vida, los elementos de preponderancia social que aquí descuellan.

En este oasis de recuerdos y afectos pasamos el siguiente día, domingo, y los primeros de la semana, mientras el vapor descarga en la Habana y Cienfuegos.

Hallámosnos en un hogar que lo es á la vez de la hija y los nietos del poeta Heredia y en que se alimenta como fuego sagrado el culto por la memoria del ilustre antepasado.

Al salir de casa es mi primera visita para la biblioteca municipal á cargo de mi buen amigo Es-

coto, tan aficionado á los estudios de historia americana y especialmente á los de la antigua Española.

Siempre que entro en una biblioteca parécéme que penetro en un templo, —el templo de la sabiduría humana—levantado por el esfuerzo de todos los siglos; y acuden á mi mente los versos aquellos de Victor Hugo calificando la biblioteca del Louvre de «acto de fé de las generaciones aún en tinieblas que rinden, desde la noche, testimonio á la aurora.»

Consta la de Matanzas de veinte mil volúmenes, procedentes en su mayor parte de donativos particulares.

Es una institución que vive, y se desarrolla, y llena los fines de su creación, contribuyendo al adelanto intelectual de todas las clases de aquella sociedad, —como lo atestigua el promedio de sus lectores y lectoras, que es de cincuenta al día,—principalmente alumnos del Instituto, quienes van allí á consultar, además de los libros castellanos, obras inglesas, francesas, alemanas é italianas de literatura general, ciencias experimentales, jurisprudencia é historia.

Diariamente formúlase un parte estadístico del movimiento que sirve para el informe ó memoria anual que ha de elevarse al Rector.

Ayuda en sus tareas al señor Escoto la inteligente señorita Dolores María de Jimeno, hija de una de las familias antaño más acomodadas de Matanzas.

En una de las mesas corridas llama mi atención un niño que lee una Historia natural ilustrada con láminas en color; infórmome de su edad: tiene

seis años.—El pueblo que tales ejemplos presenta no quedará rezagado en el camino de la civilización.

Como era natural, después de la visita tratamos de Santo Domingo, cuya isla es para el señor Escoto objeto de estudio predilecto y de investigaciones constantes.

Complacido escuché las interesantísimas noticias que posee sobre nuestra isla y que pudieran publicarse como contribución á la historia intelectual de Santo Domingo.

Con objeto de que no queden ignorados esos preciosos datos de bibliografía dominicana y puedan ver pronto la luz pública, he intentado relacionar al autor con personas competentes para ayudarle en el empeño, como los señores Don Emiliano Tejera, el erudito, y Don José Gabriel García, el historiógrafo.

Capítulos de la obra en ciernes serían los siguientes:

La instrucción pública en Santo Domingo durante el siglo XVI;—Oidores de la Audiencia en el mismo período;—Los dominicanos en Cuba, Venezuela y Méjico;—

—Movimiento intelectual dramático promovido por los dominicanos en Puerto Príncipe al trasladarse allí la Audiencia en 1800, á la vez que el obispado á Santiago de Cuba;—

—Suerte del trasladado archivo eclesiástico, mandado depositar en los sótanos del obispado de la Habana por el Ilmo. Señor Don Felipe José de Tres Palacios, (1) en donde el obispo Espada hallólo con-

---

(1) Ex—deán de nuestra venerable catedral, en cuya capilla de N. S. de la ANTIGUA instituyó la fundación de un Santo Cristo que allí se conserva; —el mismo que fue después consagrado obispo de Puerto Rico.

vertido en pasta por la humedad y resolvió quemarlo por inservible en 1804.—(1)

También ha estudiado Escoto con especial cariño la historia de nuestra real Universidad pontificia, desde sus comienzos á mediados del siglo XVI por obra del legado de un rico español dela colonia, y durante los siglos XVII y XVIII —cuando de Venezuela y Cuba venían á estudiar aquí,—hasta su pasajero eclipse anterior á 1760,—en cuya fecha vuelve á abrirse con mayor auje,—decayendo con la invasión haitiana de principios del pasado siglo para resurgir con la reconquista á favor de la metrópoli en 1810 y morir definitivamente en 1822 con la ocupación del territorio dominicano por nuestros vecinos de occidente, á la que puso término el nacimiento de la República en 1844.

Puede decirse sin hipérbole que el foro de Ma-

---

(1) «La organización del archivo episcopal ocupó largo tiempo en 1804 al Iltmo. Espada, y para mejorarlo puso el mayor empeño de su parte, en un particular de tanta importancia y que estaba en completo estado de abandono. Según documentos que aún se conservan, consta que en el gobierno del Iltmo. Sr. D. Felipe José de Tres Palacios se recibieron de Santo Domingo varios cajones de papeles y libros de la antigua primada de las Indias, y que aquel digno Pastor mandó depositarlos en uno de los cuartos bajos de su Palacio. La humedad de la habitación en que permanecieron los documentos varios años los dañó de tal modo, que cuando el Sr. Espada quiso inspeccionarlos, « se encontraron todos, no sólo apolillados, sino podridos en términos que era imposible leerse ningún proceso, porque el que no estaba enteramente roto había perdido la tinta su color.» En 2 de octubre, considerando el Sr. Espada inútil y aún perjudicial conservar por más tiempo los papeles y libros de que se ha hecho mención, « así porque están ilegibles y rotos, como porque la multitud de polillas los había hecho inservibles, mandó, para evitar otro daño en los demás papeles del Archivo, que se quemaran;» lo que se hizo en la misma fecha, desapareciendo así totalmente documentos valiosísimos.» V. López Prieto: Biografía del Obispo Espada. —Revista de Cuba.—Tomo XI, págs. 148 y 149.

«Por mi parte, escribíame no ha mucho el Sr. Escoto, jamás me conformaré con la pérdida de tan valiosa documentación. Allí sin duda debió encontrarse el expediente que se formaría en Santo Domingo para dar sepultura á los restos de Colón en la catedral de la isla.»

tanzas ha sido la tribuna elegida por las inteligencias dominicanas de tres generaciones para brillar en la isla de Cuba.

Desde el principio del finado siglo, en 1805, pasó á establecerse allí Don José de Arredondo y Santelises, que corresponde á la primera emigración.

A la segunda, que coincide con la ocupación haitiana y los comienzos de la República á mediados del mismo, corresponden Ignacio Heredia, tío del poeta; Estéban Pichardo, el lexicógrafo; (1) José María, el ya mencionado poeta; José María Alvarez, Antonio María y José Miguel Angulo y Heredia, Manuel y Santiago Garay y del Monte, Laureano y Andrés Angulo.

A la tercera emigración, posterior á la anexión de Santo Domingo á España, pertenece Manuel de Jesus Heredia, que se incorporó al colegio de abogados de Matanzas en 1868 y en cuyo bufete hizo su pasantía Nicolás Heredia, quien, siguiendo la tradición de sus antecesores, graduóse primero de abogado en Santo Domingo y revalidó luego su título en la Habana.

Antes de abandonar los salones de la biblioteca tuve el gusto de conocer á dos personalidades matanceras, Carlos Manuel Trelles, el bibliógrafo, y Bonifacio Byrne, el heredero más caracterizado de Milanés y de Zenea, en opinión de los doctos.

El jueves 17 hallámosnos otra vez en el tren, cruzando la isla de Cuba en su parte media occidental.

---

(1) Ascendiente del distinguido director del Figaro y notable poeta Manuel S. Pichardo.

Ibarra, Limonar, Sumidero pasan rápidamente ostentando en su horizonte cañas, palmas y más palmas,--ora en apretado haz de escuadrón volante, ora como centinelas avanzadas atisbando los movimientos del enemigo.—

Lo que la selva virgen de enmarañada vegetación en Santo Domingo, éso es el palmar en Cuba.

El período selvático pasó ya para esta tierra afortunada: el hombre ha vencido en su lucha contra la naturaleza, no dejando subsistir sino *maniguas*. ¡Cuándo llegará para nosotros la hora del desbrozo!

Viene luego el *Coliseo*, célebre por el asalto del general Gómez.—Paréceme ver las llamas del campo de caña lamer los cascos del caballo que montaba el valiente general Martinez Campos.

Al pasar diviso una escuela y veo mujeres labrando la tierra con azada; y siento que se robustece mi fe en los destinos de este pueblo.

Luego *Tosca*, y más allá un bosquecito de caña brava ó bambú, la donairosa gramínea malaya que abunda en toda esta zona; á lo lejos, una sabana, que vale decir potreros, perfiles de ingenios y caña, siempre caña.

A las doce llegamos á *Jovellanos* y retrocedemos á *Cárdenas*, para evitar con este rodeo la eventualidad de un accidente en terraplenes inundados por el temporal de agua.

Cimarrones es la primera estación que cruzamos: en el ingenio la «Ceres», allí ubicado, retiróse con sus doce hijos la matrona dominicana Doña Rosa Aponte, madre de Domingo,—el Mecenas y Mentor cubano,—viuda de Don Leonardo del Monte, que emigró de Santo Domingo en 1801 y fue tenien-

te gobernador de Maracaibo primero y de la Habana después, en 1811; allí nació en época posterior Ricardo del Monte, el poeta y publicista cubano, editorialista de «El País.»

Contreras es la estación siguiente. Desde el tren vense hermosas reses de color bermejo y casas con colgadizo de madera y techo de tejas á estilo cubano.

A la una llegamos á Cárdenas, coqueta ciudad industrial de mucho movimiento que se nos presenta entre el mar azul y una verde ciénega de mangles.

Sopla viento del Norte, con sol y sin agua.

A las ocho salió de la Habana en el tren una señora, joven aún, madre de cuatro niños; la mayor, una hembrita que ya le ayuda en el cuidado de los menores.

Uno de éstos busca juego con nosotros, distrayéndonos con sus manifestaciones de alegría, al par que los otros dos se hacen amos del carro ocupando todos los asientos con sus provisiones y prendas de vestir y saltando por encima de aquéllos como en tierra conquistada.

Confiésanos la buena señora que apenábale separarse de ellos y que, por no dejarlos tan tiernos con la criada y el marido, los ha traído consigo hasta Sagua;—lo que, en buen romance equivale á conceder que, por no imponerles un sacrificio insignificante, ha consentido ella en mortificarse á sí misma, incomodando acaso á los demás pasajeros del carro. —En este rasgo de abnegación, no exenta de debilidad, veo retratadas la gran mayoría de las madres, no sólo cubanas, si que también antillanas —y acaso latinas.—

En el espacioso coche viene una señora—ó señorita—de la Habana que viaja sola, con su saquito de mano á la americana, y se mira á menudo en un espejito de plata.

Oigola protestar entre dientes (que los tiene muy lindos,) contra la demora del tren, y poco á poco va subiendo de tono el soliloquio: «¡Qué barbaridad! á qué hora voy á llegar á Sagua!... Y por aquí estuve yo siendo niña... ¡Cuánto cambio!»...

A poco entra el conductor, joven elegante, vestido de paño azul, con lentes de oro, y principia aquélla á hacerle sus confidencias.

Como hay un cambio de tren en la línea, acércome y pregunto á que hora llegaremos á la estación de *Santo Domingo*.

El complaciente empleado saca su reloj, un hermoso reloj de oro, y mientras lo mira y vuelve á mirarlo, me contesta: «A las 4 ½,..... nó,.... á las 4 ¾.... mejor dicho, á las 5;»—dándome tiempo sobrado para admirar el artístico monograma de la prenda.

A poco pasamos frente á un ingenio demolido que da testimonio de la transformación de la industria en esta tierra productora de azúcar. Es un triple-efecto abandonado, montado al aire, con dos chimeneas á los lados, como fúnebre símbolo del pasado:—un féretro entre dos cirios.—

Los desagües de la carrilera están rebosados y el agua cubre los rieles: en la vía un bandado de níveas garzas alzan el vuelo al aproximarse la máquina. Nunca las he visto reunidas en tan crecido número en mi tierra,—por efecto quizás del aislamiento á que conduce la vida primitiva, aún entre los irracionales.

Recreo, Villalba, Quintana: cañas y potreros.

Alguna vez finje ver mi fantasía en el guajiro que pasa montado en su *arrenquin*, la silueta del heróico Mayía Rodríguez, vestido de chamarreta y panamá, medio oculto entre los campos de caña de Jainamosa.» (1)

Abundan las ceibas en esta zona; majestuosas, pero aisladas y tristes, como últimos representantes de una familia vegetal que ya no puede medrar en Cuba y entona la elegía de los vencidos.

Altamisal y Retamal: otra vez potreros, con cercas de alambres de cuatro hilos solamente, —porque en esta tierra feliz ya desmontada, las reses son mansas y no existe el cerdo montaraz, símbolo de la soberanía infecunda y dañina.

Colón es una grata sorpresa para el viajero en la sucesión de aquellos campos.

Al rodar de la máquina percibimos calles bien adoquinadas, edificios de mampostería, hermosa plaza con estátua en el centro; y seguimos la vertiginosa carrera, dejando á un lado el ingenio Aguica de Lacoste.

A lo lejos alguien me hace notar hileras de esbeltas palmas ondulando en la cresta de los cerros y cuyas copas, recogiendo la luz sobre el verde horizonte, se encienden como estrellas simbólicas en la pompa del sol poniente. ¡Cuán bello parecióme el paisaje!

En uno de esos poblados una banderita nacional indica el lugar de la escuela, provista al parecer de buen material, pues alcanzo á ver en sus aulas las sillas—escritorio que recomienda la moderna pedagogía.

(1) Ingenio fomentado en las cercanías de Santo Domingo por Don Fermin Del Monte y Lamar, y en que aquél actuó de sobrestante.

Managua, San Pedro, poblados tristes: cambio completo de vegetación.

El horizonte de palmas y caña se trueca en inmenso guanal cuya faja prolóngase por las estaciones inmediatas.

En Alvarez cruzamos carros cargados de leña para los ingenios de la línea.

Atejes corpulentos alternan con el flexible memiso que aquí designan con el eurítmico nombre de *capulí*.

Madrazo: gran novedad, ¡cocos!

Efectivamente, ni cocos ni mangos ni javillas vense en esta parte de Cuba con la abundancia que en Santo Domingo.

Aparece otra vez en cambio el esbelto guanal con troncos tan altos como las palmas reales y más rectos, por menos flexibles, á los cuales se mezcla otra palma enana cuyo tallo semeja una maceta con sus hojas lustrosas vueltas hacia arriba.

Manacas,—así nombrado por las ya descritas palmas que aquí abundan—de aspecto rústico, pero agradable.

Sube al carro, vendiendo maní tostado, un chino de ojos sin expresión y sonrisa enigmática, como *todos* los chinos, y viejo como *casi* todos los que hoy se encuentran en Cuba, —en donde no se les permite ya arribar.

De paso advierto un rancho de secar tabaco, el único que vemos en toda la línea.

A poco andar surgen las fábricas del ingenio Hatuey, cuyo batey, provisto de luz eléctrica, tiene aspecto de pueblo hermoso y confortable.

A las cinco llegamos á la estación de Santo Do-

mingo, en donde dejamos el tren que sigue para Sagua, tomando el que de allí baja para Cienfuegos.

No parece sino que la predestinación de este nombre reservábame las emociones más intensas de cuantas había yo de experimentar en el viaje.

Allí cerca, en aquellas tierras feraces, hállase el antiguo ingenio «La Hortensia,» en donde transcurrieron los días más felices de la que es compañera de mi viaje y de mi vida.

Sentí deseos vehementísimos de ir á interrogar aquellos mudos testigos de un pasado que me es tan caro; mas reflexioné luego y desistí de mi intento: ¡es tan triste la reminiscencia de las cosas pasadas, cuando va unido á ellas el recuerdo de seres queridos que ya no són y sólo responde la realidad con sus lágrimas,—las *lacrimae rerum* de Virgilio!

Entre la estación de Santo Domingo y San Marcos alcanzo á ver en la luz amortiguada de la tarde una siembra de color verde desmayado que me recuerda los campos de papas; pregunto, y me informan que es algodón, sembrado por una empresa americana.

En Lajas y las Cruces la vida del próximo central «Caracas,»—ingenio de 200.000 sacos de tres quintales,—trasciende á toda la comarca y se percibe en la actividad industrial que vibra por doquier.—San Marcos, Lajas, Cruces, guardadores avaros de esas memorias cuya confidencia no me es dado arrancar al egoísmo inmanente de la naturaleza...

En esta última estación cruzámosnos con el tren que viene de Cienfuegos para Santa Clara.

Es de noche; tras del sol que se hunde en el

ocaso, la estrella vespertina; y luego la luna, dominando el inmenso llano sin árboles—ni siquiera palmas—del campo de caña gris é inacabable.

Enorme lechuza, asustada por el resoplido de la locomotora, aletea pesadamente en la penumbra, describiendo sobre la vasta llanura sus círculos desiguales.

Camarones, Hormiguero, Palmira son las últimas estaciones y corresponden á los ingenios de los alrededores en cuya labor estriba la prosperidad de Cienfuegos,—á cuyo puerto llegamos á las 8 de la noche.

Inmensa y preciosa bahía es la de Cienfuegos, cerrada como un lago, en cuyos extremos desembocan Damují al Oeste y Caonao al Este,—cuyo ritmo indígena los hace más simpáticos á mis oidos dominicanos.

Por esas arterias fluviales cargan y acarrean sus productos los grandes ingenios del interior «Caracas» y «Constancia,» que compiten con el «Chaparra» de la costa Norte, todos de 200.000 sacos, y además Soledad, Carolina, Dos hermanos, Dos hermanas, Manuelita, Cienfueguitos, San Agustín, San Francisco, Portugalete, Leiqueitío y Hormiguero, para no citar sino los principales.

A un lado de la bahía, que es abundante en toda clase de peces, un grupo de botecitos pescan con cordel corredizo la sierra, que es nuestro carite, y además curbinas, rabirrubias, jureles, picudas, guabinas, guaguanches y mojarras.

De repente cruzan sobre el barco y por cima de una bandada de auras, dos pares de rabihorca-

dos, los cuales mantiénense todo el día enseñoreados del espacio en nuestro horizonte.

¡Qué majestad, qué olímpica serenidad en el vuelo!—No son aves, sino flechas pennadas; mejor dicho, triángulos aéreos espaciándose unas veces con inmovilidad extática en el éter, disparándose otras con fulmínea celeridad, y no bifurcando la recta de la cola sino para los cambios de dirección.

¡Quién pudiera, cuervo marino, robar tus negras alas y trasponiendo cumbres y ríos burlar las distancias y sorprender los misterios del valle nativo y los idilios del hogar paterno, allá en la más ancha y más feraz de las islas del archipiélago antillano! ¡Quién pudiera!...

Estamos cerca de la ciénega de Zapata: dánme aviso los jóvenes inspectores del puerto de ciertos casos ó fenómenos de degeneración observados en la fauna del lugar y que no conocemos en Santo Domingo, como cotorras amarillas, *cocos* rosados, *negritos* blancos.—En el Manual del cazador cubano recomiéndase á todo el que hallare uno de estos fenómenos que lo remita al museo de la Habana.

A bordo entretiénese el personal pescando.

De pronto un niño de los gallegos que van para Santiago de Cuba da un grito al sacar el anzuelo con un pez de color obscuro, cuerpo cilíndrico y cabeza achatada, provista de un aparato pneumático con que se adhiere al cuerpo del tiburón y otros peces: es la famosa *pega* ó lapa que utilizaban los indios para pescar el carey y que llamaban, creo, birijú.

Además de las especies mencionadas cuyos ejemplares vimos pescar, hállanse en la espaciosa

bahía curbinatas, bonitos, casabillos, roncos, viajaibas, pargos, cuberos, lisas, cojinudas, chernas, pataos, cabrillas, guasas, agujones, róbalos y jorobados, que dan idea de la riqueza ictiológica de estas aguas.

Contagiados los cubanos con el santo contagio de la preocupación americana por la salud pública, extreman las medidas de vigilancia relacionadas con la higiene.

Júzguese de ello por el siguiente dato: al vapor nuestro impónenle una multa de $ 10 oro por haber los marinos tirado al agua unas almohadillas de los emigrados, no obstante haberlas hecho recoger el primer oficial.

Obedece este rigorismo higiénico á las exigencias del gobierno de Washington, (ya vimos en Gibraltar que es característico de la raza,) fundadas en las imposiciones de la enmienda Platt, revividas con motivo de un caso de fiebre amarilla traído á Santiago de Cuba por un marino procedente del Brasil.

Persona muy ilustrada con quien departía yo acerca de estas cosas definía de un modo gráfico la referida enmienda constitucional.

Este decálogo—ó tricálogo—salvador redúcese, según ella, á decir al pueblo todavía en pañales, como un padre á su hijo:

«Tu *andarás* limpio, y no te ensuciarás, para no poner en peligro tu salud y la de tus hermanos;

Tu *no pelearás* con nadie, para no comprometer la vida propia ni la agena;

Tu *no contraerás deudas* que puedan poner tu casa y tus bienes á la merced de un acreedor.»

¡Cuántos beneficios se derivarían para la hu-

manidad de la extensión de estos principios á todos los pueblos jóvenes é inexpertos!

Y no se infiera de lo anterior que en el cuadro de la nueva entidad social no haya una sombra siquiera.

Política y socialmente no tiene justificación posible en Cuba la resurrección de la no extinguida práctica de los secuestros que pretenden volver la República al pasado, amén de la plaga de la empleomanía que ha hecho aumentar en una tercera ó cuarta parte el primer presupuesto elaborado por la Cámara de representantes.

Por referencias de personas fidedignas he sabido que algunos impacientes tratan de formar un tercer partido con elementos de los ya existentes para presentar candidato en las próximas elecciones: festinación que no se compadece ni con la fecha aún lejana de las elecciones ni con la recta conducta hasta ahora observada por el hombre íntegro que hoy rige la administración pública y cuyos antecedentes de buena ley excluyen toda sospecha de que intente perpetuarse en el poder.

En las horas que pasó el vapor en puerto ocurrió un suceso asaz significativo.

Vino á bordo una y otra vez una señora de alguna edad, ricamente ataviada, acompañada del indispensable afeminado mancebo, puesto á la última moda, en solicitud de una doncella gallega destinada á Santiago de Cuba y á la que hizo desembarcar proveyéndola de los $ 30 de rúbrica, á pretexto de no sé que parentesco con el padre de la misma.

Tampoco se hallan exentos en Cuba de las

prácticas del antiguo *ñañiguismo*, manifestación del rito africano del *vaudoux*, incompatible con las nuevas formas de civilización de la novísima república.

Cierto que no se podría, sin injusticia, hacer responsable á ésta de las consecuencias de un estado social heredado de los mercaderes que hicieron de la trata elemento principal y base de prosperidad de la colonia.

Mas es el caso que en aquellos días ocupábase la prensa en la desaparición de una niña de dos años y medio, al parecer sacrificada por obra de brujos ó ñáñigos y cuyo corazón habia de servir para conjurar el mal de que adolecía cierta mujer.

Los tribunales entienden en el asunto y no cabe dudar que harán justicia; pero es fácil prever que no pocos y pacientes esfuerzos educadores serán necesarios para arrancar la nueva generación nacida en Cuba á las prácticas de esa superstición inherente al estado primitivo de tribus salvajes transplantadas sin preparación alguna á un medio social inadecuado.

Otra costumbre no menos chocante y que allí impera es la de publicar en la prensa con los detalles consiguientes crímenes horrendos y monstruosos, de esos que sublevan la conciencia y de los que parece se hiciera uno cómplice con sólo enunciarlos.

¿Qué gana la sociedad con que se remueva tal podredumbre que sólo alcanza á envenenar la atmósfera moral, desflorando el pudor colectivo de las muchedumbres é irritando los dormidos apetitos de la bestia humana?

Deformidades morales hay en el hombre cuyo mejor correctivo parece ser... el ignorarlas.

A las 4 de la tarde salimos de Cienfuegos el día 19, con el objeto de andar las 330 millas que nos separan de Santiago y entrar en este puerto al amanecer del tercer día.

Tres cuartos de hora gastamos desde el fondeadero en frente de Punta-gorda hasta el castillo y caserío de Jagua.

Allí están situados frente al mar, en el mejor sitio, los barracones levantados por los americanos para sus campamentos,—como hicieran en la península de la Cabaña, en la playa de Ducrot de Matanzas y en el Morro de Santiago de Cuba.—

Al pasar nos despedimos de la isla encantada de Cayo-arenas, cuyas pintorescas quintas con sus jardines y arboledas convidan á uno á levantar allí su tienda, y enderezamos el rumbo al cabo San Juan.

El día 20 hallámosnos otra vez entre mar y cielo, navegando en frente de una costa baja, hasta las tres de la tarde.

A esa hora vemos tierra y aparece la farola de cabo Cruz en el extremo Este del arco de Manzanillo. De aquí seguimos paralelamente á la costa y pronto alcanzamos á ver la áspera sierra en que el pico de Turquino evoca el recuerdo del sacrificio de Céspedes.

El 21 al amanecer entramos por la agreste abra del Morro y damos fondo en la espléndida bahía.

Con patriótica emoción saludo la recia comarca oriental, baluarte de la independencia, en donde no hay camino que no sea un via-crucis, ni piedra

que no haya sido tinta en sangre, ni árbol que, según la expresión de Martí, no haya recibido la visita del rayo.

Al bajar del vapor advertimos que la higiene y el aseo de las calles han perdido terreno de tres años á esta parte, cuando hallábanse á cargo de los interventores.

En el hogar de la señora D. María Teresa Julia de Puente es ambiente dominicano el que se respira entre las familias de los que fueron emigrados cubanos en Puerto Plata,—los Valiente y del Monte, Meana, Dellundé, Gutierrez, Repilado, Portuondo,—y las que son de emigrados dominicanos en Cuba, Dr. Fco. Henríquez y Carvajal, Manuel de J. de Peña y Reynoso, Pedro A. Lluberes, Rafael Sánchez, Temístocles y Juan Eladio Ravelo.

¡Cuántas reminiscencias del pasado, no exentas de cierto dejo de amargor al comparar situaciones y establecer analogías!

Por la noche, en el silencio y la calma de la bahía, al ver la luz de la luna proyectarse en el anfiteatro de las sierras del Caney, San Juan, Ramón de las Yaguas, el Cristo y el Cobre, paréceme sentir el aleteo de extraños séres que atraviesan el espacio y experimento con más fuerza la obsesión dolorosa de la idea fija que me atormenta moviéndome á comparar con esta tierra afortunada de Cuba mi desventurada patria la triste y exsangüe república de Duarte, Sánchez y Mella.

En mi angustia evoco las sombras de los Marcanos, los Abreus y tantos héroes que sellaron con su sangre la independencia de Cuba, pidiéndoles el

secreto de la suerte tan varia á estos dos pueblos deparada.

Todos permanecen silenciosos mostrándome con el índice acusador un erial convertido en montón de cadáveres, en cuya cima fulgura al lado de la amonestación suprema de Bolívar: «¡Unión, unión, ó la anarquía os devorará!» el dilema apocalíptico de Hostos, el Maestro: «Civilización ó muerte!»

Vuelvo la vista en derredor mío y sólo alcanzo soledad y sombras. ¿Hacia quién tender los brazos?

Si convierto la mirada hacia nosotros mismos, hallo que no tenemos las virtudes necesarias para el ejercicio de la democracia.

Fuera de nosotros, no es lógico esperar ayuda desinteresada.

Tendremos, pues, que seguir fatalmente cargados con la cruz de nuestros errores hasta que por consecuencia del mal surja el bien y, de la muerte ya próxima y al parecer inevitable, la vida brote como el fénix de entre las cenizas y las ruinas...

Tan amarga convicción rinde el cuerpo fatigado; postrado el espíritu ríndese también y convierte el sueño en pesadilla.

Amanece al fin: la luz del alba inundando el hermoso anfiteatro de colinas baña con sus pálidos reflejos, en el tope de inmediato vapor, la bandera de las estrellas y las barras,—símbolo de un pueblo joven y fuerte, trabajador y activo que, lejos de querer atentar contra el derecho de pueblos vecinos, sólo pretende que la vida de éstos sea ordenada y fecunda para la humanidad.

Efecto del azar, parecióme aquello un augurio y como una invitación á la esperanza.

¿Habrá sonado—dije para mí,— la ansiada hora de las reparaciones de que nos es deudora nuestra cruel historia? ¿Veremos al fin la necesaria compensación de tantos sacrificios y dolores?

¿Por qué no ha de ser también aquél para nosotros un símbolo de paz y de orden, respeto al derecho ageno, riqueza y civilización? ¿No es Cuba próspera y feliz? ¿Por qué no ha de serlo Santo Domingo?

Al descender de aquellas cimas del ensueño siento motivos de satisfacción estética ante el movimiento artístico y literario promovido en esta región por tres adolescentes quisqueyanos, casi niños, quienes, reanudando la interrumpida tradición de las inmigraciones intelectuales de la Española, han fijado aquí su residencia y fundado una revista que es á un tiempo expresión y coeficiente de cultura social.

Cediendo al impulso de tales ideas y al deseo de estimularles en su labor meritoria, diríjoles la siguiente carta que tiene aquí cabida, porque responde á la preocupación excelsa que embargaba entonces mi ánimo:

Desde la bahía de Santiago de Cuba,
22 de Noviembre de 1904.

Sres. Max. Henríquez Ureña y
Fdo. Abel Henríquez.

Ciudad.

Apreciados compatriotas y amigos:

He recibido los 4 números que tuvieron Vds. á bien enviarme de la revista literaria por Vds. fun-

dada y sostenida con un tesón que acredita tanto su perseverancia como su talento y patriotismo.

Correspondo al favor enviándoles un aplauso entusiasta en la forma de esta desaliñada carta, escrita á bordo, entre el trepidar de las máquinas y el crugir de los hierros que preludian la salida del vapor para nuestra ya cercana tierra.

Acabo de pasar tres días en Matanzas, la bella y aristocrática Matanzas, centro de cultura un día entre el mercantilismo de la colonia, cuando cincuenta de sus mejores hijos fundaban el colegio «*La Empresa*» que llegó á ser el plantel mejor montado de la Isla y, según la expresión de D. José de la Luz y Caballero, «el mejor de España y sus dominios.»

En el hogar en que, como oasis de paz, descansábamos de las fatigas del largo viaje, se conserva y alimenta el culto por la memoria del poeta Heredia con el doble fervor con que se mantienen tradiciones históricas que son á la par timbres de familia.

De la bibliografía del poeta nacido por azar en Cuba de padres dominicanos, tocóme hojear esta vez el tomo de las «Memorias sobre las revoluciones de Venezuela y el modo de conjurarlas», por el oidor de la Audiencia de Santo Domingo D. José Francisco Heredia y Mieses, que fué después regente de la de Caracas y más tarde magistrado de la de México.

El libro está precedido de una introducción de Enrique Piñeyro, hermosa como todas las producciones de este discípulo predilecto del sabio Don Pepe.

Pues bien, he gozado de intensa fruición inte-

lectual al ver cómo aquel padre amantísimo, empeñado en conservar la colonia á su metrópoli, convertía el ánimo con tierna solicitud hacia el hijo de su amor en medio de los horrores de la guerra de independencia desatada por los desaciertos y crueldades de Monteverde, Boves y Morales, y recomendaba á su esposa, Dª Mercedes Campuzano, que hiciera leer diariamente á aquél unas cuantas páginas del Arte poética y la Enéida, como solía hacerlo con él, así como un capítulo de la Lógica y los Evangelios, (el poeta tenía entonces diez ó doce años,) agregando que, si encontraba quién le diera lecciones de contar, también las tomara, y recomendando por último que prescindiera de leer una obra de Montesquieu de que le hablaban.

¡Qué interesante es para el que acostumbra referir los efectos á sus causas y sobre todo para nosotros los dominicanos,—pues en aquellos días pedía Don José Francisco *como dominicano* un pasaporte para ir á descansar á su tierra, pero en realidad porque le consideraban sospechoso por su celo y bien entendido patriotismo;—¡qué interesante, digo, es ver en la influencia paterna los elementos constitutivos de la psicología del hijo,—sin olvidar el agravio formulado en la última estrofa del canto al Niágara contra los sabios que intentaran explicar la obra divina!—

Y ¡qué consolador resulta pensar en la compensación inesperada que á tal padre reservaba el destino! ¡Perdióse la colonia que era la preocupación capital de aquel súbdito fiel de la monarquía, pero salvóse para las letras y para el mundo en su discípulo el gran poeta americano!

Siguiendo el tema de la bibliografía herediana,

voy á dar á Vds. una noticia que sin duda les interesará.

Siempre he reivindicado para nuestra patria la gloria de haber sido cuna y solar de Nicolás Heredia, otro ingenio peregrino en quien parece haber encarnado la chispa que animó el cerebro de José María, y notable como aquél, por la espontaneidad asombrosa de su talento. (1)

No pocas veces he protestado en Cuba del olvido en que se tiene esta circunstancia esencialísima de su biografía. (2)

---

(1) Esa misma chispa, ese quid divinum esplende en el numen de otro poeta de la familia, primo hermano de aquél, el académico francés José María de Heredia, nacido diez años después de muerto el cantor del Niágara y así llamado en memoria del mismo, según se desprende de la carta que con fecha 8 de octubre del año próximo pasado me dirigiera: «Mon pere Domingo de Heredia était le plus jeune frere de Don José Francisco, pere de l' illustre poete cubain. Je suis donc le propre cousin—germain de ce dernier, bien que je sois né une dizaine d' années aprés sa mort, et c' est en souvenir de lui que mon pere m' a donné le meme nom de bapteme.»

(2) En el artículo «Una conferencia de Mr. Brunetiere»—V. Cuba y América N° de Julio 1901—al dedicarlo á Nicolás Heredia decía el autor de este libro:

«A usted,.... continuador de ilustre apellido y aun más ilustre linaje intelectual; á usted, que nosotros los hijos de Santo Domingo reivindicamos como una gloria nuestra, por ser aquella tierra cuna de usted y solar de su familia: á usted dedico estos recuerdos» etc....

Y en prueba de que no ha sido el autor de este librito el único escritor dominicano que ha sostenido la reivindicadora tesis, léase el elocuente párrafo final del sentido artículo necrológico publicado por D. Federico Henríquez y Carvajal en la Revista Literaria de Santo Domingo, 7 de septiembre 1901, y que dice:

«Cuba, que lo tuvo por esforzado paladin de su libertad y su cultura, ha recibido en su seno de madre llena de dolores el cadáver de su ilustre hijo adoptivo. Lejos de las faldas del Peravia, erecto atalaya del valle de Baní, en donde se meció su cuna; en tierra cubana y al beso de luz de la estrella solitaria, yace y duerme el último sueño, el de la tumba, «Nicolás Heredia,» el Benjamín de aquel grupo de adolescentes, casi niños, que con lágrimas en los ojos y prematura nostálgia en el espíritu, se arrancó de mis brazos de compatriota y amigo de la infancia, en 1865, mal su grado, para irse á Cuba con las ansias y los anhelos de la patria y del nativo hogar ausente.... ¡Hónrele Cuba, muerto, como él la honrara vivo!"

Para terminar, por último, con el punto de referencia, permítaseme citar

Pues hoy ha venido la casualidad á poner en mis manos un dato precioso y decisivo en la materia.

Refiérome á unos versos de Nicolás—una bella inspiración patriótica—que están en poder de nuestro apreciado y apreciable Cónsul en Matanzas, Don Manuel Gil Caminero. Muy de paso y á última hora me los leyó este buen amigo, sacándolos del sobre en que se los dedicara el autor cuando salía en 1877 para estudiar en Madrid,—el que, si mal no recuerdo, dice así:

«Al recordarte, tierra bendecida,
Apenas puedo contener el llanto:
Por eso con el alma dolorida
Tus desventuras y tus glorias canto.»

Por supuesto,—en el concepto de Nicolás dichos versos no debieron nunca ver la luz pública; pero como hoy, después de su prematuro fin, todo cuanto con él se relacione es de interés para las letras y entra en el dominio de la crítica, presumo que aquel buen dominicano no podrá negarse á dar á Vds. una copia de la referida composición, la cual, si el afecto no me engaña, viene á ser una muestra de la difícil facilidad con que escribiera aquel privilegiado ingenio que tan alto ha puesto el nombre de la República en el exterior.

---

lo que en inédita biografía digera yo no ha mucho acerca del escritor domínico-cubano:

"Sea dicho esto sin agravio de las letras cubanas, ya ricas de por sí; que al fin y á la postre ello no es sino un vinculo más que ha venido á sellar la confraternidad intelectual de dos pueblos vecinos y afines; y nosotros no podríamos desconocer que, si por su nacimiento pertenece Nicolás Heredia á Santo Domingo, por su produccción lireraria y la materia de su labor intelectual corresponde á Cuba."

Sea ésta también nuestra última palabra, de cordialidad sincera y estímulo enaltecedor, á los hijos de la patria de Céspedes y Martí.

Yo me uno á Vds. en dicha solicitud que no dudo tendrá el éxito que reclaman á una la amistad y el patriotismo.

De Vds. apreciador y amigo afmo.

ELISEO GRULLON.

Con los jóvenes Henríquez y Ureña forma en la falange de los elegidos otro joven artista á quien consideran allí como gloria de Cuba, pero á quien apellido yo gloria domínico-cubana, no sólo por haber nacido en Puerto Plata de una madre que es hija de Santiago de los Caballeros, sino porque allí creció también y alcanzó fortuna su padre, ejemplo admirable de paternal solicitud,—quien suscitó, por decirlo así, con su inteligencia y sus desvelos la vocación artística del hijo.—

Con motivo de Buenaventura Emilio Puyáns he de formular aquí las mismas reivindicaciones que á propósito de Nicolás Heredia en otra parte he apuntado.

¿Por qué se ha de callar en Cuba que ambos son glorias domínico-cubanas? ¿Mérmanse acaso sus méritos porque la luz que ellos irradian se comparta entre dos pueblos hermanos? ¿Pierden algo los fulgores de su aureola al reflejarse en la cuna de su nacimiento á la vez que en la de su hogar, definitivo ó transitorio?

¡Pobre Quisqueya! de tu seno tempestuoso y de tus vírgenes cumbres surgió el rayo que había de encender el alma ardiente de Heredia al nacer éste en Santiago de Cuba: del mismo modo formóse con el polen de las más olorosas de tus silvestres flores el panal en que había de alimentarse Baralt, esa abeja del Himeto de la castiza habla castellana;

—Baralt, nacido en Maracaibo, como Domingo del Monte, el humanista cubano,—de padres dominicanos...

¡Pobre Quisqueya, tú que fuiste un día la primera, eres la última en llegar al reclamo de la civilización...

«Patria desventurada, qué anatema,
Cayó sobre tu frente!
Levanta ya de tu indolencia extrema,
La hora sonó de redención suprema,
Y ¡ay! si desmayas en la lid presente!» (1)

....

El Puerto Rico ha desembarcado ya el resto de su rebaño humano y descargado las mercancías de la península que traía para este puerto.

En toda la costa de España ha dejado carga que no pudo tomar, por reservar capacidad para los emigrantes: prueba evidente de que el tráfico es aún considerable entre aquélla y Cuba, á pesar de que el valor del movimiento general entre los dos mercados ha mermado notablemente.

Hay sin embargo artículos como vinos, aceites, sardinas, granos, pasas, aceitunas y jabón que se importan como antes, á despecho del derecho diferencial de 20 % que favorece las procedencias americanas.

Hay más; en la Habana hase intentado introducir los artículos similares de aquella procedencia, pero ha debido suspenderse el negocio, por falta de consumo; y aun salen mensualmente de Barcelona y Baleares veleros cargados de jabón Rocamora y velas para la isla de Cuba.

---

(1) Estrofa de la valiente composición de Salomé Ureña de Henríquez, titulada "Ruinas."

¿Será ésta una de las formas de la protesta económica del pueblo español contra el triunfo político de los Americanos?

Tampoco será remunerador para esta línea de vapores el viaje á Santo Domingo y Macorís; pues el beneficio del flete distará mucho de compensar el valor de las 80 ó 100 toneladas de carbón que habrá de gastar el vapor, amén de las que consuma para trasladarse á Nueva Orleans, adonde irá en busca de algodón para su retorno,—el que esperan con impaciencia en los talleres de Barcelona unos 20.000 operarios, condenados á la inacción forzosa por la crisis algodonera y la escasez de materia prima.

CAPITULO V.

A TRAVES DEL CARIBE.

Camino del hogar. Temporal de agua. Consecuencias de la falta de faros en la costa. Lo que se hereda no se hurta. Los dominicanos en su casa y fuera de ella. Costa de punta Salinas á punta Nizao. Macizo de San Cristóbal. El placer de los Estudios y el río Ozama.

A las doce del día salimos para Santo Domingo, surcando nuevamente las mansas aguas de la bahía y saliendo al canal de Jamaica, famoso en los anales de la conquista.

Al caer de la tarde aún no se ve tierra.

—¿Adónde vamos, Capitán?—Al cabo Tiburón, en Haití.

A las doce de la noche, efectivamente, alumbra la luna una costa alta, desierta, sin luz.

A las ocho de la mañana siguiente pasamos en alta mar frente al cabo y punta Grévois, sin verlos.

Amanece lloviendo; el viento levanta mareja-

das de proa que suenan como chasquido de látigo en los costados del vapor y parecen querer acompañarlo en la llegada, así como lo escoltaran en la salida de la Coruña.

La noche del 24 no difiere mucho de aquellas tétricas noches con que se iniciara la travesía del Atlántico: obligados por el mal tiempo, nos alejamos de la costa, en donde radica el peligro de la obscuridad á una con las corrientes y los vientos.

En vez de amanecer en el *placer de los Estudios*, (1) hallámosnos en medio de un horizonte indeciso que nos deja vislumbrar ondulaciones borrosas y de súbito se obscurece.

A poca distancia del buque brilla una y otra vez el rayo, cuya centella vemos zabullir como serpiente ígnea, levantando sendas columnas de agua y luego nubes de vapor.

El Puerto Rico pónese á media máquina.

No es una tempestad la que se inicia: son los espasmos de una atmósfera en convulsión; la carrera vertiginosa de nubes bajas y denegridas empujadas por el viento; el parpadeo incesante de los relámpagos, —que parecen el preludio de una renovación de la naturaleza.

En el anegado círculo relleno con la gasa sólida de las apretadas gotas de agua, nada se percibe con la vista ni con el oído; se está perdido en la inmensidad oceánica; mas despunta un rayo de sol, como sonrisa en rostro humedecido por las lágrimas, y la niebla recoge al punto sus vaporosas draperías para darle paso á la luz vencedora.

Llega la noche todavía iluminada por los relám-

(1) Rada de Santo Domingo, así llamada por el edificio en que estuvieron situadas las cátedras durante los primeros tiempos de la colonia.

pagos de la borrasca que se aleja: por falta de faros hemos perdido un día.

—¿Cómo es—pregunta el Capitán, que los gobiernos dominicanos no han pensado en colocar faros en la costa, siquiera en Alto Velo y la Saona, para facilitar el acceso á la ciudad de Santo Domingo en los días aciclonados como éste? También hacen falta en punta Engaño al Este y en cabo Francés al Norte, que vienen á reconocer los vapores de Europa. ¿Cómo es que no han pensado en ésto?

—Ellos sí han pensado en ello, Capitán; mas el caso es que las revoluciones no les han dejado tiempo para construirlos.

—¿Y á quién saldrán sus paisanos tan levantiscos?

—Pues á sus progenitores: lo que se hereda no se hurta. ¿Se olvida Ud., Capitán, de que nuestros ascendientes guerrearon por más de ocho siglos contra los Arabes?

La diferencia es que en vez de externos son hoy internos los enemigos con quienes hemos de contender: ya los haitianos, nuestros vecinos limítrofes, no nos mueven guerra, como al nacer la república, por el dominio íntegro de la isla; pero aún nos quedan los resabios de la mala educación política, engendrada por la ocupación española y la haitiana, la inexperiencia económica y la pobreza, fruto de las revueltas.

De ese desconcierto económico se derivan, en mi concepto, la mayor parte de nuestros males,—dejando á un lado lo que nos viene de la educación y de la raza—porque, descuidado el trabajo de la tierra; desatendidas las industrias rurales que son el fundamento de la riqueza y cuya salvadora labor implo-

ra en vano nuestro virgen suelo, dedicáronse todas las actividades á la industria del comercio que ha dado por resultado el desconcierto y el fracaso; siendo la consecuencia de todo ello que la política dominicana ha venido á ser con el tiempo, y á falta de organismos preparados para la función gubernativa, refugio de comerciantes quebrados, asilo donde se albergan todos los fracasados de la vida y en donde no pueden medrar, por tanto, ni la probidad, ni el desinterés, ni la abnegación, ni el solícito cuidado por el bien público que es el norte de los políticos dignos de este nombre.

—¿De modo que entre Uds. también han echado raíces, como en España, el caciquismo y la burocracia?

—En mal hora! No sé si por efecto del individualismo exagerado de la raza ó por egoísmo é ignorancia, la tendencia de todo el que entre nosotros ha escalado las gradas del poder es el crearse adeptos ó partidarios que le ayuden á perpetuarse en él; por manera que nuestra política, cuyos principales atributos fueron siempre la prisión, el destierro y el cadalso,—no obstante la invocación continua de los nombres augustos de patria, deber cívico, culto á la ley,—no constituye una ciencia ni obedece á principios fijos sino á móviles de interés transitorio, vinculados casi siempre en la personalidad del mandante; siendo ella para individuos y familias enteras un modus vivendi—asunto más de estómago que de conciencia,—incompatible con la independencia económica de que ha de gozar el hombre público para no verse expuesto á claudicar.

—Mas lo que no acierto á explicarme es que, siendo Uds. tan corto número como me ha dicho Ud.

que son—unos 500.000 escasamente,—no hayan podido ponerse de acuerdo para asegurar la paz del país y desenvolver su riqueza.

—Al contrario, la pugna por la posesión de los puestos públicos, el asalto de los empleos ha asumido en las últimas disensiones caractéres de encono é impiedad tales, que espantan: las pasiones enardecidas han hecho buenos todos los medios para el daño recíproco; la traición ha dejado de ser un estigma y el incendio un horror, como si el lema de unos y otros fuese «¡Antes que el triunfo del contrario, todo, hasta la ruina de la patria!»

—¿Y á qué atribuye Ud. tales ofuscamientos?

—A lo que ya he dicho: al predominio del interés particular sobre el bien general; al pernicioso ejemplo de los que se han enriquecido especulando con la cosa pública bajo el especioso pretexto de que robar al Estado no es robar; á la escasez de los medios de vida en donde se ha perdido la tradición de cifrar el bienestar en la agricultura y la lucha despiadada por la vida asume la forma de la guerra civil, la más inhumana de todas las guerras.

Fenómeno éste tanto más doloroso cuanto que, segun la voz general entre los imparciales, el carácter de los dominicanos es modelo de afabilidad y mansedumbre, individualmente considerados; pero en cuanto se forma la colectividad y se suman las pasiones personales, aparece la atávica intolerancia dando al traste con las mejores disposiciones y el cordero se torna en tigre.—Sin embargo, fuera de su país no hay mejores gentes, como acabo de comprobarlo yo personalmente.

—Mas por semejantes vías se va á la disolución, á la muerte...

—Harto lo comprenden los dominicanos pensadores, y de ahí el que algunos de nuestros políticos, desalentados por los desaciertos individuales y colectivos, hayan creido que la República no cuenta con elementos suficientes de vida propia para defender su autonomía y realizar los fines de la independencia, habiendo dado ello lugar á nuestra reincorporación á la monarquía española en 1861.

—Y, siendo así, ¿por qué no se quedaron Vds. con España?

—Porque ya sabíamos que ella no admite la emancipación de las colonias á la mayor edad,—á pesar del ejemplo de Inglaterra con las suyas,—por lo que, á raíz de la sorpresa que produjo la anexión, hubimos de resolvernos á hacer lo que el resto de América hiciera antes y Cuba hizo después.

—Pues entonces ¡tendrán Vds. que entregarse á los Yankees!

—Entregarnos, nó; acaso la conveniencia política á una con los ejemplos de libertad y de progreso que nos está dando Cuba sean motivos suficientes para inducirnos á concertar con aquéllos una como enmienda Platt que ponga coto á la anarquía del país y nos impida seguir destruyéndonos unos á otros,—mediante las necesarias garantías recíprocas...

—Por lo dicho, veo que es Ud. partidario de la enmienda Platt.

—Lo soy, porque me consta que ha sido salvadora para Cuba y creo que lo sería para Santo Domingo.

....

Al asomar la luna, amaina el temporal y se despeja la atmósfera.

El día amanece claro y el mar azul.

Suaves reflejos de doradas nubes señalan en lontananza la cuna en que se mece la Antilla predilecta al soplo alisio del caribe.

Dícenme que es Santo Domingo: el vapor nos acerca rápidamente á los encantados celajes; éstos se desvanecen á medida que van surgiendo las cumbres de la cordillera central.

¿Serán el poético Peravia y el Banilejo famoso esos cerros que emergen en líneas de tres ondulaciones, la mayor en el centro, y se extienden por encima de la costa, seguidos de otro núcleo más alto é imponente hacia el Este?

Es evidente que nos hallamos en frente de la costa de Punta salinas á Nizao, en el mismo sitio en que estábamos antes de ser arrastrados por las corrientes y el viento: por falta de medios para determinar la altura hemos desandado lo andado ayer sin sol.

A medida que nos aproximamos de la costa baja, van perfilándose las montañas azules del interior y apareciendo á un lado y otro del macizo de San Cristóbal sierras menores, ya paralelas ya oblícuas, dominadas siempre por la alterosa cumbre del núcleo principal.

A las doce del 25, tras una travesía de 45 días en que hemos recorrido más de seis mil millas desde Barcelona á la Coruña y de este puerto á los de la Habana, Cienfuegos, Santiago de Cuba y Santo Domingo, damos fondo en el *placer*, teñido de verde y amarillo por la creciente del Ozama.

Con amplias ondulaciones acaricia éste el bote que nos lleva á tierra y momentos después,—lar-

gos para nuestra impaciencia,—nos hallamos en la patria y en el hogar.

Ahora ¡no más viajes, si no es al rededor del cuarto, á estilo de Javier de Maistre!

Santo Domingo, Diciembre 1904.

Apéndice.

Para complemento de las páginas anteriores publícanse á continuación varias correspondencias dirigidas al «Listin Diario» desde Barcelona y Valencia, cuyo tema es en parte el mismo que informa los capítulos de esta obra.

Escrita también la presente crónica de viaje para ser publicada en el referido periódico de Santo Domingo, sólo la autorizada intervención de un amigo pudo inducirnos á hacer de ella un libro, —toda vez que hallaba material para ello;—habiendo asentido nosotros, mediante una condición, la de que lo avalorase aquél con un prólogo de su brillante y conceptuosa pluma.

Tal es la génesis de esta obrita que echamos á volar al viento de la publicidad, sin más pretensión que la de contribuir á que se conozcan y estimen más y más la antigua madre patria y una parte de las hijas de la familia ibero-americana al verse retratadas tales cuales son en la realidad, con sus defectos y cualidades, sin lisonjas ni exageraciones impropias de la sinceridad del

propósito, que sólo mira á promover la necesaria recíproca enmienda, para bien y crédito de la raza.

Léanse á continuación las expresadas correspondencias:

Valencia, julio de 1904.

I.

Viaje á Cuba. Reflexiones de paso. Situación política y económica de la isla hermana. Popularidad del general Gómez: gorriones y cernícalo. Residentes dominicanos en la Habana. Lo que es el consulado de la República en Matanzas. Movimiento intelectual en la ciudad de los dos ríos. Maestras de origen dominicano. Escuela Felix Valera y Kindergarten.

Señor Director:

Acabo de regresar de un viaje á Cuba, adonde me llevaron asuntos privados, y de donde hube de volver sin la satisfacción y el consuelo de pisar la tierra en que nací, deteniéndome en nuestra espléndida al par que infortunada isla.

¡Oh! cuándo lucirá para ésta el iris de la paz! ¡Cuándo comprenderán nuestros hermanos que el deber cívico no consiste en alcanzar el poder por medios violentos que traen como consecuencia el descrédito y la ruina de la República, sino en merecerlo por obra de la adhesión y el sufragio de los más!

¡Cuándo tendrán en cuenta nuestros conciudadanos que el sacrificio de la vida propia y la ajena en aras de una contienda civil es un crimen de lesa-patria y un atentado contra la nacionalidad dominicana del porvenir, ante la cual se alza amenazador el problema de la incesante, metódica *invasión* territorial de nuestros vecinos, (á quienes no lo tomo á mal, sea dicho de paso, ya que tan obcecados somos; sólo deseara que los nuestros fuesen tan previsores como ellos...) y, como secuela del mismo, la ruina del comercio fronterizo, la dificultad de la vida económica en aquellas comarcas que nuestros gobiernos esquilman con el aumento periódico de los derechos aduaneros,—dando todo ello por resultado la prefe-

rencia otorgada á los artículos más baratos importados por Haití, el alejamiento de la salvadora esperanza de la *inmigración* y el desquiciamiento de los distritos fronterizos de Barahona y Monte Cristy....

*

Pero tornemos á la hoy floreciente república de Cuba, tierra afortunada en donde ya se cuentan 700 maestros más que guardias rurales, en donde la higiene ha extinguido la fiebre amarilla, en donde se invierten grandes capitales en empresas agrícolas y se realizan ya zafras superiores á las mayores del período colonial.

Políticamente, hallé aquella república pugnando con las dificultades y conflictos propios de la aplicación de una nueva constitución á un organismo étnico y social mal preparado para ella. De otro defecto adolece dicho pacto; y es que, habiendo sido elaborado con el exclusivo objeto de contener las demasías del P. E. en cuyo solio temían los miembros de la Asamblea ver colocada la personalidad autoritaria de nuestro insigne compatriota general Gómez, ofrece el inconveniente de paralizar la acción eficaz del hombre íntegro que hoy rige los destinos de la nueva entidad internacional.

Pero la obra de la suspicacia parlamentaria no se ha justificado, siendo nuestro paisano demasiado diestro político para incurrir en el error de postular el poder ó aceptarlo; por tal modo que su prestigio, lejos de menguar, acrece, servido por la suspicacia y los celos de sus contrarios.

*

¿Quiere Vd. una prueba de la popularidad del general Gómez en Cuba? Allá va en forma de anécdota.

Sabido es que allí el gorrión, la parda avecilla importada de España, propagóse extraordinariamente, llegando á alcanzar entre los intransigentes de la colonia la categoría de un símbolo de la nacionalidad. Hoy día abunda tanto en las poblaciones de la isla, que sus ban-

dadas constituyen una plaga para los dueños de las casas que suelen elegir para albergarse.

A una de éstas llegó un campesino español á tiempo que los dueños renegaban del ruido y el desaseo que producen tan incómodos huéspedes.

—«¿Por qué no les aplicáis el remedio?»—preguntó el campesino.

—«¿Cuál?»

—«Pues el único que existe para acabar con ellos: trayendo aquí un *Máximo Gómez.*» Así llaman en Cuba al *cernícalo*, ave de rapiña fácilmente domesticable que usan para ahuyentar á aquéllos y á la que dan por antítesis el nombre de nuestro ilustre paisano.

Llamóme la atención la peregrina ocurrencia, que guarda analogía con lo que practicaban los antiguos pobladores de la Española adiestrando los milanos ó guaraguaos, y no pude menos que recordar el precioso cuadro de *los neblíes* de ENRIQUILLO... (*)

*

Al respetado caudillo dominicano, ídolo de la gran mayoría del pueblo cubano, no tuve la oportunidad ni el placer de visitarle, por causa de la rapidez con que hube de atravesar la Habana; pero en las breves horas que permanecí en el hotel me fué grato platicar con varios jóvenes compueblanos que allí se alojaban, entre ellos Alfredo Pellerano, Eligio Pérez—consagrado á la honrosa función del magisterio —y los hermanos Francisco y Pedro Nicolás Henríquez Ureña, acerca de quienes obtuve muy halagüeños informes en la casa de los Sres. Silveira, donde trabajan. De todos ellos recogí el eco de los tristes sucesos que á la sazón se desarrollaban en nuestra desdichada república...

Un deber de equidad me obliga á hacer mención aquí de la modesta dignidad con que desempeña la en-

---

(*) Novela histórica dominicana, que lamentamos sea poco conocida en España, aunque con grande aceptación acogida por la crítica americana.

cargaduría de negocios de la República en la Habana el correcto caballero D. José R. Pérez Román.

Bien es verdad que la representación nuestra en aquella parte de la isla hermana no deja nada que desear; pues en Matanzas otro paisano nuestro, D. Manuel Gil Caminero, ha sabido captarse la consideración y el aprecio de todos los elementos, sin distinción, de aquella sociedad, poniendo á envidiable altura el crédito del cargo con que está investido.

Puedo dar testimonio de lo que es el *consulado de la República Dominicana* en Matanzas. El dominicano que allí aporta halla en aquel hogar la reproducción moral y gráfica de la patria; el despacho es un á modo de museo nacional, adornado con vistas y retratos que son como una síntesis de nuestra historia; en su biblioteca-archivo no hay obra de autor dominicano que no figure: puedo dar fe de ello, pues más de una vez hube de ponerla á contribución en obsequio de nuestro buen amigo el laborioso bibliógrafo cubano D. José Augusto Escoto.

*

Mas no es aquél el único título de Matanzas á nuestra consideración y simpatía.

Aquélla que fue la Aténas de Cuba en el período colonial y vió luego decaer su prosperidad material al par de la producción azucarera; aquélla que fue elegida, al principiar la pasada centuria, por familias de emigrados dominicanos como las de Heredia, Campuzano, Angulo, Del Monte y Mieses para fijar en ella su residencia, es hoy un centro floreciente de cultura mental en que campean y se desarrollan las aptitudes de la mujer cubana, emuladas por elementos valiosísimos de origen dominicano.

Hase iniciado este renacimiento intelectual á virtud de la nueva organización de la enseñanza pública según los métodos objetivos introducidos por los americanos, aplicados con notable acierto por educacionistas tan prácticos y competentes como la señorita Kein, hoy se-

ñora Gray. La mujer cubana no se limita ya á ser la odalisca ó sultana del hogar de otros tiempos en que avasallaba los corazones más por su belleza que por la cultura de su intelecto; las hermosas hijas del Yumurí y el San Juan se afanan hoy en obtener sus títulos de maestras, ganados en buena lid, y dedican más tiempo á la adquisición del conocimiento propio que al adorno de sus formas plásticas.

Entre estas obreras del progreso moral y pedagógico de su tierra me permito citar—pues fuí testigo de sus meritorios afanes,—las aprovechadas maestras señoritas Graciela Lavastida, Hortensia Lamar y Del Monte, Angelita Hernández y María Quirós y Lavastida, formadas todas por el abnegado educador cubano D. Claudio Dumas.

Merecen estas últimas citarse como ejemplo por su entusiasmo, su absoluta consagración á la labor educadora y ese don de persuasión que es como fuego sagrado al que es difícil sustraerse y que sólo irradian los que tienen fe en su obra y hacen de ella un apostolado.

*

Otra de las impresiones gratas que experimenté en la ciudad de los dos ríos fué en ocasión de mi visita á la escuela municipal *Félix Valera*, colocada bajo la acertada dirección del señor Fajardo.

Está dicho plantel instituido en el espacioso local de la antigua cárcel pública, cuyas vetustas murallas, rodeadas de risueño parque y adornadas en el interior con macizos de plantas y flores, ya no contemplan caras adustas roídas por la desesperación, sino plácidos rostros reflejando en todos sus gestos la alegría del vivir.

Tocóme presenciar la conmovedora ceremonia escolar del *saludo de la bandera.*

Aquello fue como un curso práctico de moral cívica encaminado á enaltecer en la mente de los educandos el noble sentimiento del amor patrio, robustecido también por la oportuna plática del maestro. ¡Con qué convic-

ción y recogimiento salieron de las filas, á la voz de aquél, los abanderados de las diferentes secciones—niños de todas condiciones y colores—é inclinaban sus estandartes ante el símbolo de la nueva nacionalidad, en el ara que los demás iban cubriendo de flores al pasar!

Empero, lo que hizo subir de punto mi entusiasmo fue la visita y examen que hicimos á la escuela del *Kindergarten* establecida en una división del referido local, bajo la dirección competentísima de la señorita Iribarren, secundada por la señorita Oñate.

Al compás del piano se hicieron los primeros ejercicios, meros pasatiempos que sirvieron para ir despertando la curiosidad y el interés de los niños de ambos sexos allí congregados, hasta obtener de sus tiernas facultades mentales verdaderos actos de análisis é inducción.

Allí pude apreciar cuánto vale la labor de una mujer inteligente iniciada en los métodos de Frœbel, no sólo adiestrada en el desarrollo pedagógico de sus *dones* y grupos, sino, además, compenetrada de su espíritu. Allí pude ver cómo la psicología de los niños puede modificarse por virtud del sistema frœbeliano y cómo, de mustio y triste, puede tornarse el carácter en vivo y alegre por obra de la escuela. En fin, que la señorita Iribarren está prestando un gran servicio á la sociedad en que vive y haciéndose acreedora á su gratitud, como directora de aquel jardín de la infancia!

II.

Regreso: pasajeros de «La Navarre.» Peninsulares encariñados con aquella tierra. Vínculos comerciales y sociales: la nostalgia de América. Santander, Paseo Menéndez Pelayo. Indiscreciones cocheriles ó un cochero literato: Pérez Galdós íntimo.

Estamos ya de regreso á bordo del trasatlántico francés *La Navarre;* en él nos encontramos reunidos desde Santómas con los jóvenes dominicanos C. Armando Rodríguez, Emilio León y Angiolino Vicini, con quienes departimos largo y tendido acerça de las cosas del terruño y cuya grata compañía hace más breves las horas de la monótona travesía. Esparcidos en variados grupos sobre la cubierta del buque vense, ora familias francesas de México y Cuba que van á Europa, pasado el invierno, por pasatiempo ó por negocios; ya artistas líricos tronados de compañías liquidadas; ya, en fin, peninsulares enriquecidos que llevan á la madre-patria el tributo de su cariño y de sus reales.

Al llegar á la Coruña pregúntanle á uno de éstos:

—Y usted, Don Francisco, ¿se queda ahora con nosotros, ó vuelve para allá?—

—¡Qué va! contestó el aludido, si yo no puedo vivir ya sino donde se coman tomates *maúros* todo el año!—

Demuestra esta respuesta típica lo que es América para el español que allí se ha formado en el trabajo y ganado consideración social.

Es ciertamente aquélla la tierra de promisión para el que ha sabido mantenerse ageno á las pasiones azarosas de la política, como resulta hoy en Cuba, en donde el comercio—todo en manos de peninsulares—nunca viviera más satisfecho, por tener la seguridad del mañana, merced á la estabilidad pública de que allí se goza.

Prueban esta confianza los continuos embarcos de emigrantes asturianos y gallegos que salen anualmente de Santander y Coruña para la zafra y demás trabajos de Cuba, estrechando los nexos que unen las provincias

marítimas españolas con aquellas tierras de ultramar de que derivan riqueza y prestigio.

En estas comarcas del litoral no puede verse un edificiò que sobresalga por su belleza, una empresa que represente capital cuantioso, que no sean propiedad de un *indiano*, como aquí se dice; y si á los vínculos de familias nos referimos, júzguese de la realidad por los siguientes hechos, que pudiera calificar de personales.

En el tren en que viajamos mi señora y yo de Santander á Bilbao nos hallamos, por acaso, solos en un compartimento con una señora enlutada, de hablar suave que denuncia al punto su origen americano. Es la viuda de un empresario del teatro Albisu de la Habana, que se ha retirado á vivir con sus ocho hijos al lado de los padres de aquél, en la *masía* de la familia.

A poco encontrámosnos en el mismo tren con un viajero de comercio que va para Madrid, víctima de la misma nostalgia *americana*. De paso nos confiesa que ha pasado los catorce mejores años de su vida en México, para donde está resuelto á volverse, por no poder ya avenirse á las cosas y costumbres de su tierra.

Qué más? el capitán vizcaíno, compañero nuestro, que al salir del trasatlántico cargaba como prenda de gran valor un racimo de guineos que traía para *su vieja*, ¿no es un símbolo exacto de lo que es la América para estas gentes?

*

Al tomar pie en Santander hubimos de requerir los servicios de un automedonte para recorrer, como los demás compañeros de viaje, los principales sitios de la pintoresca ciudad.

Nos deparó la suerte un cocherito joven, delgado, vestido de blusa, cara afeitada, manco de dos dedos de la mano izquierda, locuaz como nacido en esta tierra de incomparables oradores y listo como un lince.

Al paso que recorríamos las variadas y caprichosas quintas que adornan el *Paseo de Menéndez Pelayo* hasta

llegar al *Sardinero*, decíanos con pasmosa volubilidad el auriga, que resultó ser una crónica viviente:

«¿No conocen los señores el paseo del gran santanderino? Pues es lo mejor que tenemos en la ciudad; don Marcelino tiene en él su casa, pero no vive en ella sino durante cinco meses; el resto del año lo pasa en Madrid en la biblioteca real, (lo cual es cierto.)

«Aquí tenemos otro gran escritor, el célebre novelista don José Pereda, que vive aquí todo el año, en la montaña. ¿No le conocen Vds?...» y proseguía, sin esperar respuesta:

«Esta finca es la de Navarro Reverter: en estos días llega de Madrid. Esta otra, más fea, es la de Martínez Campos. Aquel edificio gris que ven Vds. detrás de aquellos pinos, pues es la casa que ocupa el presidente del Consejo, D. Antonio Maura. Este nos ha hecho una mala partida: figúrense Vds. que, como ya han atentado dos veces contra su vida, las familias de la aristocracia no han querido veranear aquí este año por temor de que la presencia de aquél atraiga muchos anarquistas y al ocurrir una desgracia tengan ellas que encontrarse en el conflicto.

«Esta preciosa quinta que nos queda en frente y que ostenta en su fachada la inscripción *Plus ultra*, es la del insigne novelista Pérez Galdós, el mejor hombre que hay. Se pasa la vida trabajando en la biblioteca, que es esta pieza grande en el alto, toda llena de libros hasta el techo. Allí nadie puede entrar, ni aún su hermana, á quien él quiere mucho; y escribe siempre, cubierta la cabeza con una boina, por el estilo de esta....»

*

Deseando darle cuerda al aprovechado chico, cuyas arbitrarias soluciones revelaban la vivaz inteligencia, insinué una pregunta:

—Oye ¿cómo está de fortuna don Benito? ¿No dicen los periódicos que últimamente ha perdido mucho?

—Le diré á Vd., contestó el interpelado, recogiéndose con ademán de cómica seriedad.

—«Don Benito, sabe Vd., es una persona muy generosa. El no es casado; pero es débil con el bello sexo, (adviértase que es el cochero quien habla;) y tiene relaciones que le gastan mucho dinero. Aquí tiene una que es como su señora y vive rodeada de gran lujo y comodidades en la finca que le ha comprado: tiene de ella un hijito, ya grande, y como él llamado Benito. De Madrid ha venido otra que quisiera ser también su amiga. «Pero ¡cá! exclamó como resolviendo una objeción mental: el dinero que éstas le han hecho gastar ya lo tiene repuesto con su último tomo de los *Episodios* y su famosa pieza *El abuelo*, que ha sido un éxito en todas las grandes ciudades de España.

«Ahora lo están representando aquí, y como el autor tiene que salir todas las noches á la escena, yo le presto servicio y me toca traerlo á casa. Yo le estoy muy agradecido, sabe Vd., porque cuando la catástrofe de la voladura del *Machichaco*—de que habrán Vds. oído hablar, no es verdad?—perdí una hermanita que volvía conmigo de la escuela, además de esta mano que me quedó estropeada, y como yo no tenía con que hacerle una tumbita, don Benito me regaló una cruz labrada, que debió costarle más de mil reales, y que estaba en el panteón de un sobrino suyo que se había de trasladar á otro sitio.»

Deseoso de completar la filiación de mi cicerone, que principiaba á interesarme, le pregunté: ¿Cómo es que habiendo tenido escuela no has elegido otra carrera mejor para vivir que la de cochero?

—«Precisamente porque había que vivir. Yo estuve siete meses en un bufete de abogado—Vd. es abogado, no es verdad?—pero allí, sabe Vd., no tenía esperanzas de mejorar, porque la pasantía es muy larga, y resolví tomar las riendas. Así he podido ya ahorrar unas 350 pesetas y todos los años voy por los meses de invier-

do á Burdeos, para ganar alguito más y aprender el idioma.»

*

Habíamos llegado á la hermosa playa del *Sardinero*, por la que discurrían alegres bañistas; regresamos por el camino de la costa al paradero del ferrocarril, y á poco rodábamos á través de diez y siete túneles y por entre los sotos de castaños, nogales, avellanos y encinas de aquella ubérrima región que por sus verdes prados y feraces laderas ha merecido el nombre asaz justificado de Suiza española.

Barcelona, agosto de 1904.

Treinta y cinco años atrás. Pleito ruidoso: el Imperio ante las barras. Notable orador añejo. El padre y el hijo. Concepto moderno de la elocuencia: oratoria de Waldeck-Rousseau. El presidente del consejo y los socialistas. Extractos de Claretie. La guerra y sus consecuencias.

Señor Director:

Permítame principiar esta correspondencia evocando un recuerdo personal.

Corría el año 1869: el segundo imperio napoleónico que, al año siguiente, había de zozobrar—como el primero—en el oprobio de la invasión, libraba desesperada lucha contra el espíritu liberal alimentado por la prensa de oposición y que encarnaba el grupo de la minoría republicana de la Cámara, en que figuraban los grandes oradores Julio Simón, Julio Ferry y Julio Favre: (¡Muchos Julios,—exclamaba su sarcástico adversario Armando de Pontmartin—mas ni siquiera un César!)

Con motivo de un violento artículo contra el régimen imperante, intitulado *Por el fruto se conocerá el arbol*, fué citado ante el Jurado el valiente redactor de un periódico legitimista de Nantes, Fernando de Rhodays, futuro director de *El Fígaro* de París; y cobró el pleito mayor resonancia, por haber sido llamado á defenderlo

el primer orador político del foro nantés, M. Waldeck-Rousseau padre.

Cursaba yo entonces las últimas asignaturas del bachillerato y no sé cómo me las arreglé, al tener noticia de aquella causa, para hallarme instalado al abrirse la sesión en un banco de primera fila, todo ojos y todo oídos, para no perder ni un gesto ni un acento de aquel torneo oratorio.

El procurador imperial fué sobrio, elocuente, incisivo, contundente, cual correspondía á su ministerio; empero, cuando el señor Waldeck-Rousseau irguióse ante los jueces, arropado en los pliegues de su toga negra y, parafraseando el artículo incriminado, fue ampliando los conceptos todos del escritor y desentrañando uno tras otro los yerros de la política neo-imperial, entonces—por obra de su verbo indignado y de la inesperada requisitoria—operóse una transformación de la realidad en el ánimo de los oyentes, pareciéndonos que el verdadero reo era el Imperio y aquel anciano erecto, airado, de voz conmovedora y conmovida, el acusador.

Aquel día sentí por primera vez el soplo de la elocuencia tribunicia mover mis afectos y agitar mis nervios; elocuencia abundante, llena, sonora, semejando en sus movimientos la corriente de un río caudaloso que baja con estrépito de la montaña, traspone sus orillas y creciendo siempre y arrollándolo todo, se extiende más y más hasta enseñorearse del valle.

*

Pertenecía M. Waldeck-Rousseau á la pléyade de aquellos integérrimos que formaron la Asamblea nacional del 48: su hijo René, que acaba de morir y ha sido el primer orador de la Cámara de diputados de la moderna República, era, pues, de buena cepa republicana--y bretona.

Por aquel entonces cursaba éste sus exámenes del doctorado en París y á poco principiaba su carrera de abogado en Saint Nazaire y luego en Rennes, llamando

desde sus comienzos la atención en el foro por su admirable limpieza de forma, por su noble pulcritud de estilo y aquella lógica elegante que ponía sello de distinción á su talento, haciéndolo discrepar del de su padre, quien se había formado en la escuela declamatoria del siglo diez y ocho.

En sus defensas no buscó nunca Waldeck-Rousseau esos *efectos* que suelen ser objeto y preocupación exclusiva de oradores noveles. Su elocuencia, servida por un verbo fácil y límpido, exponía de modo luminoso las tesis, esquivando con suma habilidad los escollos y discutiendo siempre con arte y lógica los puntos de derecho.

Al suspenderse la audiencia veíasele pasar al corredor á dar unas vueltas, fumando un cigarrillo, con ademán siempre distinguido, el pelo corto y la cabeza descubierta,—pues fue el primero que en *palacio* prescindiera de la toca ó birrete. .

Su elocuencia se diferenciaba de la de su padre en que no consistía tanto en la hermosura y abundancia de las imágenes cuanto en el vigor y la precisión de un lenguaje impecable cuyo único adorno, natural y espontáneo, era su propia perfección, hija de la sencillez. Podía decirse que su verbo, tan firme y penetrante, no tenía nada de oratorio, en el sentido especial que se da á este vocablo; y sin embargo, por eso mismo era irresistible. En suma fue, si no creador, maestro en un género enteramente moderno, «el que usa de la palabra sin adornos y del pensamiento sin velos.»

No es éste el concepto antiguo de la elocuencia, tal como lo aprendiera yo en la clase de *Retórica;* pero insisto en él, porque implica un progreso para la moderna oratoria, hacia el cual deseo llamar la atención de nuestros jóvenes abogados.

*

Empero, sus convicciones y su abolengo á una con ese don de palabra que le caracterizaba, le empujaban hacia la política. Elegido diputado por Rennes en el 79,

bien pronto hízose notar en el parlamento por aquella su cualidad avasalladora en que también sobresalía otro bretón, (¿será influjo atávico?) el diputado radical Jorge Clémenceau.

Gambetta le distinguió y al constituir su ministerio en el 81, no vaciló en confiar la cartera de lo Interior á aquel joven de 35 años; mas no fue sino en el gabinete presidido por Ferry cuando Waldeck-Rousseau acentuó su perfil político al presentar aquella ley sobre los sindicatos profesionales, destinada, en su concepto, á encauzar los movimientos, ya amenazadores, de las clases obreras.

Tendía dicha ley á prevenir por un medio legal las violencias originadas por la ignorancia, el sofisma y la mala fe de que son á menudo víctimas los trabajadores; y á la vez que trataba de regularizar las aspiraciones legítimas de la clase obrera, emprendía enérgica campaña contra el colectivismo revolucionario, cuya propaganda con razón le preocupaba. A su talento perspicaz no podía ocultarse el peligro que conllevan para el orden político esas tentativas continuas del proletariado apelando unas veces á la equidad, otras al terror para reivindicar sus derechos y defenderse en la lucha por la vida, en un estado social inarmónico.

Con la previsión propia de un hombre honrado y de un estadista, Waldeck-Rousseau advirtió el alcance de la lucha, el fundamento de justicia de aquellas reivindicaciones y comprendió que, si el Estado no intervenía en el conflicto de patronos y obreros, el choque de los opuestos intereses podría degenerar en una conflagración general que amenazase la vida de la República. Los sucesos de Marsella, explotados por la reacción, que de todo hace armas contra aquélla, y en los que ha tenido el gobierno que asumir al fin el papel de mediador, justifican aquella previsión. Las huelgas parciales continuas, los paros generales, ya iniciados con éxito en Italia, y los congresos regionales ó universales, como los celebra-

dos en Dresden, Bourges, Amsterdam y Bremen, son manifestaciones elocuentes de la lucha y revelan que el socialismo ha entrado ya en el período de su organización científica y que de hoy más habrá que contar con él como factor importantísimo en la política del porvenir.

Cuando en el 99 fué llamado á su vez á formar un ministerio en momentos de conflicto para la República, amenazada por la coalición nacionalista de acuerdo con el clero y los partidos monárquicos, Waldeck-Rousseau no perdió ni un momento su serenidad característica.

Inspirándose en la suprema necesidad de la salud pública, principió por constituir un todo homogéneo con los diversos grupos de la Cámara, formando así un gabinete de *defensa republicana*, en el que dió entrada al socialismo doctrinario, representado por su elocuente *leader* Millerand, y con él gobernó tres años, durante los cuales consolidó la situación política con su firmeza nunca desmentida, unida á la fuerza moral que le prestaban su honradez y abnegación indiscutibles.

Consideraciones de salud obligáronle pronto á retraerse de la política y á buscar en el *yachting* y otros deportes un lenitivo á la afección renal que venía minándole. En uno de estos cruceros por los mares de Noruega encontróse con el emperador Guillermo, deseoso de conocer al hombre de Estado francés que de tanta fama gozaba en Europa.

*

He aquí cómo refiere Claretie (otro Julio) las postrimerías del hombre que lloran á una Francia y la República.

«Fue en el dolor lo que había sido en la vida; frío, desdeñoso, y bajo esta apariencia altanera, el ser más sensible y el corazón más ardiente. Ya decía él, moviendo tristemente la cabeza, ante el mal que le aquejaba: «Voy bajando la escala, peldaño á peldaño;» pero el resultado final no le atemorizaba; miraba los días pasar y

desvanecerse como el humo del eterno cigarrillo que nunca dejaban de oprimir sus dedos ó sus labios.

«No creo que, desde la muerte de Gambetta en aquella triste noche de diciembre, tan rudo golpe haya herido una viviente esperanza. La patria y aún los partidos enemigos, sabían que Waldeck-Rousseau era una reserva poderosa y que Francia tenía en él para un momento dado al más esclarecido y más perspicaz de sus hombres de Estado. Es una fuerza cerebral que desaparece. Los hombres de tal selección son raros en todos los tiempos. Diríase que son más contados, á medida que la muchedumbre, dueña absoluta, llega empujando, como una marea que sube.

«Waldeck-Rousseau tenía precisamente ese magnetismo singular que domina las asambleas, menos dóciles á veces que las muchedumbres. Jamás se impuso hombre alguno con mayor sangre fría á un parlamento menos dispuesto á dejarse dominar. El primer día de su ministerio subió á la tribuna en medio de los gritos, las amenazas y habló entre la algazara de los cortapapeles, los sarcasmos y las interrupciones.

—En realidad, decíame él entonces, no pronuncié un discurso de más de quince minutos, y sin embargo hube de estar más de una hora en la tribuna.

«Aguardaba impasible, desdeñoso, que el hacha de las interrupciones le permitiese acabar sus frases, las que, aún así cortadas, conservaban la pulcra corrección, la decencia de estilo que convertían al orador político y al abogado en el más admirable de los escritores. Y pocos días después, ese mismo parlamento, conquistado por el eximio orador, escuchaba con respeto y obedecía la sugestión irresistible del talento.

«Muy raros son entre los oradores aquéllos cuyos discursos puedan ser leídos y dejen traslucir, impresos, el poder de su influjo y la fuerza de su numen. Desprovista del gesto y del acento, su palabra se torna ó redundante ó incolora. Un discurso de Waldeck, leído, per-

manecía tan admirable, tan firme, como un discurso oído. El verbo adecuado, el término propio, la dialéctica apretada, la frase cristalina dejaban á las arengas compaginadas el mismo valor cuyo poder irresistible habían experimentado los auditores.

«Recuerdo haber escuchado á Waldeck en aquel proceso Coquelin que él defendiera contra la Comedia-Francesa. Teníamos cien veces razón, y no obstante, al oírle hablar acumulando argumentos con frialdad metódica, asaltóme la duda de que pudiésemos perder el pleito.

«Había un arte tal en aquella palabra,—un arte que se disimulaba tras de la sencillez más perfecta;—un modo de discutir sin estrépito, con la seguridad del que departe, la mano en el bolsillo, como un *debater* inglés. A lo que á veces tenía de teatral y desapacible el foro antiguo, Waldeck-Rousseau había sustituido—é hizo escuela—la sencillez, la precisión, todas las cualidades de abolengo francés; después de esos románticos desmelenados, Berryer y Lachaud, él fue un á modo de realista que manejaba más el cortaplumas que los truenos.

«Si había una coraza extendida sobre su pecho, el flaco de esa coraza era la bondad. Viósele un día tenderse en un canapé, presa de febril acceso, después de una defensa á favor de un amigo y exclamar desconsolado:

—«¡Qué desgracia! he hablado mal! Si pierdo el pleito, habré comprometido á ese desgraciado!»

Tal fue el hombre, el orador, el político cuya pérdida lamentan los patriotas franceses.

*

No quiero cerrar esta correspondencia sin llamar la atención de los lectores del LISTIN hacia una consecuencia inesperada de la guerra desastrosa con que se destruye parte de la humanidad en la Manchuria. La idea de una intervención pacífica por parte de los neutros en el duelo ruso-japonés gana terreno, á pesar de

las declaraciones oficiales de los beligerantes, contrarias á toda mediación. El fundamento de tal intento no es —¡triste es decirlo!—ninguna consideración moral inspirada en los horrores de la guerra, sino el interés político y económico de esos mismos neutrales, para cuyo comercio ha resultado ser un desastre la prolongación de la lucha que su imprevisión ó su egoismo contribuyó á encender y cuyo resultado político inmediato ha sido convertir el mar Amarillo en un lago japonés.

El Japón, que sueña con el dominio del Asia, se da cuenta del desencanto de sus aliados y por ello se apresura á hacer de Corea un feudo, ya organizado administrativa y militarmente, respecto del cual pueda él invocar la teoría del hecho cumplido el día de la paz. Empero, Inglaterra y los Estados Unidos, que han provocado el conflicto para obtener la *puerta abierta* á su comercio en Mandchuria y en Corea, ¿se avendrán á que el afortunado vencedor se la mantenga *cerrada?* El porvenir nos dará la respuesta.

